



AÑO II.

NUM. XVIII.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

JUNIO—1890

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

Sección Hispano-Ultramarina.

LA MUJER ESPAÑOLA

II

LA ARISTOCRACIA.

No debo seguir tratando de la mujer española sin distinguir las clases sociales en que se divide, dado que la aristocracia, la clase media, la plebe de las ciudades y el campo, producen tipos diferentes, aunque ofrezcan afinidades que revelan la unidad nacional y el parentesco de raza.

Al nombrar á la aristocracia, nos acordamos en primer término de la familia Real, la cual es un gineceo, pues se compone de cuatro ó cinco mujeres y una criatura. No todas estas mujeres son españolas: la Regente es austriaca, y la infanta Paz, por su matrimonio, está naturalizada en Baviera. Pero la Reina abuela, más conocida por Isabel II, tiene un sello castizo innegable. Desenfadada y aguda; compasiva y burlona; vertiendo gracia á raudales; llana con todo el mundo; supliendo

las graves deficiencias de su cultura é instrucción con la viveza de su ingenio, la reina Isabel (juzgue la historia su conducta política, yo ahora sólo trato de su carácter) es un ejemplar neto de españolismo : si no es *la mujer española* por antonomasia, es lo que llamaría Taine un *tipo representativo* de bastantes españolas de la generación pasada. Su hija la infanta Isabel, condesa de Girgenti, tampoco desmiente la tierra en que nació. Familiar en su conversación; activa como nadie; sin apego á la etiqueta; de genio resuelto y franco, la infanta Isabel practica la virtud muy al modo español, sin repulgos, sensiblerías ni melindres, sin *pruderie* de ninguna especie. Lo que la diferencia del grupo de mujeres españolas en que podríamos clasificarla, es una independencia varonil, una afición al *sport* y á los ejercicios corporales, que parecen más propias de la raza sajona. No puede negarse á la infanta Isabel *personalidad*, condición que la hace muy simpática y la aproxima á las mujeres del Renacimiento. La infanta Paz ostenta aficiones delicadas, como pintar y hacer versos, pero no llega nunca á evidenciar un temperamento artístico; y la infanta Eulalia, elegante y nerviosa, no ha logrado distinguirse por ningún estilo de la multitud de damas que adornan los saraos y agradan á los ojos con su gentileza.

Descartada la familia real, las mujeres de la aristocracia, —así la de sangre como la financiera ó la que procede de recientes glorias militares y políticas, —son las peor reputadas de España toda. Ya probaré que es una injusticia; pero tengo que empezar consignando el hecho.

El pueblo de Madrid, que ve pasar en rápidas y muelles carrozas, lujosa y caprichosamente ataviadas, á unas cuantas docenas de mujeres, siempre las mismas; la clase media ó el forastero provinciano que desde el paraíso del

teatro Real distingue á esas propias mujeres recostadas en sus palcos, resplandecientes de pedrería y con los hombros y los brazos desnudos; que devora en los periódicos las «revistas de salones» y los «ecos mundanos» y lleva cuenta de los encajes de cada *trousseau* y los metros de terciopelo de cada cola; que oye resonar ciertos nombres con la insolencia de la belleza, la riqueza y la dicha, al sentir diariamente el aguijón de la envidia y el escocimiento del amor propio, se inclina á creer y repetir que las señoras del gran mundo son todas una especie de Cleopatras ó Julias, tan dispuestas á beberse infusión de perlas en vinagre, como á perderse hoy con César y mañana con los gladiadores del circo. He observado,—y no me parece muy trillada esta observación,—que el auditorio, coro ó *galerie* que siempre tienen las clases elevadas, la muchedumbre que observa y glosa sus menores actos, no mira en esas clases más que á un sexo: el femenino. En la mujer personifica los vicios y virtudes de la clase; y sea que, por efecto de la dualidad del criterio moral que rige para los dos sexos, imagine que al hombre todo le es lícito, sea porque el lujo del hombre no se ostenta, como el de la mujer, en exterioridades que despiertan la envidia, el caso es que los tiros de la maledicencia y las acusaciones dirigidas contra la *high life* toman siempre por pretexto la conducta de la mujer. Que el aristócrata sea haragán, derrochador, desenfrenado, frívolo, ocioso; que viva sumido en la ignorancia y la pereza; que sólo piense, como aquel majo de la célebre sátira, en toros y caballos; que no sirva de nada á su patria en particular, ni en general á la causa de la civilización, eso no asusta á las gentes; lo inaudito, lo que nos conduce á la «decadencia» y al «Bajo Imperio» en derechura, es que se sospeche que la marquesa Tres Es-

trellas tiene un *arreglo*, ó que haya bajado dos centímetros la línea del escote.

Para quien no vive en las esferas de la alta sociedad, ni posee la rara virtud de *hacerse cargo*, son delitos y crímenes una multitud de acciones indiferentes en sí, que las damas aristocráticas ejecutan, ó porque se lo exige su posición, ó por llenar el vacío de su existencia, ó por ajustarse á los cánones de la moda. El pueblo, y más aún la menesterosa clase media, que es quien elabora la opinión, no admite que no sea una perdida la mujer que gasta al año algunos miles de duros en ropa y alhajas; que asiste á las carreras en landó á la d'Aumont ó en *mail-coach*, y merienda allí emparedados, champagne y manzanilla; que quita tela del corpiño y la arrastra en la falda; que perfuma el acolchado de sus batas; que usa á diario medias de seda; que come bien y con sibaritismo, y que al terminar la comida, después de saboreado el café, enciende un cigarrillo turco. Todo esto se le figura al español indicio de la mayor depravación y maldad; y de cada detalle análogo que sorprende, deduce una vida de regodeo y crápula, y supone que esta vida es la de todas las señoras del gran mundo.

Es indudable que algunas viven muy superficialmente, no pensando sino en adornos, fruslerías y diversiones. Pero sobre que esto nace más bien de poco seso que de inmoralidad, es preciso antes de condenarlo ver si los hombres, de quienes recibe la mujer el impulso moral, la dan mejores ejemplos. No vacilo en afirmar que no, y que el sexo masculino aristocrático peca de frivolidad tanto ó más que el femenino. Y en el hombre tiene este pecado menos excusa. La mujer, al ser frívola, al vivir entre el modisto y el peluquero, no hace sino permanecer en el terreno á que la tiene relegada el hombre, y sostener su

papel de mueble de lujo. Suele decirse que en España las mujeres no pueden desempeñar más cargos que el de estanqueras ó reinas, á lo cual ha venido á añadirse últimamente el de telegrafistas y telefonistas. El hombre, en cambio, tiene abiertos todos los caminos y todos los horizontes; y si nuestra aristocracia masculina quisiese pesar é influir en los destinos de su país, y ser *clase directiva* en el sentido más hermoso y noble de la palabra, nadie se lo impediría, y se lo alabaríamos todos.

Sin embargo, no es tan general como se cree el que las damas aristocráticas estén exclusivamente entregadas al lujo y la molicie. Muchas viven en modesto retraimiento; son numerosas las que se consagran al hogar y á vigilar de cerca la educación de sus hijos; bastantes ocupan sus horas con la caridad ó la devoción, y algunas manifiestan loable interés por las cuestiones de la literatura, del arte ó de la ciencia, y hasta del progreso agrícola é industrial. Estas últimas las cito como excepción; pero sería injusto no elogiar el buen gusto literario de la marquesa de Casa-Loring, y la fecunda actividad é iniciativa de la duquesa Ángela de Medinaceli (ya quisieran parecerse á esta señora muchos hombres de su misma clase social). No han sido varones, sino damas de la aristocracia, las que se han interesado siempre por la poesía nacional, que representa Zorrilla; y no han sido varones, sino damas de la aristocracia, quienes primero ensalzaron y llevaron en palmas al ilustre Menéndez y Pelayo. Conocido es el intelectualismo de todas las señoras de la familia Rivas; y bien ha probado su entusiasmo por los dones de la inteligencia la bella hija de los marqueses de Sotomayor, prefiriendo á Cánovas del Castillo, y desdeñando á una turba de pretendientes de sangre azul en campo de oro. De virtud esplendorosa no quiero citar ejemplos, porque pare-

cería ofensa para las que no citase; perdone, pues, la condesa de Superunda que sólo la mencione aquí recordando la claridad de su entendimiento y la seriedad interior de su vida.

Yo que he defendido mil veces el buen nombre de las damas del gran mundo contra acusadores que (lo creo firmemente) nunca habían visto de cerca á una sola, al ver que no se convencían estos austeros moralistas improvisados, acudía á la prueba testimonial, y les rogaba que me fuesen nombrando una por una á las evidentemente livianas (á quienes, repito, no trataban), y yo en cambio les nombraría á las indudablemente honestas (escogidas entre gente que yo podía conocer). « Bien comprende V. (añadía dirigiéndome á mi interlocutor), que si, en efecto, las señoras del gran mundo están tan corrompidas y desastradas como V. dice, es fácil para V. convencerme con nombres y más nombres. Y como la falta principal que V. imputa á esas señoras es la que abre más campo á la calumnia, y si da la gente en suponerla, ya es como si se hubiese cometido, ni replicar podré á los argumentos que V. aduzca. Vengan, pues, nombres.» Entonces mi adversario me nombraba sobre media docena, la media docena eterna, invariable, que da incesante pasto á la murmuración y materia á la crónica escandalosa; la media docena cuya leyenda ha trascendido á provincias, y sospecho que á Ultramar y al extranjero también; yo en cambio enumeraba familias enteras, cientos de señoras, y una vez hasta llegué á coger la *Guía Oficial*, donde está el catálogo de la nobleza, y permitir al moralista que señalase con una cruz las que consideraba culpables. Recuerdo que nunca pudo llegar á completar el *Via-Crucis*.

Mas ¿quién desarraiga una preocupación tan exten-

dida? ¿Quién combate ideas como las de cierta señora de provincia, que, habiendo leído en no sé qué periódico que las damas aristocráticas adornaban los zapatos de baile con hebillas de diamantes, alzó el grito y juró que no podía ser mujer honrada la que usaba brillantes en los pies, y que no sabía cómo los maridos de esas señoras no las encerraban en las Arrepentidas?

En esta especie de conjuración contra la buena fama de las damas encopetadas han tomado bastante parte el teatro y la novela. Sea porque al público le divierte y halaga la pintura del vicio en las altas clases, ó porque la preocupación de que antes hablé trasciende hasta los literatos, ello es que las duquesas, marquesas y condesas que salen en dramas y libros son casi siempre el mismo diablo de perversas y fatales. No hace mucho que uno de nuestros primeros novelistas, Pereda, dió á luz una novela de costumbres aristocráticas, titulada: *La Montálvez*, donde las señoras y señoritas del gran mundo salen haciendo verdaderos horrores. Yo creo que en Pereda, muy enemigo de la vida de la corte, influyó lo que llamo *la leyenda provinciana*: si el novelista hubiese querido frecuentar el gran mundo, su pintura sería más justa, y no haría de la excepción la regla general. No salen mejor libradas las señoras en las novelas de otro autor de gran valía, el Jesuíta P. Coloma; pero en éste, la sotana explica ciertas apreciaciones excesivamente rígidas sobre bailes, saraos, trajes y distracciones propias de la aristocracia.

La educación que reciben las señoritas de la nobleza se resiente, en mi entender, de dos defectos. Es floja y es muy extranjerizada. Floja, porque no se funda en estudios robustos y sinceros, ni pasa de la superficie; extranjerizada, porque los colegios, las institutrices, las pro-

fesoras, las niñeras y las ayas, todo, para ser elegante y correcto, ha de venir de Francia, Alemania ó Inglaterra. Así pierde cada día más la mujer el carácter nacional y la fisonomía propia. Nunca he entrado en un gabinete ó tocador elegante, que mi instinto de observadora y de novelista no me impulsase á registrar el libro que, forrado en rica tela antigua, descansaba sobre el veladorcillo ó el canto de la chimenea. De diez veces, nueve era una novela francesa, género azucarado, Ohnet, Feuillet ó Cherbuliez; casi nunca un libro místico ó histórico; jamás una novela española, porque para el gusto de estos paladares, acostumbrados á bomboncitos franceses servidos en caja de raso, las novelas españolas son *ordinarias*. Una dama que, como la condesa-duquesa de Benavente, siga con interés y aplauso la marcha de nuestra novela moderna, ó, como la duquesa de Mandas, haya leído y entendido bien obras de prehistoria y geología, es honrosa excepción.

No cabe duda: una mujer que por su posición desahogada y lo bien organizado de su servidumbre no necesita dedicar mucho tiempo á las faenas domésticas; que ya no vive claustralmente como se vivía en el siglo XVIII; á quien se le caen encima, como decimos aquí, las cuatro paredes de su casa, porque el hombre la deserta para correr á sus diversiones y quehaceres, necesita una gran superioridad de espíritu para no abandonarse á la existencia baldía de visitas, paseos, teatro Real y saraos; pensar en algo más que en las oscilaciones de la moda, y ser fuerte y reflexiva. Muchas veces es la vanidad del marido quien la empuja á gastos, exhibiciones y competencias de lujo, si ya no es que con su indiferencia y abandono la obliga á buscar el aturdimiento y el vértigo. Circunstancias atenuantes que no admitirán los que quieren

á la mujer impecable é impasible, pero que el psicólogo nunca desdeña.

El físico de las damas de la nobleza española es, por lo regular, hermoso y arrogante; pero va escaseando ya el tipo de belleza nacional. La mujer de estatura mediana, cintura leve y redonda, movimientos ondulantes y lánguidos ó arrebatados y airosos, ojos negros expresivos y pestañudos, boca algo pálida, tez morena y pelo como la tinta, va cediendo el paso á la rubia carnosa, conocida aquí por tipo á lo Rubens. Hay infinitas rubias en Madrid. Verdad que muchas no son rubias, sino que se enrubian con tinte. Otro tipo abunda en la aristocracia, y ese me parece muy antiguo en ella: es el rubio pálido, anemiado, de cara larga, de labio inferior saliente y desdeñoso, que reprodujeron los grandes pintores retratistas como Pantoja y Velázquez. Á falta de belleza, este tipo respira distinción.

Créese que la traída de aguas del Lozoya y el cambio de clima y de atmósfera que fué consecuencia de ella, han modificado el aspecto de las damas de Madrid, dándoles más frescura y más carne. Para mí es evidente que en la pérdida del tipo nacional entra por mucho la variación del traje, la adopción de modas creadas por otras razas muy diferentes de la nuestra, y que si á ellas les sientan bien, á nosotras nos desfiguran. La mujer española había encontrado la fórmula de su ropaje en los trajes de la época de Carlos IV: la falda corta de raso, el zapatito escotado, y sobre todo la misteriosa, voluptuosa y poética mantilla negra ó blanca, son irreemplazables para un tipo femenino más gracioso que realmente bello. La moda actual, las telas gruesas, los colores apagados, las prendas de corte masculino, de procedencia inglesa, los impermeables y abrigos largos, la bota de suela fuerte

y ancho tacón, y más que nada el sombrero-capota francés, son otros tantos enemigos de la hermosura española. Una mujer de cuello largo y espalda recta, como la inglesa, estará perfectamente con camisolín y corbata de hombre; una mujer de tez muy blanca y fresca no perderá aunque use los medios tonos grises, *beige* y nutria; una mujer alta podrá parecer airoso con un abrigo que la cubra de pies á cabeza; pero la española, pequeña, morena, redondeada, curvilínea, necesita atavíos de otra clase y modas adecuadas á su forma natural. El tipo clásico parece mejor conservado entre las chulas de los barrios bajos que en la aristocracia; pero se debe á que la chula viste aún de un modo que remeda el vestir del pasado siglo: se calza y se peina á la española, y se envuelve en el mantón de Manila bordado de colorines. Cuando las señoras del gran mundo sacan la mantilla de fondo, los días de Semana Santa, en seguida vuelve á brillar, como un diamante montado sobre carbón, el tipo clásico en toda su gracia genuina.

Todo turista de instintos artísticos lamenta, al visitar á España, la desaparición de la mantilla. Un refugio le quedaba, aparte de los días de Jueves y Viernes Santo: las corridas de toros. Pero hasta de ese último atrincheramiento la arrojó la moda. Hoy lo elegante y distinguido es ir á los toros de sombrero (cuanto más exagerado mejor); y si se ha de decir la verdad pura, lo elegante es no ir á los toros nunca, y preferir las carreras de caballos, con el teje-maneje de las apuestas, el pugilato de ostentación del desfile y la exhibición de los trajes estrepitosos y veraniegos. La afición á los toros, —que es la verdaderamente española, la que nosotros tenemos en la masa de la sangre, —solo permanece entre los hombres, las chulas y el pueblo; la clase media, que

siempre procura imitar á la aristocracia, ha desertado de la plaza, y la mujer española, cuyo sistema nervioso va afinándose tanto, que ya no soporta los «dramas tristes», no puede tampoco resistir las emociones taurinas, que la propaganda filantrópica le ha pintado como gemelas de las del Coliseo romano.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA DEMOCRACIA EN EUROPA

Y AMÉRICA.



V Y ÚLTIMO.

No voy á tratar expresamente ahora del régimen vigente en Francia, y mucho menos de su Gobierno actual. Mi intento es hablar sólo de los principios teóricos de la democracia francesa, conocida por demás, en sus actuaciones ó revoluciones sucesivas, de todos nosotros, para que deba detenerme en ella tanto como hasta aquí en otras. No haría eso, aunque el tiempo, que me falta ya tanto, me sobrara. Bien sabido es que fuera del Catolicismo y la Monarquía legítima, históricas bases de la Nación española, los legisladores de Cádiz nos construyeron un Estado ideal sobre los principios corrientes de Rousseau, y parecidísimo al de la Constitución francesa de 1791; de la cual se dijo, con razón, «que contenía sobrada República para Monarquía, y sobrada Monarquía para República». De la Constitución de 1812 pudo decirse también lo que reciente-

mente ha dicho de la de 1791 un publicista liberal de Francia ; es á saber : « Que parecía tener por objeto provocar incesantes choques y conflictos en el mecanismo constitucional (1) ». Pero no tratemos ahora del tiempo pasado. Lo cierto, en tanto, es que la famosa *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, con su sentido especulativo, individualista, inorgánico, sectario, y por todo esto junto deficiente é intolerante, goza aún entre nuestros vecinos bastante crédito para que su aniversario se haya celebrado con una apoteosis, más que por ellos, merecida por el trabajo, verdadero genio tutelar de la Nación francesa. No quiere esto decir que, ni aun dentro de la escuela democrática, sus publicistas todos rindan fanático culto al texto concreto de los principios de 1789 (2). Pero cuando han penetrado éstos tan profundamente en gran parte de los continentes europeo y americano, y hasta en los mismos Estados Unidos de nuestros días, ¿qué tiene de extraño, después de todo, que se les siga en Francia tomando por norte, y que más ó menos hayan hasta aquí informado su régimen político, lo propio bajo la Monarquía parlamentaria que bajo el Imperio autoritario y la República? La leyenda misma los protege, porque, al parecer, hay poblaciones francesas que piensan que sólo desde ellos, y por ellos, la dignidad humana, la propiedad libre, y la igualdad ante la justicia existen, como si antes y después no hubiesen gozado, y frecuentemente con mayor seguridad, los anglo-sajones, tales bienes en los dos grandes pedazos de su nacionalidad.

Ocioso parece que añada que, en mi concepto, queda

(1) TH. FERNEUIL : *Les principes de 1789 et la science sociale* : Coulommiers, 1889.

(2) FERNEUIL, ya citado, y PAUL LAFFITTE : *Le suffrage universel et le régime parlementaire* : París, 1888.

poca historia en Francia para equilibrar cuanto conviene los precipitados *impulsos orgánicos*, que, más bien que organizar, por lo común desorganizan la democracia moderna. De cuanto antes he expuesto, se induciría fácilmente. Pero lo histórico, dicho sea con imparcialidad, todavía es más imposible de crear arbitrariamente, cuando ya en realidad no existe, que lo nuevo, por inconsistente que sea esto último después. De aquí la dificultad extrema del problema político en general, dentro de aquella Nación, por tantos otros títulos envidiable. Suponiendo que la República sea su definitiva forma de gobierno, cosa que ni niego ni afirmo, quedará el tiempo encargado de demostrar si, con efecto, es posible una República unitaria, porque nada puede enseñarnos acerca de eso el ejemplo de las Confederaciones anglo-americana y helvética. Son históricas obras estas, que no quiere Francia imitar, enamorada, y no sin motivo, de su unidad armónica y sana por una parte, mirando siempre, por otra, á las conveniencias de su organización y acción militar. Pero, aunque quisiera, no por eso resucitarían de verdad sus antiguas autonomías bretona ó borgoñona, por ejemplo, ni el espíritu aparte que hace menos tiempo distinguía de sus habitantes franceses, á los flamencos, alemanes y españoles, por no contar los italianos, que aún no son tan franceses como otros. Francia no encierra elementos ningunos federales, y tampoco es bastante desgraciada para abrigar en su seno la más mínima cantidad de separatistas disfrazados. Ya he dicho de antemano, y repetirlo fuera inútil, lo que las federaciones piden á la realidad preexistente. Por otro lado, ni tiene hoy Francia, ni Dios sabe si tendrá por cimiento jamás su forma política constituida, sea ella la que se quiera, el único

bastante hondo y firme para hacerlas eternas, es decir, la aquiescencia universal. Todas las Repúblicas de América poseen esta fundamental condición, como probó México pocos años ha, de igual modo que los Estados Unidos y Suiza. En Francia, por el contrario, ni la República, ni la Monarquía legítima, ni el Imperio, pueden ya aspirar á poseerla. Nada de esto que, á mi juicio, le falta á la democracia francesa para igualar á sus hermanas, depende de ella; pero sin lo que no tiene, ni puede tener, vive, y habrá de vivir por fuerza.

El principio de la soberanía está, en cambio, allí, encarnado clarísimamente. Rige la Nación el titulado sufragio universal directo; sin límite en el vario derecho cantonal ó particularista, sin freno ninguno para sus mayorías volubles. La total soberanía se ejerce á su nombre, y él es el amo efectivamente, como los franceses de todos los partidos reconocen. De su inteligencia y su moderación; de la realidad de su concurso, por una parte convencido y por otra sin egoismo ni desfallecimiento; del recto ejercicio, en fin, de su no compartida soberanía, espérase allí el posible bien. Ninguna mitigación á la ley del número; dondequiera resuelve la mayoría absoluta: en los comicios, en el Senado, en la Cámara de los Diputados, en la Asamblea Nacional, delegación suprema del pueblo y verdadera cabeza del Estado. Esa representación constante distingue de la democracia absoluta ó directa el actual sistema francés; pero ninguna hay tan pura, como en éste, entre las representativas. Fáltales sólo el *referendum* á los ciudadanos de la Nación vecina para seguir en rigor democrático inmediatamente á los de la *Lansgemeinde* helvética. Sin embargo, ya que el reunirse todos los republicanos franceses á deliberar en una pradera, como los de Uri, no sea hacedero, llévan-

:

les á estos mismos la ventaja de que ejercen la soberanía totalmente, no una parte sola y desnuda de lo más importante, reservado siempre á la Confederación donde existe. De todo lo cual resulta que no puede quejarse Francia hoy de que sus instituciones coarten la libertad, dependiendo de la mayoría absoluta de sus hijos que sea aquélla en su suelo moral y jurídica, no semejante á la que se titula natural, por no aplicarle peor nombre.

Si la laboriosidad, la inteligencia, el saber, el honrado espíritu de economía, las grandes cualidades de los individuos bastaran, contemplaría sin duda el mundo con total confianza el Estado francés, que tiene bajo su dirección el movimiento de una de las mayores y más fecundas fuerzas humanas. Pero los hombres están no menos influidos por sus instituciones que las instituciones por los hombres. Preciso será, por tanto, que sin cesar estudien las suyas nuestros vecinos, para hacerlas realmente mejores, que no para alterarlas apasionada y caprichosamente. La delicadeza de relaciones que el régimen *de gabinete* que ensayan exige, entre los poderes distintos y los que los ejercen, ¿serán para manejados por una mano por naturaleza tan ruda como la del sufragio universal? Dúdanlo no pocos republicanos sinceros, por lo cual hay quien piense allí en el régimen deficientemente distinguido con el nombre de representativo, es decir, con suprimir los ministros responsables ante las Cámaras. Al propio tiempo, la presidencia actual de la República no se deriva de la designación popular inmediata ni mediata por el recelo que en aquellos republicanos origina el procedimiento plebiscitario, tan conocido en la moderna historia de Francia; pero con y sin ministros responsables, bien puede ser de ese modo un juguete en manos de las Cámaras que lo nombran y enfrente del su-

fragio universal, que directamente no lo conoce. Lograrán, en todo caso, las cualidades personales de los Presidentes, hacer respetable su autoridad en circunstancias ordinarias; pero en las extraordinarias, que siempre están cerca de una Nación militar, y aun de una democracia mal equilibrada, sentiráse, en mi concepto, la necesidad de un hombre como Lincoln, de más origen y prestigio popular. El poder legislativo está por su lado dividido en dos; pero aquel Senado no presenta derechos propios en frente de la representación directa de la Nación, como los compuestos de mandatarios de cantones ó Estados soberanos. Nadie negará que sea el Senado francés ahora, emanación lejana del sufragio universal, una obra de todo punto artificiosa; y tal vez ganaría con que se le constituyera en una directa y exclusiva representación de las municipalidades como tales, elemento único éste que allí tenga aún algo de histórico, no obstante la uniformidad oficial impuesta entre nuestros vecinos á las localidades por una larga y enérgica centralización. No en vano los que hemos asistido á las últimas elecciones, mejor que los que sólo tienen noticia de ellas por los periódicos, podemos testificar que, así los que votaban como los que no, parecían conformes sobre lo siguiente: que en la nueva composición de la Cámara de los Diputados exclusivamente consistía, cual si hubiera una sola, no ya la futura suerte del ministerio, ni de un partido, ni siquiera del Presidente, sino la de la forma misma de Gobierno.

Y, con efecto, bajo un régimen de *gabinete* por el estilo del que la República francesa conserva, ¿qué medios de existencia le quedan tampoco á un Presidente sin mayoría en la Cámara de los Diputados? Ningún *gabinete* inglés vive así tampoco; pero detrás de él hay al

cabo un jefe del Poder ejecutivo inamovible, unánimemente aceptado, defendido por los ciudadanos activos y por los habitantes que no lo son en ambos sexos; poder con eficacia moderador, porque su inmensa autoridad moral lo erige fácilmente en árbitro; que cede sin aminorarse, porque su indiscutibilidad y su inviolabilidad efectivas lo ponen al abrigo de los menosprecios de la flaqueza. Pero supongamos suprimido el *gabinete*: ¿qué poder, de todos modos, hubiera quedado en Francia capaz de luchar contra una mayoría enemiga recién elegida por el sufragio universal, como ha solido y suele luchar, con ventaja, el Presidente de los Estados Unidos contra el Congreso? No resulta ya aquí que, tomado en conjunto, el régimen que vulgarmente se apellida representativo, ni en las Monarquías ni en las Repúblicas, ofrezca ventaja sobre el parlamentario, y aun me parece muy inferior al de *gabinete* de verdad, al de *gabinete* en Inglaterra, ó sea á aquel que arranca de un cuerpo electoral que puede y quiere ser independiente. Pero, dígolo con verdad, en una democracia sin contrapeso alguno eficaz, como la francesa, el régimen de *gabinete* me inspira aún mayores recelos.

No es posible que allí haya, entre otras cosas, partidos gobernantes como los que hasta aquí ha habido en Inglaterra. Nada más distante que los grupos parlamentarios que las Repúblicas francesas han conocido, del concepto de los partidos que Burke profesaba, y que lord John Russell prohijó en su *Ensayo histórico* sobre la Constitución inglesa. Todos aquellos pensarían también constituir corporaciones de hombres reunidos, para procurar por sus esfuerzos juntos el bien del país, partiendo de un principio común; pero hubiera sido además preciso, según observó Russell, que, descartando los vicios y

las violencias, pudiesen, como fuerzas políticas, ofrecer á un pueblo, por su parte constituido en juez del campo, igual libertad, seguridad personal idéntica, y más tranquilidad que nunca, aun sin contar con la consideración y la gloria (1). ¿Logran parecida cosa los grupos parlamentarios franceses, ni por separado, ni juntos? Verdad es que, al menos, no hay por acá partidos semejantes á los de los Estados Unidos, en lo cual nada pierden nuestros vecinos. Por esta razón tal vez, mientras en la República anglo-americana el grito de los mejores ciudadanos es *fuera los partidos*, los mejores republicanos franceses piden partidos á voces, y cada día con más necesidad, al parecer. ¡Tan contingentes y variables son las cosas políticas! Pero, para concluir: si ningún partido en Francia es un organismo capaz de ponerse en lugar de la Nación, formando un Estado extralegal, con igual ó mejor organización y disciplina que el que las leyes establecen, tampoco representa ninguno, en cambio, un instrumento político que, absolutamente dentro del orden legal, alterne por la sola utilidad patriótica de la alternativa, que no por peculiares intereses, con otro, en el ejercicio de la soberanía. Esto, sin embargo, es lo que sin remedio necesita el régimen de *gabinete*.

Fáltales, por otro lado, á los grupos políticos franceses, poderosa organización con jefes ciertos y disciplina segura, y, aparte de esto, tribunal capaz de ponerse de acuerdo sobre sus acciones y méritos, juzgándolos serena é imparcialmente; lo cual cabe sólo en un cuerpo electoral que sobre lo más, y todo lo esencial, esté conforme. Y ¿qué se quiere? Estimo yo además que, para que salgan buenos partidos gobernantes de un cuerpo

(1) LORD JOHN RUSSELL: Obra citada.

electoral, es conveniente también que no hagan de él parte los que no posean por lo menos casa y hogar, cosa que indudablemente predispone á incorporar el interés personal en el público. Mas no hay que hablar de ese principio inglés en Francia. Hay allí, por el contrario, sobra de electores, y partidos irreconciliables, que casi por mitad se reparten la Nación, quedando un tanto al acaso de tal modo los destinos del país cada cuatro años; hay grupos gubernamentales, más ó menos reductibles, pero siempre sin raíces hondas ni suficiente organización en el país, y por lo mismo sometidos á las pasiones ó los caprichos individuales; hay dondequiera exageración de ideas y aspiraciones. Y, entretanto, no porque Francia carezca de grandes partidos gobernantes, el sistema de los grupos y de las mayorías pasajeraamente formadas por ellos, ya juntos, ya separados, deja de dar por fruto un *funcionarismo* de que la celebrada administración de aquel país había estado bastante libre este siglo. No los periódicos, que bien sabemos todos que hasta de buena fe exageran siempre, con el calor y los demás estímulos de la diaria contienda, sino los libros políticos, más serena y razonablemente escritos en esta época, lo pregonan. No ha llegado, con todo, allí la corrupción hasta donde en otras partes; ni los partidos, ni sus jefes, aunque quizá no impecables, suelen hacer meros instrumentos de su personal provecho las instituciones; mas éstas, para decirlo de una vez, dejan harto más que desear en sí mismas que las de Suiza y los Estados Unidos, considerándolas desde el propio punto de vista democrático.

* * *

Y estoy ya tocando al término. La variedad con que, según acabamos de ver, se ejerce aquí ó allá la soberanía dentro de un mismo principio político, prueba ante todo que José de Maistre tuvo razón al decir que basta que una constitución pueda aplicarse á distintos pueblos, para saber que á ninguno le conviene. Con efecto: ni la constitución federal suiza sería aplicable del todo á los Estados Unidos, ni ésta ni aquélla República darían á la francesa útil modelo. En una sola cosa está toda democracia conforme, y es en no entregar el ejercicio de la soberanía á la Nación entera. Dondequiera conservan un Estado, por mayor ó menor número de habitantes constituido, mas nunca por todos. Tampoco existe en democracia alguna la igualdad de derechos políticos, desde 1789 ofrecida á todos los seres capaces de discurso y voluntad. ¿Podrán ellas mantener así perpetuamente la consideración del sexo, como razón generadora del derecho político, hasta fuera de los límites de la convenida *capitis diminutio* de las mujeres casadas, extendiéndola á las célibes y viudas con fortuna ú oficio independientes, instruidas, y harto más interesadas con frecuencia, que muchísimos varones en el buen gobierno? La misma arbitrariedad de los plazos de la mayoría de edad, que hace que en los cantones suizos el derecho electoral vague entre los diez y siete y los veinte años, fecha bien prolongada en otras partes, ¿no tendrán que sustituirla al fin las democracias igualitarias por una norma fisiológica con valor científico, en vez del empirismo actual? La Iglesia católica, que no peca de ligera, ha sido ya mucho más generosa que ellas en este punto, reconociendo el discurso y la voluntad en menores edades, para casos más graves que depositar votos en las urnas. Parecida cosa ha hecho el Derecho Penal. Y no se me hable de in-

convenientes, que demasiado los sé; pero son los que lógicamente trae consigo el lujo de no parecer doctrinarios, y el llevar á sus consecuencias los principios. El caso es que mientras lo antedicho no se realice, la desigualdad de los humanos, tan reprobada á Aristóteles, continuará en substancia. Bien lo comprenden ya Inglaterra y los Estados Unidos, que al compás que se democratizan, acercan indudablemente las mujeres á la vida pública, sobreponiendo la lógica de un principio, no diré al masculino orgullo, sino mayormente á las burlas que acogen cualquier moda nueva, *hasta que se hacen los ojos*, como decimos vulgarmente.

Imposible es negar, por otro lado, que en todo su conjunto cabe sólo llamar Nación á cualquiera gente. Aquél es quien únicamente constituye una personalidad nacional, y la gran voz de la conciencia de ésta fué la que se oyó allá en nuestra lucha de la independencia, así como en la Santa Rusia se oye también cuando flotan hacia Constantinopla sus banderas. Todo lo que no sea eso, constituye actos de soberanía del Estado, ó expresiones de lo que se llama *opinión pública*, en realidad limitada al privilegiado número de seres humanos que gozan de la consideración de ciudadanos activos. La conciencia nacional, lo repito, es otra cosa. Manifiéstase la vida en el planeta por muy diversos modos; y es claro que esta conciencia sin cerebro único no alcanza la variedad inmensa de nociones, de sentimientos, de aspiraciones, que cabe en las individuales. Pocas, pero fundamentales ideas; pocos, pero profundísimos sentimientos, contiene en su particular espíritu la personalidad social ó nacional, y tampoco necesita más para sus fines providenciales. Si á su conciencia, verdaderamente pública, se le pregunta por todo, y á cada instante, ó no responde ó

responde mal, porque es en verdad estrecha su peculiar esfera. Pero, en cambio, cuando dentro de ésta habla, poco menos que infalibles son sus sentencias.

Viniendo, por último, á conclusiones más prácticas, he de decir aún que, en mi concepto, ni la bondad de las democracias en cualquiera forma constituidas, ni la de ninguna otra organización de Estado, entiendo yo que se juzgarán un día por reglas abstractas: ni por las que sentó *a priori* la Revolución francesa, ni por las que desde Montesquieu, y su poco exacta teoría de la división de poderes, se han inferido experimentalmente del feliz resultado de las instituciones inglesas. Para mí, los tiempos llegan en que un régimen político sea estimado, sobre todo por la aptitud que posea para mantener en orden al trabajo y al capital, contribuyendo hasta donde quepa á su concierto necesario. Todos los Gobiernos rinden algún tributo ya, aunque en mayor ó menor cuantía, al socialismo del Estado, bien que ninguno haya adelantado sus pasos tanto en esta senda como el alemán. Pero lo más grave es hoy, bien lo sabéis, que la Iglesia católica en la propia Alemania, en Inglaterra, en Francia, y más que en ninguna parte en los Estados Unidos, rechaza á título de unas de sus principales leyes, la caridad, los excesos de la concurrencia ó de la lucha por la vida en la regulación del trabajo. El Papa mismo ha declarado no ha mucho que es lícita la existencia de la formidable asociación titulada de los *Caballeros del trabajo* en los Estados Unidos, con tal que respete la propiedad individual, y que no incurra en los extravíos del socialismo revolucionario. Por tales caminos ya la mayor fuerza moral que posea el mundo, reparad también que la fuerza material más triunfante en el mismo y más gloriosa, se ha dejado persuadir del socialismo de la cátedra, del llamado

inexactamente *socialismo católico*, del socialismo conservador, y hasta de la nueva economía política realista, conformes ya en una cosa, á saber: que las leyes matemáticas de la producción y la demanda, ni se deben, ni se pueden aplicar á los hombres. No discuto aquí, expongo; no pretendo establecer, según dije ha poco, sino que el Estado del porvenir ha de estar influido, antes que por nada, por el hecho novísimo de que sobre los antiguos problemas políticos claramente prepondera el problema social.

Pues ahora bien: el más simple planteamiento de este problema difícilísimo, obligará á prescindir de gobiernos que no sean capaces de pasar irresistiblemente á un tiempo sobre las minorías propietarias ó capitalistas, y sobre las mayorías trabajadoras y proletarias, con el fin de que ni las primeras aprovechen las ventajas todas de la concurrencia, ni extiendan las segundas su estricto derecho á vivir trabajando, hasta convertirlo en máscara de la pereza, del apetito de lo superfluo ó del vicio. Dígase, por otra parte, contra el socialismo y sus sistemas varios, cuanto se quiera, paréceme á la par esto evidente: que en las democracias donde se reconoce por amo al pueblo, ni siquiera es racional que los servidores disputen al dicho amo la seguridad del sustento. De esta compenetración de la soberanía absoluta con la pobreza en la mayoría de los ciudadanos, fuerza será que las democracias se den cuenta exacta, no mirando sólo á los inconsistentes diques que hábitos, respetos, ignorancia, desconocimiento aun de las propias fuerzas, mantienen todavía en pie, sino á la cantidad de las corrientes asoladoras que pudieran rebasar todo cauce alguna vez. Si para esas horas carecen las democracias de organismos proporcionados á la misión primera del Estado, si

no aciertan á sobreponerse á los más, cuando haga falta, á pesar de su dependencia absoluta del número, poca duda será permitida, respecto á los riesgos que correrá en sus manos el orden social.

Las mayorías, trabajadoras ó sin trabajo, totalmente apoderadas del poder público, ¿por qué no han de dirigir el ejercicio de su incontestada soberanía en un sentido conforme á su erróneo concepto de la justicia, á sus deseos vagos y sus reales necesidades, por más que suela esto hallarse en contradicción con las ineludibles leyes de la desigualdad natural (¹)? Todas las soberanías han abusado hasta aquí, y por nada ha luchado tanto el género humano como por ir poco á poco enfrenando á las anteriores. ¿De qué modo se logrará esto mismo con la más moderna? Sábelo Dios solamente ; pero no sería mucho que para contenerla, si la contenían, engendrasen las democracias de nuevo, como engendraron ya en Grecia, aquella clásica institución del *tirano*, y la dictadura consular ó imperial en Roma, frutos de un propio árbol. Parecería entonces más loable que ahora el grande Estado alemán, donde, rindiéndose tributo á la evidencia de los males sociales, y procurándoles el alivio posible, ya que no total remedio, reside suficiente poder orgánico para excluir de la cuestión la violencia brutal por todos lados, dando lugar con el inexorable mantenimiento del orden al tiempo y á la inteligencia humana para adquirir por racionales métodos mayor bienestar común, y evitar más número de males de día en día (²). No olviden las democra-

(1) No serán suficiente obstáculo libros como el de H. C. MAILFER: *De la Démocratie en Europe*: Saint-Denis, 1875, ni tampoco el de Henry Maine: *Popular government*: 1886.

(2) El príncipe de Bismarck ha dicho con orgullo en el Reichstag, á propósito de esto: « Il m'est permis de revendiquer pour moi la paternité première de toute la politique sociale ». *Discours de Mr. le Prince de Bismarck*, vol. xv, pág. 283.

cias individualistas, enemigas feroces del socialismo á las veces, que está éste dentro precisamente de su propia naturaleza, porque el poder igual de todos, aunque sea un imposible práctico, pide que las consecuencias sociales para todos sean iguales también. Por eso mismo se encuentran forzadas á mayor precaución y acción, allí sobre todo, donde por deficiencia de la espontaneidad individual haya por fuerza de intervenir el Estado. Hoy ya el socialismo católico, como el conservador, la Monarquía prusiana de derecho divino como el *torysmo* democrático, ó sea la democracia conservadora de D'Israeli y sus discípulos, ofrecen lecciones útiles para este caso, que los Estados democráticos tendrán que precipitarse á aprovechar.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

NOVELA-PROGRAMA

~~~~~  
*A la Sra. de R. G.*

**M**I distinguida amiga : Hace ya meses que me envió V. un ejemplar de *Looking backward*, novela de Eduardo Bellamy, impresa en Boston en 1889. En seguida di á V. las gracias por su presente ; pero, como tengo tantas cosas que leer y tantos asuntos á que atender, confieso que no leí la novela, y la dejé arrinconada.

Pasó tiempo, y un día la novela cayó de nuevo por casualidad entre mis manos. Entonces reparé en una cosa en que no había reparado antes, y que no pudo menos de mover mi curiosidad hacia la novela. En letra mucho más menuda que el título y por bajo de él, decía la portada : *two hundredth thousand*.

Estas tres palabras me dieron dentera, ó, si se quiere, envidia. Yo también soy autor, y no estoy exento de tener envidia á otros más dichosos autores.

Las tres palabras indicaban que de la flamante novela se habían vendido ya doscientos mil ejemplares cuando se

imprimió el que yo había recibido. Desde entonces hasta ahora ha pasado tiempo bastante para que se vendan otros cien mil. Bien se puede afirmar, pues, que lo menos trescientos mil ejemplares de *Looking backward* han sido ya vendidos.

En ese país y en Inglaterra hay mucha *librería circulante*, y los libros además se prestan sin dificultad. No es exageración suponer que cada ejemplar ha sido leído por diez personas. El Sr. Bellamy, por consiguiente, puede jactarse de que han leído ya su obra tres millones de seres humanos. Sobre esta satisfacción de amor propio debe de tener además el gusto más sólido y positivo, suponiendo que sus derechos de autor son por cada ejemplar no más que diez céntimos de *dollar*, de haber cobrado á estas horas por su trabajo treinta mil *dollars*, ó dígase bastante más de ciento cincuenta mil pesetas de nuestra moneda. Tan opimos derechos merecen, en verdad, el pomposo nombre de *royalty*, *realeza*, que tienen en inglés; mientras que los derechos de los autores españoles, salvo en rarísimos casos, debieran llamarse *beggary*, *mendicidad* ó *pobretería*.

Compungido yo y descorazonado por esta consideración, vengo á sospechar á veces si todo, y singularmente los escritores, estaremos en España muy por bajo del nivel intelectual de otros países. El que en España no se lea no basta á explicar que no se lean nuestros libros. Si fueran buenos, me digo, se traducirían y leerían en otros países, ó bien en otros países aprenderían el español para leernos. ¿No sucede esto por dondequiera, con los libros que se publican en Francia? En nuestra Península, y en toda la extensión de la América hispano-parlante, ¿para qué ocultarlo?, Zola, Flaubert y Daudet son más estimados que Alarcón, que Pereda, y hasta que Pérez Galdós,



y de seguro que se han leído y se han vendido más ejemplares de *Nana* ó de *Germinal*, ó de *La Tierra*, que de *Sotileza* ó de los *Episodios nacionales*.

Con los libros en inglés aún no sucede esto tanto en las naciones que hablan nuestra lengua ; pero los libros en inglés, si llegan á hacerse populares, no han menester de nuestro tributo.

Harto se ve en *Looking backward*. Tal vez sea yo, hasta ahora, gracias al ejemplar que V. me envió de presente, el único español que sabe de dicho libro, y de dicho libro, con todo, se han vendido ya más ejemplares que de ninguna de las novelas de Zola : del más glorioso y á la moda entre los novelistas franceses.

Á pesar de cuanto acabo de exponer, quiero desechar mi abatimiento y mi modestia ; y, sin rebajar el mérito del escritor extranjero, entiendo que son parte en la fama y en el provecho, que á menudo alcanza, lo bonachón y lo candoroso que es el público de otros países, donde se rodea al escritor de gran prestigio y se le presta autoridad que nosotros le quitamos.

Nosotros no tenemos mala voluntad á los hombres de letras ; pero las circunstancias nos encierran en círculo vicioso de difícil salida. Aquí no pocos hombres de mucho talento y bastantes de mediano medran, se enriquecen y encumbran, politiqueando, tratando de curar enfermedades ó defendiendo pleitos. El que compone libros, si no tiene rentas, ó bien si no tiene otras ingeniaturas, permanece siempre casi pordiosero. Y de ello inferimos, ya que el que compone libros está medio loco, ya que es incapaz de ser político hábil, abogado con clientes ó médico con enfermos, por donde se da á literaturas, como quien se da á perros, desengañado y desechado de profesiones más lucrativas.

Pero salgamos de tan tristes meditaciones crematístico-literarias, y hablemos de la novela del Sr. Bellamy.

Nada más rancio, trillado y manoseado que lo fundamental de su argumento. Es un caso de sueño ó letargo prolongadísimo, del cual se despierta al cabo. Ya de Epiménides de Creta, que vivió seis siglos antes de Cristo, se cuenta que estuvo durmiendo cincuenta y siete años. Hermitimo de Clazomene, que floreció poco después, echaba también siestas muy largas; con el aditamento de que, mientras que su cuerpo dormía, su desatado espíritu se paseaba por todo el universo con la rapidez del rayo. En las edades cristianas, abundan más aún los durmientes, empezando por *los siete*, que, durante la persecución de Decio, se quedaron dormidos en una caverna, y despertaron ciento cincuenta y siete años después, hallando muy cambiadas las cosas del mundo y el cristianismo triunfante.

No sé de país donde no haya cuentos, leyendas, comedias y zarzuelas que se fundan en esta base. Nosotros tenemos á nuestro D. Enrique de Villena, que desde el siglo xv estuvo hecho jigote, y apareció y surgió á nueva vida en *La redoma encantada* de Hartzenbusch. Por lo común, no se requiere determinación tan heroica como la de hacerse jigote, ni siquiera se exige sueño, para dar un brinco en el tiempo, y plantarse de súbito dos, tres ó cuatro siglos más allá del punto de partida. Basta para ello un éxtasis, un arrobó ó la traslación real á medio más dichoso, donde el correr del tiempo es más raudo.

Yo he leído un cuento japonés, en que un pescadorcillo es llevado á una isla encantada. Allí se casa con cierta mágica princesa. Vuelve á su tierra, en su sentir al cabo de un año, y reconoce que han pasado doscientos ó más; que no tiene ya ni padre, ni madre, ni perrito que le ladre,

y que nadie en su tierra le recuerda. Atolondrado, abre entonces una cajita, don de su princesa, cajita que le debía servir, no abriéndola, para volver á la isla encantada; y sale de la cajita un vapor, á manera de nubecilla blanca, que en lo alto del aire se disipa. Entonces siente que caen sobre él, con todo su peso, los doscientos ó trescientos años que habían pasado, y pierde la lozanía de la juventud, y se trueca en un horrendo viejezuelo, que se encoge y consume hasta que muere.

La *Leyenda áurea*, las vidas de los Padres del yermo, en todo país y en diversos idiomas, están llenas de casos semejantes, aunque menos lastimosos. Ya es un monje que se embelesa, oyendo cantar un pajarillo, en un soto, cerca de su convento. Vuelve al convento, creyendo haber estado ausente una hora, y ha pasado un siglo. Longfellow ha puesto en verso una historia de esta clase. Ya, como en una preciosa leyenda italiana del siglo XIV, son dos monjes que se extravían en una selva; hallan una barca en la margen de apacible río; se embarcan, se dejan llevar de la corriente, y arriban al Paraíso terrenal. El querubín de la espada flamígera les da libre entrada; y Enoch y Elías los reciben y los agasajan, regalan y deleitan tan maravillosa y elegantemente, que se les hace muy cuesta arriba volver al convento, al cabo de una semana. Pero no hay más recurso que volver. Vuelven, y descubren que han pasado en el Paraíso Terrenal la friolera de setecientos años.

La invención, pues, del Sr. Bellamy nada tiene de inaudita. Su héroe, Julián West, se queda dormido, en un sueño magnético, y despierta ciento trece años después. Se duerme en 1887 y despierta en el año 2000 de nuestra Era.

Se advierte en esto otro ingrediente capital, permítase-

:

seme la expresión farmacéutica, que entra en la confección de la novela del Sr. Bellamy. La novela es profética : nos pinta lo que serán el mundo y la humanidad dentro de poco más de un siglo.

Tampoco es esto nuevo. Pinturas proféticas por el estilo, acaso más divertidas y más brillantes y pasmosas, se han hecho en casi todas las literaturas. ¿Dónde está, pues, el valer de la novela? ¿Cuál ha sido la causa de su extraordinaria popularidad? Á mi ver, el valer de la novela es grande y la causa de los aplausos justísima. Consisten en la buena fe y en el fervor con que el Sr. Bellamy cree y espera en lo que profetiza con alegre y profundo optimismo.

Sin duda que en Europa los descubrimientos é invenciones recientes de la ciencia experimental, la actividad fecunda de la industria, la facilidad de las comunicaciones, la creciente riqueza, las máquinas, el bienestar, el lujo y sus refinamientos, el telégrafo, el teléfono, el alumbrado eléctrico, las Exposiciones universales, los congresos de sabios y otras maravillas, han ensoberbecido y alentado por todo extremo á no pocos hombres, y les han hecho creer en un indefinido progreso humano ; pero también esas mismas novedades, primores y adelantos, han influido, en sentido opuesto, en más hombres aún, volviéndolos canijos, descontentadizos, nerviosos y quejumbrosos.

El pesimismo existe desde antes de Job y de Budha ; pero pocas veces ha estado más divulgado, más razonado y más boyante que en el día. Pocas veces ha sido, además, más negro y desesperado en Europa : ya porque se afirma la mayor dificultad, cuando no la imposibilidad, de ilusiones, de ideales, de creencias, ó como quieran llamarse, que sirvan de compensación ó de consuelo ; ya porque se

abultan los peligros en la resolución de urgentes y temerosos problemas ; ya porque los impacientes y furiosos quieren resolver estos problemas con desmedida violencia y por virtud de los más truculentos cataclismos.

Inútil me parece detenerme en probar que, en Europa, y singularmente en la segunda mitad de este siglo que va llegando á su fin, hay más desesperación que esperanza, se ve oscuro y tempestuoso el porvenir, y son tétricas la filosofía y la literatura.

La risueña amenidad de algunos reformadores sociales, como Fourier por ejemplo, sólo sirve ya para bur-las. Los que en el día aspiran á reformadores, se llaman *nihilistas*, y aturden y aterrorizan á las clases conser-vadoras. Los poetas siguen siendo desesperados y satá-nicos, ó bien dimiten, por suponer que la poesía se acaba. Sus negaciones, maldiciones y furores, en vez de salir en verso y en raptos líricos, que solían tomarse menos por lo serio, se ponen hoy en prosa, con el método, el orden y las pretensiones didácticas de una ciencia. En vez de Leopardi, Byron ó Baudelaire, tenemos á Schopenhauer. Las pasiones sublimes, los caracteres nobles y desintere-sados, los dulces amores, las creencias profundas, todo lo ameno y hermoso se va arrojando de la narración es-crita, donde se afirma que la imaginación no debe poner nada de su cosecha. Las obras, pues, de entretenimiento, las más leídas y admiradas, son cuadros horribles de vi-cios, maldades y miserias, en que el hombre, *bestia hu-mana*, se revuelca en cieno y en sangre. La vida, en la realidad y en la ficción, aparece como una pesadilla cruel, ó como una estúpida é indigna farsa, que no merece ser *vivida*. El mejor término y remate de todo es morir-se para descansar. La suprema bienaventuranza del mundo, la última victoria del saber y la más alta realizada aspi-

ración del deseo, serían el *totalicidio* : que la ciencia nos hiciese poderosos para ahogar el necio prurito de vivir que fermenta en las cosas y matar el universo.

Cierto es que la misma exageración de los clamores y de las blasfemias hace que á veces se tengan por fanfarronadas, y que el hombre sereno las ría y no las deplore; pero la insistencia y la generalidad de tantas quejas se sobreponen á la risa, anublan el ánimo más despejado, y angustian al fin y meten en un puño el corazón de más anchuras.

En el conjunto, bien puede asegurarse que de ese otro lado del Atlántico, no hay que lamentar como endémica esta enfermedad del desconsuelo; reina cierta gallarda confianza en los futuros destinos de la humanidad. La tierra es nueva, vasta y pingüe, y cría savia abundante en cuanto se trasplanta en ella. Si de una cepa vetusta, cubierta de filoxera y carcomida por el honguillo, tomamos un buen sarmiento, y le metemos en tierra á alguna distancia, el mugrón se transforma pronto en otra sana y fructífera cepa. Así me figuro yo que ocurre quizá al anglo-americano en relación con el europeo. La prosperidad de esa gran República se diría que promete mayor auge é inmensa ventura para en adelante. Toda dificultad, en vez de desalentar, aumenta los bríos, y hasta regocija con la esperanza de vencerla. Hay ahí cierta emulación, cierta petulancia juvenil, que son útiles, porque persuaden á muchos de que América logrará lo que Europa no ha logrado; resolverá problemas que aquí tenemos por irresolubles, y realizará ideales que nosotros, ya cansados, agotados y viejos, abandonamos por irrealizables y quiméricos. *Excelsior* es la hermosa y extraña divisa que llevan Vds. en la bandera. Los poetas de ahí están llenos de presentimientos dichosos, y no

lloran ni se quejan tan desoladamente como los nuestros. La vida para ellos no es lamentación, sino acción incessante, á fin de avanzar más cada día,

*Still achieving , still pursuing ,*

y dejando en pos

*Footprints on the sands of time ,*

como dice Longfellow, en su *Psalm*. Todo vate quiere hoy ser ahí más profeta que en parte alguna. Su misión es profetizar y no cantar :

*Life sings not now , but prophesies.*

Whittier es á modo de un Ezequiel de nuestro siglo. Con justicia se le saluda como al «cantor de la religión, de la libertad y de la humanidad, cuya palabra de santo fuego despierta la conciencia de una nación culpada y derrite las cadenas de los esclavos».

La poesía lírica de ahí inculca en sus mejores obras que querer es poder. La voluntad tenaz, valerosa y desenfadada, rompe todo límite que el saber imperfecto pone á lo posible. Un buen *yankee* (y permítame V. que llame así á sus paisanos, por no llamarlos anglo-americanos siempre), un buen *yankee*, digo, alentado por su soberbia esperanza, es como el Reco de la bella leyenda de Russell Lowell; no duda de lograr su anhelo, y se considera como *sobrehumanado* para lograrle.

«Reco no dudó ya de su ventura.  
Bajo sus pies, á la ciudad volviendo,  
Pensó que ufano el suelo florecía ;  
Que era más clara la amplitud del éter ;  
Que alas para cruzarle le brotaban ;  
Y que del sol los rayos , en sus venas  
Infundidos , prestaban á la sangre  
Calor salubre y levedad celeste.»

Esta fe en el porvenir, esta exultación del espíritu, que nada deja fuera de su alcance, ha sido la Musa que ha inspirado su novela al Sr. Bellamy.

Al espirar el siglo xx, ó dígase dentro de poco más de un siglo, la más portentosa revolución estará ya consumada; se habrá renovado la faz de la tierra; la condición humana habrá logrado mejoras extraordinarias materiales y morales, y la Jerusalén celeste, ó, si se quiere, la suspirada ciudad de Jauja, habrá bajado del cielo, y extenderá su feliz y dulcísimo imperio sobre todas las lenguas, tribus y naciones del mundo. No quiere decir esto que una Jauja conquistadora tendrá sometido el resto del mundo, sino que la Jauja ideal se realizará por dondequiera, y todo el mundo será Jauja.

Entendámonos, sin embargo. La Jauja realizada en todas partes, no será la grosera y vulgar de que habla el proverbio; la Jauja donde se come, se bebe y no se trabaja. En el nuevo orden de cosas, en la flamante ciudad, no habrá nadie que no trabaje; hombres y mujeres serán trabajadores; pero merced á la ingeniosidad y primor de la maquinaria y á la superior organización del trabajo, el trabajo, lejos de ser fatigoso, será gratísimo.

La vida estará lindamente arreglada. Hasta los veintún años dura el período de la educación en el nuevo régimen. Las escuelas son tan buenas, que apenas hay quien salga de ellas sin ser un pozo de ciencia, diestro en todos los ejercicios corporales, así de fuerza como de agilidad y de gracia; sano, hermoso y robusto.

Como ya no sobrevienen (estamos en el año 2000) guerras ni desazones, y vivimos en una paz plusquam-octaviana, ni hay quintas, ni mucho menos servicio militar obligatorio. ¿Y para qué, si tampoco hay generales ni ejército guerreador? De lo que no se puede prescindir



es de ejército industrial, y todo individuo tiene que servir en este ejército, admirablemente regimentado. Pero el servicio es cómodo y ameno, como ya hemos dicho, y á la edad de cuarenta y cinco años termina. Á la edad de cuarenta y cinco años recibe cada cual su licencia absoluta, ó bien se jubila. Y no porque ya se le crea inútil, sino porque ya ha cumplido con la sociedad.

Lejos de estar inútil el jubilado ó licenciado, puede asegurarse que está en lo mejor, en el cenit de su edad. La higiene, pública y privada, la medicina, la cirugía y el arte culinaria han progresado de tal suerte, que el término ordinario de la vida es ya de noventa años. Quedan, pues, después de la jubilación, otros cuarenta y cinco años de huelga y reposo, durante los cuales todo hombre y toda mujer disfrutan de las invenciones, fiestas, riquezas, esplendores, magnificencias y deleites que el trabajo, la industria y el ingenio sociales han producido y siguen produciendo, cada día con mayor abundancia, delicadeza, chiste y tino.

Dígole á V., sin el menor sonrojo, que se me hace la boca agua al pensar en tan jubilante jubilación, en tan honrado y decoroso sibaritismo, y en tan verdadero *gaudeamus y otium cum dignitate*.

Algo he extrañado, pero no para censurar, sino para aplaudir, que el Sr. Bellamy, que tantas cosas reforma ó trueca, todo lo deja como está ahora en lo tocante á las artes cosméticas é indumentarias, *flirt*, noviazgos y bebenes. Así da nueva prueba de que en amor y en belleza no hay más que pedir. Hemos llegado á la relativa perfección que, en lo humano, cabe en lo erótico y en lo estético. Lo que podrá conseguir el nuevo organismo social es democratizar la belleza; á saber: que haya más muchachas bonitas, y que no abunden las feas. Tam-

bién se conseguirá, implicado en el progreso del arte macrobiótica, que la hermosura y la edad de los amores duren doble ó triple.

Me pasma que una cosa que aquí, en España, acabamos ahora de establecer como gran progreso, la deseche el Sr. Bellamy como barbaridad ó poco menos. Hablo del jurado. Aunque en su República ó Utopía apenas ha de haber ignorantes, y en cambio ha de haber pocos pleitos que sentenciar y poquísimos delitos que castigar, todavía entiende el Sr. Bellamy que la ciencia del derecho es tan sublime y la administración de la justicia función tan egregia, que sólo á los sabios la confía, mirando como profanación sacrílega que cualquier ciudadano *lego* intervenga en ella.

Hay otro punto trascendental, en que (yo lo celebro) va el Sr. Bellamy contra la vulgar corriente progresista. No quiere que la mujer ejerza los mismos empleos públicos que el hombre, y sea, v. gr., alcaldesa, diputada, ministra, senadora ó académica. Todo esto le parece de una insufrible y antiestética ondinariez: lo que por acá llamamos *cursi*. La mujer, en su sistema, reinará en los salones; influirá en todo más que el hombre; inspirará á éste los más nobles sentimientos y altas ideas; le seguirá puliendo y gobernando y mandando, como ha sucedido siempre; y hará que él, por el afán de complacerla, enamorarla y servirla, sea ó procure ser dechado de virtudes y modelo de distinción; discreto, limpio, peripuesto y atildado.

Encanta considerar lo mucho que se disfruta con el nuevo sistema ya establecido. La lucha entre el capital y el trabajo cesa por completo. No hay competencias entre fabricantes del mismo país, ni entre industrias de diversas naciones. Y no hay, por consiguiente, ni aduanas, ni de-

rechos protectores, ni huelgas, ni ruinas y bancarrotas por competir. Ni hay tampoco un solo soldado que mantener, ni un solo barco de guerra que costear, ni instrumento de destrucción que pagar caro, ni bronce que fundir sino para campanas que repiquen, ni pólvora que gastar sino en salvas.

Síguese de aquí la supresión de multitud de gastos tontísimos; del desorden y del despilfarro que la guerra industrial y la guerra de armas y aun la paz armada ocasionan, y de un enjambre de zánganos ó personas inútiles para la producción de la riqueza, ya que se emplean ó en dislocarla jugando á la Bolsa y en otras especulaciones y operaciones, ó en impedir ó aparentar que impiden que la disloquen, manteniendo lo que ahora se llama orden público, aunque, según el Sr. Bellamy, es un caos enmarañado.

Resultará de tan atinada supresión que nademos en la abundancia, sin que ahogue la plétora de productos. Con el trabajo moderadísimo que durante veinticuatro años ha de dar cada individuo, bastará y sobraré para que vivamos todos como unos nababos ó reyes durante noventa años.

Varios descubrimientos científicos, previstos ó columbrados por el Sr. Bellamy, conspiran á este fin. El sol, la electricidad y otras energías ocultas en fluidos impalpables, ó en el éter primogenio, nos prestan calor, luz y fuerza productora y locomotora. En vez de enviar por el correo paquetes postales, van por tubería desde los almacenes, con una velocidad de todos los diablos, trajes, brinquillos, alhajas y hasta pianos de cola y coches de cuatro asientos. Tal modo de remitir, ó su artificio, se llama el *teléstolo* ó el *telepístolo*, y es complemento del telégrafo y del teléfono.

Este último, el teléfono quiero decir, se ha perfeccionado ya por tal extremo en nuestra *Utopía*, que cada cual le tiene en su casa, y sin salir de ella, oye, si quiere, óperas, comedias, sermones y conferencias de Ateneos y Universidades, sin perder nota, ni palabra, ni tilde.

En resolución: sería cuento de nunca acabar si quisiese yo explicar aquí, con todos sus pormenores, lo bien que estará el mundo dentro de ciento trece años.

Todo esto es maravilloso; pero lo es mil veces más lo que he sabido por cartas y periódicos de ahí, y singularmente por el número de Febrero último, que V. me ha enviado, del *Atlantic Monthly*, excelente Revista de literatura, ciencias y artes, que se publica en Boston.

En los Estados Unidos ha entusiasmado *Looking backward*, no sólo como libro de mero pasatiempo, sino como programa práctico de renovación y salvación sociales.

Más aún que en el triunfo anti-esclavista influyó la celebrada novela de la Sra. Harriet Beecher Stowe, se aspira á que influya la novela del Sr. Bellamy en otros triunfos más completos y en la realización de otras novedades mayores.

Se ha formado un partido, *nationalist party*, del que es *Vademecum* la novela *Looking backward*. El nuevo partido se organiza y cuenta ya con ciento ochenta clubs, esparcidos por varias poblaciones. Hasta ahora no ha acudido este partido á los comicios ó á las urnas electorales; pero acudirá pronto. Dicen que se han alistado en él más gente de refinada educación y más mujeres que obreros. Hay en él, añaden, *a large amount of intellect and comparatively little muscle*, como si dijésemos, pocos músculos y muchos nervios; pero, como quiera que sea, si es admirable que sobre un libro de imaginación, que

sobre un ensueño poético, se funde un partido, no es menos admirable la calmosa serenidad con que se miran en los Estados Unidos estos movimientos socialistas, que por aquí asustan ó inquietan no poco á los burgueses y á los ricos.

Yo tengo muy buena opinión de los ingleses y de sus descendientes los anglo-americanos. Creo que son Vds. menos *sensatos* que lo que nosotros creemos y que lo que llamamos *ser sensatos*, esto es, que la sensibilidad y la fantasía son en Vds. poderosísimas. De aquí la facilidad con que se entusiasman por un libro ó por una teoría. Hará ocho años que Enrique George publicó una obra socialista, que se hizo tan famosa como la del Sr. Bellamy. También de ella se vendieron centenares de miles de ejemplares. Los conservadores de ahí, y no hay que negar que tienen gracia en esto, convierten en argumento contra las censuras de la actual sociedad, que se leen en tales obras, ese mismo pasmoso éxito que las obras obtienen. Bellamy y George describen al pueblo, antes de sus reformas, sumido en horrible pobreza, ignorante, rudo, por culpa de la sociedad. Por bajo de los ricos, dichosos y educados, hay, suponen, una hambrienta y ruda caterva de esclavos del trabajo. Á lo cual los conservadores responden: «Si las cosas son así, ¿de dónde salen los trescientos mil sujetos con dinero de sobra para comprar los libros de Vds., y los millones de sujetos con tiempo y humor para divertirse leyéndolos? Si estuviesen hambrientos, no leerían para distraer el hambre». Pero, en mi sentir, no tienen razón en esto los conservadores. Puede haber en un país de sesenta millones de habitantes trescientos mil compradores de un libro que valga tres pesetas, y mucha hambre y mucha miseria además.

El *Atlantic Monthly* trae un extenso artículo de un

Sr. Walker, refutando las doctrinas del Sr. Bellamy y del *partido nacionalista*. Yo, en ciertos puntos, doy la razón al Sr. Walker; en otros no puedo dársela, y en bastantes puntos, lo confieso, me apesadumbra que el Sr. Walker tenga razón. Es un dolor que ideal tan agradable se desvanezca; que se reduzca á ensueño fugaz un porvenir tan magnífico y próximo.

La verdad es que, como el héroe de la novela, Julián West, se pasa durmiendo los ciento trece años durante los cuales cambia la faz del mundo, Julián West no ve cómo se verifica el cambio. Bellamy se guarda de decirlo, y su impugnador Walker no se hace cargo tampoco de esta importantísima mutación, completa ya en el segundo milenio de la Era Cristiana.

Bellamy, cuando empezó á escribir su novela, puso el cambio mucho más tarde. La reaparición de Julián West, en el mundo renovado, ocurre en el tercer milenio; en el año de 3000. Después reflexionó Bellamy que, al poner tan largo plazo, si bien hacía la mutación mucho menos inverosímil, casi quitaba toda mira práctica á su libro, pues no se forma partido militante, ni se organizan clubs, ni se escriben *plataformas* ó programas, por meramente posibilista que se sea, para realizar algo dentro de mil ciento trece años. Entonces rebajó mil años, y dejó sólo ciento trece.

Por lo visto, era indispensable, ó por lo menos conveniente y apocalíptico, que la renovación se nos revelase en un milenio. Durante mucho tiempo, en el horror y en las tinieblas de la Edad Media, imaginaron los hombres que la fin del mundo sería el año 1000. Ahora que vivimos mejor, hemos adelantado mucho y no debemos estar desesperados, importa imaginar, para el año de 2000, una risueña y deleitosa Apocalipsis.

Al imaginarla y escribirla, nos presenta Bellamy su nueva Jauja, su nueva Jerusalén ya fundada ; pero tiene la astucia de no hablar de la destrucción de la ciudad antigua sobre cuyas ruinas se levanta la nueva.

Sin duda ha omitido esto, pasándolo en silencio mientras duerme Julián West, á fin de no aterrar al público.

Supongamos perfectamente realizable el plan de Bellamy, sin que tenga cambio radical la humana naturaleza ; todo por obra del mecanismo social.

Para destruir el actual mecanismo, que tantos intereses sostienen, y para destruirle pacíficamente, por evolución, como Bellamy quiere que sea, así en la novela como en el programa publicado después por su partido, me parecen pocos los mil ciento trece años. Y si la destrucción ó la mudanza ha de ser sólo en ciento trece años, entonces no será por evolución, sino en virtud de una revolución tremenda y de encarnizadas y horribles guerras sociales. No de otra suerte se concibe que los que tienen se dejen despojar de cuanto tienen para que el pueblo se *incaute* de ello, y, sin quedarse con nada, se lo entregue al Estado, que venga á ser, como representante y gerente de la nación, el único capitalista.

Aunque para el despojo de los propietarios se valga la nación ó el Estado, su gerente, de mil habilidades, no conseguirá que no sea despojo, ni que tranquilamente se consume. El medio más suave que se ve es dar un plazo á los tenedores de papel de la deuda ; pagarles hasta entonces algo más de tanto por ciento, y anunciar que después no cobrarán nada. Esto bastará para que los fondos bajen á cero y quede la deuda destruida. Á todas las grandes empresas industriales se les podrá fijar un plazo también, á cuya espiración todo será del Estado, como los ferrocarriles. Y en cuanto á los pequeños industria-

les, labriegos, terratenientes, etc., se les podrá ir poco á poco aumentando la contribución, hasta que adviertan que es una tontería quebrarse la cabeza cuidando de los instrumentos de producción, tierra, aperos de la labranza, etc., para entregar luego al Estado casi todo lo producido. Entonces dirán al Estado, quédate con todo, ó, sin que se lo digan, el Estado se quedará con todo para cobrarse de lo que deban á la Hacienda pública.

De esta suerte, y á mi ver no sin violentísima oposición, que será menester sofocar, se logrará la primera parte del programa del Sr. Bellamy: que se convierta en hacienda pública cuanta hacienda haya.

Verificada así la *incautación* total, quedará por cumplir la segunda parte del programa, que me parece mucho más difícil todavía; que el Estado *incautador* nos alimente, nos vista, nos divierta y nos regale á todos con esplendidez y elegancia, sin que cada uno de nosotros le dé más que el trabajo que podemos dar en un poquito más de la cuarta parte de nuestra vida, ya que las otras tres cuartas partes quedan para holgarnos.

Á toda persona profana se le ofrecen montes de dificultades para que se realice, sin tropiezo, plan tan exquisito. Lo primero que cree necesitar es una fe tan profunda y una confianza tan omnímoda en el Gobierno, convertido en capitalista, como la que Cristo, en el Sermón de la Montaña, nos recomienda que tengamos en nuestro Padre que está en el cielo, el cual nos dará el pan de cada día y cuanto nos haga falta por añadidura, de suerte que, sin preocuparnos del día de mañana, viviremos como los pajaritos del aire, que no acopian trigo en graneros y Dios los alimenta. Lo segundo que nos asusta es la serie de borrascas parlamentarias y aun de pronunciamientos que habría (en España, pongo por caso)



para quitarse el poder unos á otros, si el poder se extendiese á repartirlo todo, cuando hoy nos alborotamos tanto por repartir, quiero suponer, para que no se me tilde de exagerado, la tercera parte, á lo más. Y lo tercero que aterra es la inhabilidad vehementemente sospechada en que pudieran incurrir los encargados de dirigir todas las operaciones de la riqueza (producción, circulación y consumo), cuando hoy yerran tanto los Gobiernos, sin emplearse apenas sino en repartir y en consumir. Sabido es que lo más difícil de esta ciencia, arte y oficio de la riqueza, es el producirla. Repartirla y consumirla es mucho más llano; y hasta ahora los Gobiernos casi no se emplean sino en repartir y en consumir, á no ser que se considere producción el orden y la seguridad que nos dan, ó que se presume que nos dan, por medio de la justicia y de la fuerza pública, para que los que producen algo lo produzcan tranquilamente y sin temor de que los despoje nadie, como no sea el Gobierno mismo.

Milita en pro de la vehemente sospecha de incapacidad de todo Gobierno para producir la riqueza, esto es, para ser fabricante, agricultor ó comerciante, la consideración de que el Gobierno vende ó arrienda y no administra lo que posee. En España apenas ejerce ya por sí otra industria que la de banquero en el juego de la lotería, pues vende las tierras que eran del Estado, y arrienda sus minas, y arrienda, por último, el monopolio del tabaco, con lo cual el público fuma mejor y más barato.

Todo esto lo dirán los no iniciados en las doctrinas y en el plan que expone en su novela Bellamy; pero los iniciados responderán que el nuevo artificio administrativo es tan prodigioso, que por su virtud, y no por la ciencia y buena maña de los administradores, ha de salir todo

bien. Así, valiéndonos de un símil, cualquiera hallará absurdo el suponer que alguien, si ignora la música y no tiene ejercitadas y diestras las manos, toque en el piano, v. gr., la marcha del *Tannhauser* de Wagner; pero merced á cierta maquinaria y á ciertos cartoncitos que se han inventado, todo hombre, y hasta un niño si no es manco, toca al piano lo que quiere dándole á un manubrio.

Hay, pues, una nueva ciencia de la Administración, para cuyo estudio no es menester leerse el fárrago enorme, aunque *digesto*, recopilado por los Freixas, y Clarianas, y Alcubillas. Basta con estudiar y empaparse bien en algunas páginas de *Looking backward*. Entonces, conocidos ó atisbados los recursos de que la nueva ciencia dispone, se cobra confianza, y se ve que hasta el más porro puede dar vueltas al manubrio administrativo.

Algo del portento de su mecanismo se presiente al observar los buenos efectos que hasta el mecanismo administrativo de hoy, con ser tan complicado, produce en ocasiones.

Cierto amigo mío (confieso que en extremo maldiciente) suponía sin motivo que un Director general de Correos, que hubo muchos años ha, distaba bastante de ser un águila; y, sin embargo, añadía: ¿Quieren Vds. creer que recibo de diario todas las cartas que me escriben, sin que se extravíe una sola? De aquí infería él que la Administración era perfectísima, y que por sí sola hacía infaliblemente los servicios.

Aplicada á los demás ramos esta perfección del de correos, queda resuelto el problema y triunfante el plan de Bellamy, salvo que en otros ramos se requiere mayor seguridad para no andar siempre con el alma en un hilo; porque, si ponemos á un lado un corto número de nobilí-

simas almas, el vulgo de ellas se preocupa, más que de recibir tiernas epístolas, de recibir el corporal alimento, y prefiere el cuervo de Elías á todas las palomas mensajeras, aunque sean las del propio carro de Venus.

Pero, en fin, Bellamy afirma que por su sistema lo recibiremos todo con seguridad y regularidad indefectibles. El sistema de Bellamy merece, pues, ser examinado.

Para mí no valen algunos prejuicios con que los descontentadizos é incrédulos, desde luego y sin examen, le desechan.

Imposible parece, dicen, que, siendo tan fácil la reforma, por cuya virtud habrá felicidad, paz y holganza universales, no se haya antes ocurrido á nadie la reforma. Pero esto tiene muy obvia contestación. De no pocas de las más benéficas invenciones de estos últimos tiempos se puede decir lo mismo. Desde antes que apareciese el linaje humano hay hulla ú hornaguera en nuestra mansión terrestre, y á nadie, hasta hace poco, se le antojó emplearla para combustible. Desde que hay ollas y se guisa, brinca la tapadera cuando hierve el caldo, y, si no sale el vapor, se quiebra la olla; pero nadie, hasta nuestros días, pensó en aplicar esta fuerza á la industria. Nadie ha ignorado jamás que el humo ó todo fluido más leve que el aire, ó el aire mismo rarificado por el calor, sube y se sobrepone al aire más denso; pero, hasta fines del siglo pasado, nadie renovó con éxito, y por medios naturales, algo del arte de Dédalo, de Abaris y de Simón el Mago.

¿No puede haber acontecido lo propio con el invento del Sr. Bellamy, y que de puro sencillo nadie diese con él hasta ahora?

Á esto se objeta que, siendo mil veces más importante por sus efectos la invención del Sr. Bellamy, parece an-

:

tiprovidencial y harto caprichoso, ó sea contrario á las sabias leyes que deben presidir á la historia, que un sistema del que depende la redención de la humanidad haya tardado tanto en formularse. Pero este argumento tiene visos de ser de mala fe, aunque no lo sea. Nada nos da motivo para afirmar que el Sr. Bellamy presenta su plan como independiente del progreso realizado hasta hoy. La trabajosa y larga marcha de la humanidad no pudo ahorrarse con su plan. Bellamy, si hubiera nacido en tiempo de los Faraones, no hubiera podido inventarle ni divulgarle entonces. Bellamy, si es lícito aplicar á lo mundanal lo trascendente, y expresar lo profano con frases que remedan frases divinas, puede decir que no ha venido á derogar la ley de la historia, sino á que acabe de cumplirse, ó, mejor dicho, á que siga cumpliéndose, ya que no se infiere tampoco de la lectura de *Looking backward* que en el año de 2000 habrán llegado los hombres al término de su carrera, sino que habrán dado un gigantesco paso más, un salto estupendo, y á mi ver peligroso, en ese camino, cuya meta final él ni pone ni descubre.

*His ego nec metas rerum nec tempora pono.*

Y aquí, aunque parezca inoportuna digresión, se me antoja comparar la cándida espontaneidad americana con el arte reflexivo de los franceses. Zola ha escrito ya quince ó veinte novelas, y siempre promete revelarnos en la última el enigma, darnos el resultado de todos sus estudios en la novela experimental, y exponernos su sistema. Bellamy, por el contrario, dice *cataplún*, y lanza su sistema de repente.

Yo no atino á prever desde aquí si el *partido nacionalista*, que de él ha nacido, vendrá á importar tanto ó más que el libro de Enrique George y que la ingente aso-

ciación ú orden de los caballeros del trabajo, *Knights of labor*, en el movimiento de socialismo que se advierte por todas partes, y que ahí tiene cierto carácter optimista que me hace gracia: pero, á pesar de mis cortísimos conocimientos económicos, como yo tuviese humor y vagar para ello, aun había de escribir á V. largo, diciéndole mil cosas que me sugiere *Looking backward* y lo escrito en contra por Walker.

Entretanto, me complazco en repetir que me admira la serenidad y que simpatizo con la confianza regocijada que se nota en toda manifestación de ese pueblo joven.

El plan de Bellamy no se limita á dar por resuelto el más difícil y temeroso de los problemas económicos, sino que resuelve ó da por resuelto también el magno problema de la paz y del desarme universales, sin decirnos cómo puede ser esto, cuando las naciones se arman más cada día, y cuando desde 1850 ha habido en el antiguo y en el Nuevo Mundo guerras tan sangrientas y costosas. Es de desear que el Sr. Bellamy escriba otra novela, ó la continuación de la misma, en que nos explique cómo, además de haberse logrado el bienestar económico de cada nación, se habrá logrado también, en el año 2000, que las naciones no se combatan ni se amenacen como en el día.

Dispéñeme V. que me haya extendido tanto en darle mi opinión, aunque tan incompleta, sobre la novela que me ha remitido, y créame su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.



## ORADORES POLÍTICOS



CONSIDERACIONES SOBRE EL LIBRO DE ESTE TÍTULO, ESCRITO  
POR DON MIGUEL MOYA.

**E**s un libro lleno de sagacidad, de buen sentido, de ingenio, escrito en un estilo límpido, desnudo de afeites, vivo y grato. Pocos, poquísimos libros españoles consiguen como éste atar el alma del lector á sus renglones y hacerle llegar hasta el final sin impaciencia ni desmayo.

Para escribir bien es necesario pensar bien; luego, decir lo que se piensa sencillamente, sin mostrar deseo de admirar al lector con nuestro estilo. Muchos de los que escriben y no son leídos se dejarían leer seguramente si fuesen más naturales, más ingenuos, si no creyesen necesario, en suma, calzarse el coturno para presentarse ante el público. Á éste no se le debe decir: «Vean Vds. qué ingenio tengo, con qué gallardía escribo, qué lenguaje tan castizo poseo», sino lisamente: «Ahí tienen Vds. lo que pienso». Si el escritor tiene talento y la naturaleza le ha dotado de gracia y elegancia, estas cualidades se notarán, aunque no ponga empeño en mostrarlas. Si no las

posee, su prosa tendrá el valor de una opinión honrada por lo menos. Mas si se esfuerza en aparentar lo que no es, y lucha obstinadamente con las armas de la retórica para que le llamen escritor castizo, ó profundo, ó chispeante, entonces resultan esos libros y artículos empalagosos, indigestos, ilegibles, que diariamente vemos rodando por las librerías y por las columnas de las hojas periódicas.

Miguel Moya ha expresado su pensamiento sobre nuestros oradores políticos con una sinceridad que asombra y atrae al mismo tiempo. Y es el caso, que, sin ofrecerse al público como un escritor ameno, sagaz y elegante, demuestra serlo en alto grado. Corre por las páginas de su libro un pensamiento sano, vigoroso, una penetración maravillosa, y una benevolencia simpática que le prestan interés extraordinario. Una de las cosas que más sorprende en él es la habilidad con que el autor ha expresado su pensamiento sin causar honda mortificación á nadie. Porque, á pesar del perfume de benevolencia que trasciende de casi todas sus páginas, en cada retrato se encuentran observaciones justísimas y nada halagüeñas para el retratado. Sin prepararse ni tomar vuelo para ello, Moya suelta por la pluma algunas verdades (no tantas como debiera). La franqueza leal, el espíritu recto, y en general benévolo que se advierte en el escritor, le salva de la odiosidad que ordinariamente inspiran los censores.

Conozco á Moya desde las aulas de la Universidad. Juntos nos sentamos en sus «duros, pero honrados bancos», como los llamaba nuestro inolvidable maestro Camus, aunque no intimamos muy profundamente entonces, quizá porque yo no era de los asistentes más asiduos; se me figura que él tampoco lo era. Sin embargo, recuerdo



que al examinarme de la asignatura que profesaba el sabio jurisconsulto D. Benito Gutiérrez, vi á Moya sentado en un banco. Como yo era un discípulo desconocido para el profesor, y tenía la impudencia de presentarme á examen el día primero entre los tres ó cuatro mejores alumnos de la clase, aquél me dirigió una mirada penetrante y dura, y comenzó á preguntarme con marcada aspereza. Al salir recibí un abrazo de Moya, que me dijo con manifiesta emoción: «¡Me dió V. un susto! Qué mirada la de Gutiérrez!» Entonces lo acepté como una palabra de cortesía; más adelante, cuando nuestra amistad tomó cuerpo al través de la vida literaria, comprendí que le salía del corazón. Porque Moya pertenece á esa raza privilegiada de seres que no han sentido jamás las torturas de la envidia. Se alegra de los triunfos de sus amigos como si fuesen propios, y siente sus caídas mucho más. ¡Este privilegio sí que es digno de envidia! En medio de la sorda hostilidad que todo el que se dedica á las letras con éxito más ó menos feliz percibe entre sus compañeros, ¡cuán grato es hallar el oasis de un espíritu noble y cariñoso, que antepone el sentimiento de la amistad al de la miserable emulación! Todos los que nos honramos con su amistad, sabemos que podemos contar con ella en la felicidad y la desgracia. En general, los literatos no sienten el compañerismo y la amistad. Cuando ven á un amigo caído, suelen compadecerlo y acercarse á él, pero es para hablar mal del que ha logrado encaramarse. Aquí donde el escritor no puede saber exactamente el fallo de la opinión hasta pasado mucho tiempo, siendo un poco observador, es fácil conocerlo en la cara de ciertos amigos.

Moya representa una excepción dichosa en este punto. Sincero, generoso, formal en todos sus actos y palabras, cuenta con el afecto y la confianza de sus compañeros.

Hace algún tiempo un amigo suyo y mío se me quejaba de cierto suelto publicado en el periódico donde Moya escribe. «Sospecha en quien quieras, le dije; pero yo te juro y te respondo con mi vida de que el corazón de Moya no ha destilado esa gota de hiel.»

Pues bien: estas cualidades, que para el vulgo nada tienen que ver con las privativas del literato, son, por el contrario, de gran importancia. El escritor, el poeta, el que aspira á persuadir y á conmover á sus semejantes, necesita poseer un espíritu elevado, un corazón donde vibren las pasiones grandes, los sentimientos exquisitos de la humanidad. No quiere esto significar que el escritor deba ser un santo, ni que deje de sentir en momentos dados la rabia de los impulsos feroces que laten en el fondo de nuestra naturaleza animal: al contrario, para expresarlos bien es necesario haberlos sentido alguna vez. Lo que pienso es que el que escribe para las muchedumbres no puede ser jamás un hombre de mísero corazón animado por pasiones viles, sin entusiasmo ni amor por su arte, atormentado por la envidia, preocupado noche y día con las obras de sus compañeros y no con las propias. El escritor debe ser ante todo un hombre. Muchos de los que se otorgan á sí mismos aquel título, no lo son. Así que, por más que posean un entendimiento claro, viveza de imaginación y regular cultura, como les falta el soplo divino, esto es, como les falta el amor, la unión desinteresada y absoluta á todo lo hermoso, parezca donde parezca, aunque se halle en poder de su más encarnizado enemigo, no logran jamás la gloria por que suspiran.

Por eso Moya con su libro alcanza lo que tal vez otros, con más imaginación y maestría en el arte de escribir, no podrían lograr, esto es, logra tener cautivo hasta el fin

el ánimo del lector. Sin alardes de fantasía, ni de ingenio, ni de habilidad en el manejo del idioma, su obra es de una lectura grata y deja placentera impresión. Se respira en toda ella una atmósfera sana, se percibe la mano del obrero robusto, alegre, sin hiel en el corazón. Se nota además que conoce perfectamente la materia sobre la que trabaja. El autor ha vivido largos años en comercio con los personajes que pinta. Ha seguido el procedimiento de Van-Dyck; conocer á la persona, tratarla íntimamente antes de hacer su retrato. Moya tiene afición á la política (en esto me separo totalmente de su gusto); lleva muchos años escribiendo en la prensa periódica, y conoce á los políticos mejor que la madre que los parió. Ha observado mucho, y no le engañan las cualidades aparentes ni tampoco los defectos que el vulgo les atribuye. En las cualidades halla muchas veces la parte flaca de los hombres, en sus defectos ve el nervio de su carácter, lo que realmente determina su personalidad, ó la destaca del vulgo de los políticos.

¡El vulgo de los políticos! Aquí está el defecto capital de la obra de Moya. Ó por la afición que el autor ha manifestado siempre á la ciencia social, ó por el trato continuado con la gente que bulle en la política, ó tal vez por la benevolencia misma de su carácter, en el libro aparecen unos elogios, á mi juicio, disparatados, de ciertos personajes. Aunque apunta también sus defectos, lo hace dejando á salvo la grandeza y majestad del sujeto, cual si se tratase de un héroe ó semidios de la antigüedad. El autor de los *Oradores políticos*, sigue en este punto la corriente de la prensa periódica. D. José Posada Herrera, como aquél recuerda oportunamente en su libro, paseando un día por cierta iglesia con harto poca ceremonia, recibió un recado del Rector, invitándole á guar-

darla. «Dígale V. al señor Rector, contestó el astuto asturiano, que estoy en el secreto.» Pues bien, querido Moya; yo también estoy en el secreto. Yo también sé que la mayoría de esos augustos personajes de que V. nos habla, son hombres de mediana inteligencia y de cultura menos que mediana, que luchan obstinadamente, no por el bien del país, sino por satisfacer su soberbia ó sensualidad; que cuando llegan al ministerio se entregan en brazos de los jefes de negociado, porque no saben una palabra de aquello que van á dirigir ó fomentar; que pronuncian discursos hueros ó malévolos en la oposición; que no representan, en suma, nada positivo y serio en la marcha progresiva del país ni del género humano, y que, por lo mismo, apenas bajen á la tumba, caerán en el olvido más completo. ¡Ya lo creo que estoy en el secreto! Cuando contaba diez y seis ó veinte años, creía de buena fe en el talento y la ilustración de los personajes que figuraban en la política, pensaba que aquellos hombres habían salido adorables y magníficos del vientre de su madre. Después he visto sustituidos estos hombres por otros que fueron mis condiscípulos, mis amigos y compañeros, cuya medida intelectual conocía perfectamente: entonces no pude menos de exclamar como en las comedias:— «¡Ahora lo comprendo todo!» Lo comprendo tan bien, que hasta presumo de augur. Cuando veo á un muchacho desaplicado, inquieto, con poca aprensión y bastante desvergüenza, nunca dejo de decirme ó decir á mis amigos: «Fulano será diputado, ó gobernador, ó director general». Y tengo la desgracia de haber acertado muchas veces. Cuando veo á un joven escribir comedias que se silban, ó versos que nadie quiere escuchar, ó novelas que el público no compra, digo sin vacilar: «Fulano se dedicará muy pronto á la política». Aquí siempre he

acertado. No sólo se dedicará á la política y ocupará los altos destinos de la Administración, sino que habrá también, ¡ay!, jóvenes inteligentes y escritores notables como Moya que canten sus alabanzas entre nubes de incienso.

Me han dicho que en los Estados Unidos quien se dedica á la política por oficio es poco apreciado en sociedad, se le mira con recelo y desdén. No sé si será cierto; pero debiera serlo. En Francia, si el político de oficio no es despreciado, por lo menos es menos querido y admirado que el que posee un talento ó una habilidad positiva, cualquiera que ella sea. Un inventor, un poeta, un escultor, un gran ingeniero, despiertan allende los Pirineos más atención y simpatía que un charlatán político. En España no sucede otro tanto, ni sucederá todavía en muchos años, que por algo llevamos tantos de atraso con respecto á otras naciones. En nuestro afortunado país vale incomparablemente más adiestrarse en hablar tres ó cuatro horas profiriendo en tono enfático y campanudo todas las vulgaridades del repertorio nacional, bastante extenso por cierto, que aplicarse con ahinco y entusiasmo á cualquier arte útil ó bello.

Deploro, pues, que mi amigo Moya no haya combatido mejor contra este fetichismo estólido de los políticos, que haya encontrado trufas en un terreno donde no suele haber más que patatas. Fuera de esta timidez, que le obliga á no cerrar como debiera con hombres que no tienen absolutamente otro mérito que el de soltar muchas palabras sin tropezar, el libro es instructivo, hace conocer pronto y bien el estado del personal de nuestra política, y está sobre todo escrito con arte.

A. PALACIO VALDÉS.



## PAPELES VIEJOS

AL SR. DOCTOR THEBUSSEM

*Cartero Honorario:*

en MEDINA SIDONIA.

**M**i amigo y dueño: Cuentan que el labrador más afamado, por sus grandes riquezas de un pueblecito de Extremadura, vióse una tarde, al regresar á su casa después de visitar sus heredades, sorprendido por furiosa tormenta en mitad de la campiña; y que, temeroso de que alguna desgracia le aconteciera, mojado hasta los huesos y maltratado del viento, se refugió en una venta miserable que encontró á orillas del camino.

Malhumorado, sin decir siquiera — ¡guárdeos Dios!, entróse en ella; y el ventero, hombre recién llegado á los sitios aquellos, que ni de vista conocía al ricacho, molesto por tanta franqueza y silencio tanto, no tardó en preguntarle con descorteses formas qué se le ofrecía en su humilde casa. Pasmado el labrador de no ser conocido, contestóle secamente: «Yo soy D. Pedro López.— ¡Y qué! (replicó el ventero): cualquiera se llama López en esta tierra».

Recuérdole á V. el cuento, Doctor amigo, para confesarle sinceramente un error mío. Yo también, como el ventero, rendía tributo á la común creencia de que nada era tan plebeyo y vulgar en nuestra patria como llamarse á secas López, Pérez ó Gutiérrez. ¡Tantos de estos apellidos se conocen!

Pero un expediente antiguo, del que daré á V. noticia brevemente, ha modificado mi opinión. Los Gutiérrez deben su renombre á la proverbial pertinacia de los vascos, y todos son nobilísimos; vea V. la prueba:



La majestad del quinto Felipe ordenó á su Corregidor y Ayuntamiento de Jerez de la Frontera que, á semejanza de lo que había resuelto para las ciudades de voto en Cortes, por la representación que le hizo la de Toro, no fuesen admitidas á servir los oficios de Regidores, sino aquellas personas que hicieran justificación de notoria nobleza. En el despacho que tal cosa se mandaba, fechado en Madrid á 21 de Abril de 1736, so pena de la real merced y de treinta mil maravedises para la Cámara, declaraba el Monarca ser su voluntad que dicha justificación se hiciera por testimonios, noticias judiciales y presentación de papeles que pudieran ser adquiridos dentro de la ciudad; prohibiendo rigurosamente á los comisarios que el Cabildo nombrase para conocer de las pruebas, que por ningún motivo se ausentaran del pueblo mientras la probanza no fuere acabada.

El ordenamiento del Rey era terminante: «Os mandamos (dice á la letra el despacho) que la Justificación de



» Nobleza de los que pretendan entrar á servir los Em-  
» pleos de Regidores de esa Ciud. para verificar la cali-  
» dad de Hijodalgo, no sólo se haga por noticias Judiciales  
» e Informaciones, sino es por las Extra Judiciales de la  
» Notoriedad de Nobleza, presentacion de papeles y de-  
» más que puedan adquirir sólo dentro de esa dha. Ciud....»

Conforme á esta disposición, habiendo solicitado Don Juan Gutiérrez de Acuña y Medina ser capitular de Jerez, en calidad de veinticuatro, la Cámara, en los primeros días de Enero de 1756, libró á la ciudad mandamiento suscrito por *D. Agustín de Montiano y Luyando*, para que informase si el pretendiente á la veinticuatría era persona de buena vida y costumbres; si concurrían en él la suficiencia y habilidad requeridas para el cargo; si había otra persona en el Concejo que fuera su padre ó su hijo, ó si no era merecedor del nombramiento por tener trato ó comercio en los abastos públicos.

Reunido el Ayuntamiento, diósele cuenta del despacho de la Cámara: sorteáronse los capitulares para que los comisarios que conocieran de las pruebas de nobleza del Acuña no debieran sus cargos á una elección amañada; y los que designó la suerte, después de jurar que cumplirían fielmente las órdenes del Rey, en nombre de S. M. y del Cabildo requirieron al aspirante para que á la justificación viniera.

Muchas declaraciones hay en el expediente en favor de la nobleza de Gutiérrez de Acuña; muchos documentos éste presentó, entre ellos, el que aparece del siguiente certificado del escribano Nicolás Rodríguez:

« Así mismo doy fee parece por una certificación de  
» Diego de Uruina Rey de Armas del Sr. Rey Don Pheli-  
» pe Nro. Sr. Escripta en pergamino firmada de su nombre  
» y con su sello su fha. en Madrid á Siete de Maio del año

» de mill Seiscientos y quatro, con su comprouacion co-  
 » rrespondiente, con signo y firma de Francisco Muñoz,  
 » Esno., que dice assi.

«Yo Diego de Uruina Rey de Armas del Rey Don Phe-  
 » lipe Nro. Señor Certtifico y hago entera fee y Credito a  
 » todos quantos esta Carta vieren como en los libros y  
 » copias de linajes que Yo tengo destos Reynos parece y  
 » esta escrito en ellos el linaje y Armas de Gutierres su  
 » thenor del qual es como sigue:—Los Gutierres son bue-  
 » nos y antiguos hijos dalgo decienden de los Godos lla-  
 » mauan al lugar donde Algunos destos Caualleros es-  
 » tauan la tierra del Godo: los Viscainos como son cortos  
 » de razones a los que en su tierra estauan llamauanlos  
 » Gutierres por decir Godos y desta manera se corrompio  
 » el uocablo y quedaron con el Apellido de Gutierres.  
 » Uno deste linaje que se llamo Pedro Gutierres fue uno  
 » de los trecientos hijos dalgo que fueron Ganadores y  
 » Pobladores de Xerez en tiempos del Rey Don Alonso el  
 » deceno del qual ay sus decendientes.—Traen por armas  
 » un escudo açul y en el una Torre de plata y una orla  
 » Jaquelada de oro y de colorado.... y para que dello  
 » conste de pedimento de Bartolome Gutierres vecino de  
 » Xerez di esta carta y Certtificacion firmada de mi nom-  
 » bre y sellada con mi Sello que es fha. en Madrid a Siete  
 » de Maio de mill e seis cientos y quatro años.—Diego de  
 » Uruina Rey de Armas.»

\* \* \*

¿Cumplieron fielmente su encargo los comisarios con-  
 cejales, admitiendo para la justificación un documento  
 obtenido en Madrid, por los antecesores de Gutiérrez de

Acuña? No me atrevo á decidirlo. Mas, si hubo contravención en ello, huélgome de que, con poco escrupulosa conciencia, no rechazaran la certificación copiada, que me dice cómo en la cortedad de razones de los vizcaínos tuvo su origen el renombre Gutiérrez.

Y dejo, Doctor amigo, á la misericordia de V., que acabe de desvanecer mis errores, diciéndome algo semejante de los Pérez y López de nuestra tierra: me dispensará V. un favor señaladísimo, y, al par, contribuirá á que en su debido valor se aprecie la frase tan común:— ¡Cualquiera se llama López!

Su atento servidor,

JUAN J. CORTINA.

De Jerez, á 15 de Abril de 1890.

# EL MODERNO ANTICRISTO

(ERNESTO RENÁN)

III Y ÚLTIMO.

LOS MILAGROS.

**L**os milagros! ¡Ah! Ese es el coco repugnante y espectro horrible para la moderna filosofía. *Ellos* aparecen en el cielo de los librepensadores como una pesadilla mística entre sueños fatigosos, descabellados y crueles. Pero he dicho mal; esos *puntos oscuros* han sido, según nos dicen, arrancados del templo mármreo de la ciencia por el escalpelo del médico, el análisis del químico, el martillo del minerólogo, la espada del filósofo y el *cata-hechos* del historiador. ¡Cuánto hemos progresado! El primero que tuvo la ocurrencia de arrancar esos puntos oscuros, esas negras sombras que extendían sus alas de buitre en el santuario del saber, merecía que le elevasen un monumento grande, sublime, ciclópeo, ideal, superior al antiguo Parthenón. Los aborrecedores de trampantojos místicos, los que desga-

rraron la venda con que la superstición religiosa cubría las miradas de la doliente humanidad, están de enhorabuena. ¡Oh comedia divina!

Por mi parte, creo que es un sainete de los más chistosos y que me causan dolor más profundo. Ver al discípulo desaplicado, de entendimiento de pájaro y memoria de grillo; al revistero pedante que aprendió á escribir coplas al lucero del alba; al periodista que pugna por subir en la categoría social; al catedrático que ascendió á impulso de *fuerzas secretas*; al fogonero de la estación del Mediodía ó del Norte que no se lava la cara más que cuando llueve, y al barrendero cerril de la Plaza de la Cebada.... tronar contra los milagros, hablar de la *superstición religiosa* y de las *leyes inmutables* de la naturaleza; unos, porque lo oyeron en un *meeting*; otros, porque lo leyeron en folletos nada ilustrados; los de allá, porque se quedaron en sus estudios *in stutu quo* á mitad del bachillerato; los de acullá, es decir, los más listos, porque en materias filosóficas son nulidades, ó porque les pagan predicando tales doctrinas....; todo esto, repito, me descorazona á la vez que me encocora. Y no sólo niegan el hecho *sobrenatural é histórico*, sino su *posibilidad en absoluto*. Hasta he oído decir á ciertos personajes para mí muy queridos, á pesar de que sus ideas son antitéticas de las mías, que si viesen con sus propios ojos resucitar á un muerto, creerían que los sentidos les engañaban. ¡Qué ciencia tan peregrina y singular!

Otros hay,—¡loado sea Dios!,—que participan de la opinión contraria cuanto á la *posibilidad del milagro* y cuanto al *hecho milagroso*. Yo no sé si será preocupación ó fanatismo; pero creo que no deben aplicárseles esos epítetos tan duros, porque tienen razones dignas de

ser meditadas (1). Voy á exponer las dos opiniones, como prólogo en este punto á las teorías de Renán.

De admitir, dicen los *neos*, un Dios Creador, debéis, ¡oh librepensadores!, abrazaros con la posibilidad del milagro. Enemigos nosotros de la raza de Büchner, rechazamos la eternidad de la materia, porque la sucesión de tantos miles de fenómenos sin cuento, lo deleznable de las horas, la rapidez de los siglos, la fragilidad del légame que constituye á los seres, la indiferencia radical de la materia para el movimiento ó el reposo, el límite de las causas y sus efectos...., dicen al espíritu pensador que el mundo no tiene los atributos esenciales del Eterno Ser, Infinito, Inmóvil, Perfectísimo y Espiritual. Acudid á la *circulación perpetua de la vida* de Moleschott, á la serie *infinita* de causas ligadas por el misterioso anillo del Acaso, á los millones de centurias del hombre terciario, etc., etc., ¿os parece que resolvéis así el problema de esa Esfinge filosófica? No: con esa solución le hacéis más oscuro y tenebroso. La extensión, los años, la fuerza y los fenómenos no pueden ser *infinitos*, es decir, tienen su límite infranqueable, porque unos se aumentan ó disminuyen, y otros pueden aumentar ó disminuir. Será el mundo, el gran *Pan*, el Dios mendigo de Hegel, el Dios hilvanado con los jirones de trapero de su propio manto ó del manto carcomido de raquíticos seres. Si éste es vuestro Dios, ¡id en paz con vuestro avechicho!; pero entonces sois más ignorantes que la *vieja del huevo y de la gallina*. Acudid á la nebulosa de Laplace ó al moco de pavo. ¿Quién les dió la vida, el ser y el movimiento? ¡Laberinto inextricable! El hombre, rey de la creación, es en el mundo un relámpago que brilla y desaparece; y

(1) No defino el milagro ni señalo sus condiciones, porque deben saberlo muy bien los que le combaten.

los súbditos ó vasallos, cien veces más innobles que el ser racional, ¿han de ser eternos (1)?

Luego la contingencia del mundo nos dice que existe una causa primera, creadora; mano invisible que levantó á los mundos de la nada; anillo primordial de las edades y sucesiones; arpa de todas las armonías, fuerza inmóvil de todos los movimientos; gran Artista, gran Geómetra, razón de todas las existencias, océano de vida y amor, y *distinto sustancialmente del mundo*. Negarle, pues, su influencia necesaria en el mundo, es negar la esencia del mundo y de Dios. Si el efecto no ha de ser más noble que la causa, negar á Dios que pueda suspender una ley, es arrojar á su frente inefable el lodo de que nos formó: es proclamar que el Dios Infinito no tiene fuerza infinita, el Independiente y Libérrimo carece de libertad, y el que todo lo puede no es Omnipotente; y el que por amor, sólo por amor, nos dió la vida y el ser, es el Dios *cousiniano*, escondido allá en las alturas de su eternidad silenciosa, Padre cruelísimo y sin entrañas, que nos dejó á todos *orphelins* en el dolor perpetuo y la eterna miseria! Todos los gritos de Juan Pablo en su romance *Selina*, no bastan para maldecir semejantes aseveraciones....

¡Y vosotros, sí, científicos del día; vosotros, ingenieros de caminos y canales, podéis torcer el curso de los ríos; vosotros, químicos eminentes, podéis en vuestras retortas descomponer y recomponer, analizar ó *sintetizar* un cuerpo ó un ácido; vosotros, médicos ilustres, podéis animar las fuerzas enervadas; vosotros, famosos oculistas, podéis hacer que la velada pupila absorba otra vez los rayos solares; vosotros, mecánicos insignes, po-

(1) No me he propuesto aducir todas las razones filosóficas en pro de la existencia de Dios. La significación vacía de la palabra *Acaso* hela discutido en otro lugar.

déis levantar en la tierra torres Eiffels, ó puentes de cristal sobre las encrespadas olas; vosotros, los Edissons, podéis estereotipar la humana voz y transmitirla á cien generaciones; vosotros, políticos de frac y de corbata, podéis remover el corazón de las muchedumbres, y hasta vosotros, fabricantes de impermeables ó de paraguas, podéis hacer que el hombre camine con la piel seca ó enjuta por en medio de las tempestades!....

Todo eso podéis vosotros, ¡pigmeos de la ciencia absoluta! (1); y Dios, el que con sólo un acento hizo surgir del abismo y lanzó á los espacios esas miriadas de mundos, no podrá detener al sol en su carrera: el Autor de la vida, que creando y combinando los átomos formó las hermosuras é inspiró el primer soplo vital en el rostro primero, es impotente para dar la vida á un cadáver y menos reconstruir los átomos de un organismo,—pues los átomos no se aniquilan,—y mandarle que se levante y camine: el que puso freno á las olas y valla á los mares con cintas leves de arena, no puede detener el curso del Jordán ó del Mar Rojo: el que colocó en las entrañas de la tierra gigantes de fuego que braman y rugen, no puede librar de las llamas á unos niños en el horno de Babylo-  
nia: el que colgó en la inmensidad los polos sobre que gira la creación, no puede lo que puede Eiffel: el que dió la glotis y epiglotis al ruiseñor y á Gayarre, no puede lo que puede Edison; en suma: el que da el alimento á los hijos de los cuervos, y viste de pompa á los lirios de los campos, y da guarida á las raposas, no puede alimentar á cinco mil hombres, ni librarles de la lluvia y del grani-  
zo!.... ¡Ser Invisible é Inefable, perdónales, porque no

(1) Ninguno más admirador que yo del genio y del progreso de nuestro siglo. He estampado ese epíteto de *pigmeos*, «teniendo en cuenta lo que es la Ciencia humana en comparación con la Ciencia divina».



saben lo que dicen! ¡La humanidad, á excepción de esos *pro-hombres*, te ha invocado siempre como á Dios tutelar suyo, te ha dirigido centenares de súplicas para que la apartes del mal ó la concedas el bien; y la humanidad, obra tuya, no se engaña! ¡Perdona, pues, á la moderna Pentápolis, que aún hay millares de justos en Sodoma!....

\* \* \*

Mas ¡ah!: se me olvidaba. Las leyes que rigen el mundo son ineluctables; gozan de necesidad absoluta: de otro modo, nuestra ciencia sería quimérica y Dios versátil también. Éste es el reparo de los *científicos*. Pero, ¿en dónde habrán visto la absoluta necesidad de esas leyes, lo vacío de nuestros conocimientos y la mutabilidad de Dios si *ellas* se mudasen? Dió el Señor la existencia al hombre: podía haber creado en lugar del hombre colibríes americanos ó palmeras del desierto; pero una vez que le plugo que el hombre existiese, no podía crearle—es intrínsecamente imposible, y Dios dejaría de serlo—colibrí ó palmera. La animalidad y racionalidad son á la esencia del hombre *absoluta é incondicionalmente* necesarias. Estarán en la verdad esos *científicos* cuando prueben que las leyes físicas son tan esenciales al mundo como al hombre el ser *animal racional*. Mientras que el mundo con sus leyes exista, existirá;—¡verdad de perogrullo!—á esto llamo yo *necesidad contingente*, no *absoluta*. Mientras el hombre exista, existirá también—¡intuición soberana!—Pero así como el hombre no es, por eso, *necesario*, tampoco lo es el mundo ni lo será nunca: y aquí está la radical diferencia que esos cientí-

ficos no saben ó no quieren saber. La esencia del hombre, física ó metafísica, no puede existir en el orden real ó ideal, sin estos dos elementos constitutivos: *animal-racional*; y el mundo puede existir en el orden real ó ideal sin esas leyes que le rigen. Me explicaré: no podemos imaginar, como la filosofía enseña, un «*hombre-cuadrúpedo*»,—grite desafortadamente el darwinismo cuanto pueda,—y no se ve contradicción ó repugnancia alguna en que la tierra, un cometa ó una constelación, en vez de girar de Occidente á Oriente, giren de Septentrión á Mediodía. Veo además que las leyes del mundo físico dependen de multitud de condiciones, y de ahí concluyo muy lógicamente que esas leyes no son en absoluto necesarias, y que podían haber sido sustituidas por otras.

Y en verdad, que porque se suspenda una ley, no resulta vana la ciencia. Los sabios que creyeron en los hechos sobrenaturales del mundo antiguo y los que creyeron en los prodigios de Jesús,— es decir, lo mejor que tuvo la Europa,— no creo yo que hayan resultado pigmeos. *La suspensión instantánea de una ley, no empece el curso posterior de esa ley, y menos el del orden universal.* Además, que Dios es prudentísimo en conceder tales gracias. Ni veo tampoco que Dios cambie por eso. Dios, al crear el mundo, vió y ordenó con su inteligencia y voluntad infinitas las circunstancias, tiempos y lugares en que una ley se había de suspender; como el relojero—perdóneseme la comparación innoble— prevé y ordena cuándo ha de caer el despertador. Si los racionalistas no saben ni alcanzan el fin universal de los seres, ¡no encarrilen la inteligencia infinita en su troquel raquí-tico! ¡respeten lo que está por cima de todos! Más sensatos serían si, confesando su ignorancia del orden universal, exclamasen: las leyes del mundo físico deben de

ser como las ecuaciones matemáticas; lo que en un miembro se subtrae, se subtrae también en el otro; la supresión de una ley efímera, quizá lleve consigo la suspensión de una sentencia eterna. Si entendiesen de filosofía esos *científicos*, seguramente hubieran presentado la dificultad *magna*, no resuelta por ningún teólogo ni filósofo del Catolicismo, pero con la que el Catolicismo no se desvirtúa.

Despréndese de todo lo dicho la veracidad de la frase de Rousseau: «Á los que niegan la posibilidad del milagro, se les hace demasiado honor castigándoles; basta encerrarles como á locos». Pero no pudiéndose emplear en el *siglo libre* estos procedimientos inquisidores, es más oportuno oír á los *científicos*. Los tales *científicos* no entienden de filosofías; no hablan de la *posibilidad* del *hecho milagroso*; bástales *negarla*, y negar así los que ha habido, ó darles solución *satisfactoria*. No sé por dónde empezar á escoger; la materia es inmensa, y se presta á un sainete que yo haría con mucho gusto; pero *sancta sancte tractanda sunt*. Sin embargo, el sainete va á salir, bien á pesar mío. Abro un libro de Renán, que en esto de los milagros sigue á *Paulus el doctor*, y leo:

«....Los relatos sobrenaturales se deben rechazar *porque implican credulidad é impostura*. Los milagros que hormigean en las historias son falsos, *porque ninguno se verificó bajo condiciones científicas*. No son competentes para juzgar del hecho milagroso, ni los jueces, ni el pueblo, ni la clase elevada. Yo no niego la posibilidad.... —lo veremos;—lo que digo es que hasta ahora ninguno ha podido resistir el examen.—¿En dónde, cuándo, cómo? —Traedme una sociedad de fisiólogos, químicos, físicos, etc., y delante de ellos resucitadme un cadáver; repetid el experimento diez, veinte, treinta veces, y enton-

ces el *hecho adquiriría una probabilidad casi igual á la certidumbre....* Creer en milagros es creer en magias, filtros, fascinaciones, duendes y vampiros. El milagro es *una hipótesis grotesca*, y es superfluo el combatirla, porque el hecho milagroso pertenece á un estado distinto del de nuestro espíritu; Dios se mudaría; la ciencia sería imposible, y las leyes de la naturaleza volubles, —esto ya caducó....»

*¡Et bien!* ¡Adelante! Ya sabemos que Renán niega y no niega, —pero sí; la niega, —la posibilidad del milagro; que ignora los exquisitos y trabajosos procedimientos, y todos los recursos de la ciencia que emplea la Iglesia católica para examinar el hecho milagroso; como lo atestiguó *aquel protestante convertido*; que Ernesto hace de Dios una especie de prestidigitador, titiritero ó figurín, que ha de bailar á gusto del *científico juzgado* diez, veinte, treinta veces, y á la postre.... le pagan con *una probabilidad casi igual á la certidumbre*. De idéntico parecer que Renán son Schopenhauer, Moleschott, Büchner y Flammarión. (Vid. *Ciencia y Naturaleza*, *Dios y Naturaleza* ya citadas.) «El milagro, dicen, repugna á la ciencia *nueva*. Si Dios gobernase el mundo, serían superfluas las leyes. Ahora bien: el hecho milagroso, ó procede de Dios, ó del *azar*, ó de la fuerza y de la materia. No procede de Dios ni del azar, *porque es insostenible*. Luego estiren Vds. el hilo».... (Textual todo esto.)

Si se quiere saber cómo explica Renán los milagros del antiguo Testamento, hay que acudir á la última obra que está publicando. «....Los milagros, dice, no existen. ¡Las leyes de Roma sí que son providenciales! Cuentan que Moisés hizo brotar aguas de una roca: esto no es verdad; porque *peut-être* que los nobles del pueblo que le acompañaban, llevasen bastones, é hincándolos en

tierra, hiciesen brotar las aguas sin intervención divina; así parecen indicarlo *Las guerras de Iahavé*. Dicen que cuando los israelitas cruzaban el desierto, un exquisito maná descendía milagrosamente para servirles de comida; *peut-être* que fuese el rocío, lente ó escarcha que á la salida del sol caía como blanca nieve sobre las hierbas. Los truenos y relámpagos del Sinaí son poesía hebraica; pues es inconcuso que el Sinaí presenta un aspecto terrible y *volcánico*. Tampoco los israelitas cruzaron el mar Rojo á pie enjuto, sino que dieron un rodeo para cruzarle. Se puede asegurar lo mismo del paso del río Jordán; este río llevaba en aquellas circunstancias poquísima agua, y era fácil vadearle. El derrumbamiento de los muros de Jericó al sonido de las trompetas, es fantasía pura; un ejército armado fué el que derribó los muros. Elías no resucitó á los muertos, sino que les comunicaba su aliento vital como por una corriente de inducción....»

Explicación más *satisfactoria* no se puede excogitar. Los bastones, las gotas de rocío, rodeos, vadeamientos, corrientes de inducción, *peut-être*...., resuelven de plano los hechos sobrenaturales de la ley vieja.... Esas tautologías ó esos *dilettantismos* no sirven para nada bueno, son formas huera del pensamiento vacío. Mas llega ahora lo *épico sublime*, la explicación de los milagros de Jesús. Aquí Renán llevará la voz cantante, pero no será solo.

Si hemos de creer á Büchner (*Ciencia y Naturaleza*), Schopenhauer afirmó que «Jesús hizo milagros por medio del magnetismo». Pero «Jesús, contesta Renán, no sabía de esas cosas, ni siquiera medicina. Es verdad que hizo algunos milagros para confirmar el título de Hijo de David; pero Jesús no tuvo la más remota idea del orden inflexible é ineluctable de las leyes físicas: como taumaturgo, es un charlatán; á pesar suyo fué taumaturgo y por

*medios secretos*: sus milagros son una violencia de su siglo, una concesión arrancada por la necesidad pasajera. Jesús como taumaturgo y exorcista se ha desvanecido.... No podía ocurrir otra cosa. El milagro es considerado como la manifestación esencial de la Divinidad (!!); lo cual no impide el que la acción taumatúrgica vaya acompañada de medios naturales:—¡inconsecuencia evidente!— Así se ve que las circunstancias en que se verificaron son pura juglería de Jesús y los Apóstoles. Éstos estaban llenos de preocupaciones teúrgicas, como buenos espiritistas (!!); creían, como todos los que acompañaban á Jesús, en espectros y apariciones de Ángeles ó Elohim, —que vienen y van.—Los siete demonios de la Magdalena eran siete enfermedades nerviosas; epilepsia, histeria, etc.,—demonios crudos.—El milagro de los cinco panes y dos peces, el de las bodas de Caná, etc., etc., son paparruchas. Los únicos que ofrecen cierto respeto son: el de Lázaro y el de la Resurrección de Jesús. Pero veamos cómo se explican. El milagro de Lázaro no es del todo legendario. *Peut-être* la alegría de la llegada de Jesús pudo devolver á Lázaro la vida; *peut-être* por amor de Jesús, las personas piadosas salieran de todos los límites pregonándolo; *peut-être* que Lázaro, pálido aún á causa de su enfermedad, se hiciese cubrir de vendas como á un muerto y encerrar en el sepulcro de su familia....; llegan Jesús y la muchedumbre: Jesús desea ver á Lázaro, y éste, separando la piedra mortuoria, surge del sepulcro envuelto en sus vendas y cubierta la cabeza de un sudario. Esa fué la resurrección....»

Resumen de lo que precede: creer en filtros, desconocer lo que es milagro, espiritistas, espectros y unos cuantos *peut-être*. ¡Peregrino modo de explicar y combatir! Si esta es la ciencia de la escuela crítico-histórica,

¡maldición sobre esa Ciencia ruin y pedante! Justísimo fué el escándalo que con esa explicación suscitó Renán entre sus más íntimos amigos, entusiasmados *peut-être* ante el cuadro de Mr. G. Catternoles.

Y llega la Resurrección de Jesús. West y Sherlok la explicaron según las reglas del foro inglés, combatiendo á Wollaston. Mucho antes la resolvió Celso con decir «que todo fué patraña é invención apostólica». Strauss la explica de este modo: «Ó Jesús resucitó por vía natural ó sobrenatural; *pero ni uno ni otro es posible*, porque las palabras «muerto» y «resucitado» son contradictorias. Si Jesús resucitó, no estaba muerto; y si estaba muerto, no resucitó....» ¡Bravo! Kaiser dijo que la Resurrección de Jesús era un *mito poético-histórico*; Semler, que *sólo un mito*; Reimaro, Wunsch y Bahrdt dudan de ella; *Paulus el doctor* niega la muerte de Jesús, y explica la Resurrección usando el síncope. Algunos racionalistas exégetas dicen que los ángeles eran los hortelanos esesnios que se aparecieron á la Magdalena; otros, como Kuinöel, que los ángeles fueron las llamas salidas, á eso del crepúsculo, de las entrañas de la tierra; otros, como Bruno Bauer, que los ángeles fueron los rayos de la aurora matinal; otros, finalmente, aseguran que los esesnios arrebataron vivo á Jesús, le llevaron al huerto, y le rodearon de piedras: llegan José de Arimatea y Nicodemo, y sale Jesús, que, al reconocerlos, llora. Los esesnios son los ángeles, y Jesús se aparece á la Magdalena, que le creyó hortelano. La opinión de Renán es la siguiente: dice que «los Apóstoles robaron el cadáver de Jesús y le llevaron á Galilea: la exaltada imaginación de *María de Magdala* (Magdalena) desempeñó un papel de primer orden. El amor dispuso á los ánimos á creerlo. ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos aquellos en que la

pasión de una alucinada dió al mundo un Dios resucitado!....»

Á mí sólo me queda exclamar también: ¡Poder enclenque de la Ciencia nueva! ¡Momentos tristes en que el alma, sedienta de saber, sólo halla en torno suyo negaciones rotundas y explicaciones vacías! ¡Un milagro *ilusorio* creído por la venerable antigüedad, precedido del estremecimiento del mundo, de la rupción de las rocas, de un sol ensangrentado, de muertos volando por los aires, de vibraciones que resonaron en el areópago de Atenas y en la cumbre del Gólgota! ¡*Milagro ilusorio*, estremecimiento fantástico, que, repercutiendo en el corazón de doce pescadores, removi6 al mundo en sus cimientos, trastroc6 los papeles de la historia, luch6 á brazo partido con los poderes del infierno y las potestades de las pasiones; que tuvo testigos de los que á Pascal le gustaban; testigos que se dejaron degollar; niños inocentes, ancianos decrepitos y doncellas vírgenes; que consigui6 lo que el héroe Maced6n y los Emperadores de Roma, los políticos y los filósofos, no pudieron conseguir: civilizar al mundo extendiendo la doctrina del Crucificado en todo lugar, en toda tribu y en toda naci6n, y no con el alfanje de Mahomet, sino con el imán del amor y del sacrificio! ¡Ilusi6n sublime, que, pereciendo todas las instituciones, ha hecho que *una sola* permanezca inalterable entre tantos derrumbamientos y desmayos, ante las blasfemias y las espadas, siquiera hayan sido como la de Napole6n ó Cavour, de Garibaldi ó de Crispi; ilusi6n creída por una falange de genios que cruzaron el mundo cual astros luminosos; ilusi6n que hoy presta alientos á un inerme anciano, y hace que todas las potencias de la tierra, como los Reyes al Niño de Belén, le obsequien con joyas riquísimas, y saluden como á Redentor de la



sociedad que se muere!.... ¡Ilusión! ¡ilusión! ¡ilusión! «*Hoc nobis unum grande miraculum sufficit*», diré con el Fénix del África.

Y ahora, venid, gacetilleros parlanchines, poetillas de agua chirle, periodistas librepensadores, catedráticos de salón, sabios de la escuela de Renán, filósofos de la hornada de Thiberghien; vosotros, los que, como Rouland, Massy ó Jacomet, combatís el milagro visto por una pastora inocente; vosotros, los que, como Ernesto, no os acercáis á Lourdes por no rebajar vuestra dignidad personal; vosotros, *pensadores*, que no tuvisteis valor para mamaros la bicoca de miles de duros, demostrando la falsedad de *un hecho solo* de los centenares de Lourdes....; venid, y explicadme cómo la Resurrección de Jesús, esa ilusión de Magdalena, ha podido y puede hacer tantos prodigios.

¡Rocas de Massabielle, hablad á estos infatuados!....

#### LAS CONTRADICCIONES.

¡Respiremos! Á pesar de las blasfemias precedentes, no puede Ernesto ocultar lo que ningún blasfemo ha ocultado. El elogio sale de entre los insultos, y la contradicción de entre las doctrinas. Por depravado que se halle el corazón del hombre, alguna fibra generosa le queda: por inextinguible que sea el odio contra Jesús, los impíos, en esos momentos de lucidez en que las pasiones callan y la cólera se extingue, no pueden escatimar á Jesús entusiastas alabanzas. Como Balaam, decía nuestro Caminero, quieren maldecirle, y á pesar suyo sale de sus labios un grito de admiración. Leed al desesperado Rousseau, y hallaréis la apología del Jesús-Dios en el libro

cuarto de su *Emilio*. Leed á Kant, el universal demolidor, y veréis que «la moral de Jesús es la más elevada, universal y posible». Recorred las páginas de Fichte, y hallaréis que «Jesús, fundando en la tierra el reino de los cielos, ejecutó la voluntad suprema de su Padre; y como primer ciudadano de ese reino, es verdaderamente Hijo de Dios». Recorred las páginas de Goethe, el enemigo del *palo rígido y en cruz*, y hallaréis «la necesidad de la Redención y de la vida futura; y que si eso es supersticioso, esa superstición es la poesía de la vida». Y si habéis leído á Strauss, habréis visto que «ningún hombre puede tener la vida religiosa que Jesús tuvo». Y si queréis leer al iracundo más horrible que cruzó por la tierra, al blasfemo Proudhon; allí, de aquellos labios encendidos, de aquella boca nido de blasfemias enroscadas, salió esta frase digna de que todos los racionalistas la graben en sus corazones: «Si reconocéis á un Ser Supremo...., ¡de rodillas ante el Crucificado!» Con razón, pues, decía Moreno Nieto: «En todas las obras de los enemigos de Jesús, veo al Jesús-Dios». Á todos se les puede repetir lo que á Marción respondía Tertuliano: «En vano trabajásteis; porque á cien leguas veo al verdadero Jesús: ¡hasta en vuestro falso Evangelio!»

Yo, por mi parte, he de confesar que á través de las obras de Ernesto veo la divinidad de Jesús y del Catolicismo, como la Providencia á través de las miserias de la vida; y como aquel que en tiempo de la revolución francesa, contemplando el aspecto repugnante y ensangrentado del ojo de Robespierre fuera de su órbita, exclamó: «¡Dios existe!»; así exclamo: ¡Jesús es Dios! Podráseme objetar que las frases dedicadas por Ernesto á Jesús son de sentido racionalista; no importa: el lector juzgará imparcialmente. Ya que con mucho trabajo las

he recogido de las obras de Renán, voy á presentarlas como Dios me dé á entender, seguro de que con esas contradicciones y esos elogios daré pasto á la curiosidad de mis lectores, y quizá algún consuelo para calmar en parte las impresiones pasadas. Poquísimo he de poner de mi cosecha; calmaré los impulsos de mi entusiasmo ante las frases, no ya heladas y frías, sino líricas y arrebatadoras, de Ernesto Renán.

Ernesto, que ha execrado á los discípulos de Jesús, dice: «¡Ellos vencerán al mundo con su modestia y mansedumbre!» Renán, que ha *explicado* por vía natural y evolución histórica el Cristianismo maldiciéndole, tiene esta página escrita contra las paradojas anticristianas de Feuerbach, inmejorablemente traducida por nuestro insigne Menéndez y Pelayo: «¡Ojalá que Feuerbach hubiese mojado sus labios en fuentes más ricas de vida que las de su germanismo exclusivo y altanero! ¡Ah! Si sentado sobre las ruinas del monte Celio hubiese oído el son de las campanas eternas dilatarse y morir sobre las colinas desiertas donde fué en otro tiempo Roma; ó si desde la playa solitaria del Lido hubiese oído la voz del *campanile* de San Marcos espirar en las lagunas; si hubiese visto á Asís y sus místicas maravillas, su doble basílica y la leyenda del segundo Cristo de la Edad Media trazada por el pincel de Cimabue y de Giotto; si se hubiese empapado en la mirada penetrante y dulce de las vírgenes del Perugino, ó en la catedral de Siena contemplando el éxtasis de Santa Catalina.... Feuerbach no lanzaría así el anatema sobre una mitad de la poesía humana, como queriendo apartar lejos de sí el fantasma de Iscariote.... No comprende que la gran diferencia entre el helenismo y el Cristianismo consiste en que el helenismo es natural y *el Cristianismo sobrenatural*».

:

¡Qué contradicción tan bella!—exclama Menéndez y Pelayo.—No presentaré las contradicciones innumerables de Renán acerca de los libros y profetas antiguos. Óigasele.... Las religiones de Siria y Egipto llenaron el mundo de braxas y amuletos; no tenían ninguna idea grande, moral y elevada; la religión de la humanidad pertenece á la raza semítica (hoy dice lo contrario en su *Historia del pueblo de Israel*).—Jesús se posesionó de una sociedad á la cual no bastaba la filosofía del Estado: no fué á la escuela: hasta ignoraba los nombres de Budha y Zoroastro y Platón: no había leído ningún libro griego, ningún *sutra* búdhico: no sabía letras, y, sin embargo, había leído los Psalmos, los libros apócrifos, el Pentateuco, los Profetas, Daniel é Isaías, el libro de Enoch y todos los escritos que trataban del advenimiento del Mesías-Salvador: era jurista, controversista, exégeta, teólogo.... —(¡Misterio incomprensible!)—Jesús no conocía la historia, pero fundó la moral eterna salvadora de la humanidad, la doctrina sublime de la libertad de las almas. Alma lírica, alma grande, naturaleza divina, fundador excelso, exento de nuestras incertidumbres y vacilaciones; héroe sin rival de la pasión, modelo cumplido de las almas puras, á cien codos sobre los demás fundadores.... Al abrogar la ley con todo el poder de su genio, instituyó el Cristianismo, hecho glorioso, único y fecundo; hizo dar á la Religión un paso al cual no puede ni podrá compararse ningún otro.—(¡Misterios incomprensibles!)— ¡Rabino el más embelesador de Judea, *divina personalidad!*; su predicación era dulce y suave como las armonías de la naturaleza y el perfume de los campos. Con Él habitó Dios entonces en el mundo. Predicaba « el reino de los cielos », cuyo debilitado aroma es aún nuestra suprema consolación. Nunca dilató el pecho humano gozo tan

puro y tan inmenso. En aquel esfuerzo, el más vigoroso que ha hecho la humanidad para elevarse sobre el barro de nuestro planeta, hubo un momento en que se olvidaron los lazos de plomo que nos ligan á la tierra y á las angustias de la vida. ¡Feliz el que entonces pudo ver la luz de aquella *divina aurora!*—(¡Misterios incomprensibles!)—Si las ideas de Jesús no fuesen superiores á los hombres, la tierra sería un paraíso celeste: Jesús no tiene rival en palabras y obras. Creador verdadero de la paz de las almas y consolador de la vida...., su Evangelio fué el *sursum corda*, remedio único para todas las ambiciones; y para el progreso y la civilización, fué como el rocío que desciende sobre el monte Hermont.—(¡Misterios incomprensibles!)—En los milagros apostólicos había algo superior á las fuerzas humanas: sin los milagros, Jesús no hubiera realizado una revolución moral tan estupenda, ni creado el Cristianismo: la Iglesia convirtió al mundo.—(¡Misterios incomprensibles!)—Jesús, más bien que *reformador* de una religión antigua, es *fundador y creador de la religión verdadera*. Él anunciaba sus futuros padecimientos, y hablaba de ellos bien claramente á sus discípulos: Él conoció la traición de Judas: Él predijo la inmortalidad del nombre de Marta; y las palabras «caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos», encierran profunda verdad histórica: todo ha sucedido así.—(¡Misterios!)—Perdonémosle la idea de un cielo fantástico y de un vano Apocalipsis; pero ella es la expresión más grande y poética del humano progreso: no despreciemos esa quimera que ha sido la corteza tosca del sagrado bulbo de que nosotros vivimos: esas frases favoritas de Jesús, permanecen todavía llenas de perenne encanto. Su exquisita ironía y sus malignas provocaciones contra los fariseos, iban siempre derechas al corazón: sus rasgos se

han escrito con buril de fuego sobre la piel de los hipócritas. *¡Rasgos incomparables dignos de un Hijo de Dios!; ¡porque sólo un Dios sabe matar así!* Sócrates y Molière no hacen más que arañar la epidermis; Jesús introduce el hierro candente hasta la medula de los huesos.—(¡Qué contradicciones tan bellas!)—Jesús se proclamó *Hijo de Dios*, y esto que en otros hombres hubiera sido vanidad insoportable, no debe mirarse en Jesús como tal: esa idea no la recibió de los judíos, brotó de su grande alma. El odio de sus enemigos puso el sello á la Divinidad de Jesús.... ¡Jesús, Jesús, confortación de las almas afligidas!; la humanidad deseará besar las huellas que dejaron los pies de Jesús. ¡Jesús!, aquel principio de renacimientos morales á quien debe cada uno de nosotros lo mejor que tiene en sí, y dirige todavía, en la presente hora, los destinos de la humanidad, porque fué su digno intérprete. ¡Jesús!, hombre de proporciones colosales, honor común de todo el que sienta latir en su pecho humano corazón; columna la más grandiosa de las pasadas y futuras generaciones; ideal universal que adoptaron Roma y Atenas.... ¡Los bárbaros caen á sus pies, y hoy el Racionalismo no le mira una vez siquiera fijamente sin arrodillarse consternado!.... Sin Jesús, nada se explica. ¡Ved aquí al *Dios vivo*; al *Dios á quien es preciso adorar!*....

Describe Renán la muerte de Jesús, y dice....: «Á medida que el hálito vital se extinguía, su alma se serenaba y volvía otra vez á su celeste origen: vió en su muerte la salvación del mundo...., y profundamente unido á su Padre, empezó en el patíbulo la vida que por siglos y siglos iba á gozar en el corazón de las sociedades.... *¡Consummatum est!* ¡Reposa en tu gloria, noble iniciador de la más sublime de las doctrinas! Tu obra se halla con-

cluida ; tu divinidad queda fundada. No temas ya que una falta venga á derribar el edificio debido á tus esfuerzos. Lejos del alcance de la fragilidad humana, en adelante asistirás desde el seno de la paz divina á las infinitas consecuencias de tus actos. ¡Tu nombre, gloria y orgullo de la humanidad, va á ser exaltado durante millares de siglos! ¡Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera á cuyo alrededor se libraré la más ardiente de las batallas! Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte que mientras cruzaste por este valle de lágrimas, llegarás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu nombre de los anales del mundo sería conmoverle hasta en sus cimientos. Entre Dios y tú ya no existirá diferencia alguna. ¡Toma, pues, posesión de tu reino, sublime vencedor de la muerte, de ese reino adonde te seguirán por la vía ancha que trazaste siglos y siglos de adoradores. . . . .

..... ¡Coloquemos á Jesús encima de la grandeza humana!.... Nosotros, condenados á la impotencia, trabajamos sin cosechar, y no veremos el fruto de nuestra siembra.... Entre los futuros, nadie sobrepujará á Jesús. Su culto se rejuvenecerá incesantemente; su *leyenda* arrancará lágrimas sin cuento: su martirio enternecerá los mejores corazones. ¡Y todos los siglos proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno que pueda comparársele!....»

Á mí sólo me queda exclamar: ¡Bendito sea Dios, que trueca en oro la ruin escoria y la blasfemia en alabanza! *La piedra que pretendieron arrojar los que edificaban, ha llegado á ser la cima del ángulo.* ¡Jesús es Dios!

## CONCLUSIÓN.

Pero no seamos optimistas, ni lleguemos á creer, saboreando aún las dulzuras que preceden, que el *moderno Anticristo* es un *Anticristo convertido*. No: considerando en conjunto todo lo que en este escrito queda estampado, ante ese dédalo de contradicciones, creo que se puede preguntar: ¿qué hará Renán en lo que le falta de vida? ¿Adorará en Jesús, en Çakiammuni ó en Cagliostro? ¿Irá, como el mal ladrón, desde la cruz al infierno? ¿Pedirá, como Strauss, á la hora de su muerte, que le lean las páginas del *Phedon* sobre la inmortalidad del alma? ¡Quién sabe!.... Cuando Lamennais estaba en el lecho del dolor y de la agonía, exclamó: «¡Dios mío, Dios mío, que reveláis vuestros secretos á los humildes y los ocultáis á los soberbios!» Y Corneille, el paisano de Renán, dijo ya:

«*Dieu ne s'abaisse pas vers les cimes trop hautes.*»

El orgullo, dice Gay, tiene por pena la ceguedad y por alimento la mentira.

Horribles han sido las impresiones causadas en mi alma por la lectura de la *Histoire du peuple d'Israël*. Renán aquí es mucho más escéptico que en sus lucubraciones anteriores: más cansado, menos ameno, más infatuado y menos entusiasta de Jesús y su fundación. Su estilo tiene más hiel y menos almíbar. Parece como que el ángel malo le va endureciendo el corazón con el frío de la vejez, y sembrando nieblas en el entendimiento con



el humo de la soberbia. No es ya Renán aquel *sereno espectador* que describe Cantú; aquel apologista del fraile y panegirista del Salvador de los hombres. Es Renán el cantor del *Dios impersonal*, de la materia eterna y del germen latente de la vida, aspirante á la metamorfosis del espíritu público, gárrulo declamador que marea con espejeos y vislumbres, capitán de batalla que ha gastado el último cartucho. Es Renán el furibundo socialista de *Le Prêtre de Nemi*; escritor envejecido y enervado por el opio de sus libros y el incienso fatal de sus comensales, adulador y mañero sobre toda ponderación. Él, que califica de *extravagante* á Francisco de Asís; él, que, como el *Témpano* de Suárez Bravo, llama *histórica y visionaria* á la figura española más encantadora y adorable, de frente erguida y de mirada *penetrante y dulce*, y en el puño el acero contra los enemigos de Jesús, á la extática Santa Teresa; él, que cien veces suelta la sin hueso para maldecir á los Profetas y á los Apóstoles, á las Hermanas de la Caridad y al *clericalismo* de Roma, y llama á David *bandido* y santifica á Jezabel y Robohám; él, que ha manchado con su inmunda baba todo lo más santo de la tierra y de la gloria...., se cree *sucesor único de Jesús*, y volviendo la mirada al ciclo de sus obras impías, al terminar la que está publicando, dice que exclamará lleno de júbilo con el viejo Simeón: «*Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*». ¡Sarcasmo horrible, digno de una mueca de Voltaire ó Satanás!

El filósofo Schleiermacher, dice Cantú, despojando al Testamento antiguo de sus profecías, y de sus milagros al Testamento nuevo, concilió lo demás con su filosofía ingrata; pero advirtiéndole adónde iba á parar, inclinado ante el abismo que abrió á sus pies, gritaba: «¡Felices

nuestros padres, que, inexpertos aún en la exégesis, creían leal y sencillamente cuanto les era enseñado!» Renán no se detiene ante el caos que también abrió; y caos profundo es lo que ha hecho de la historia; en su campo no deja absolutamente nada; su soplo ha sido fuego devastador; su pluma, el hacha que aplica á la raíz de todo lo bueno. *Contradictorio dialoguista*, filósofo llorón á veces, y á trechos melancólico novelador de los que Valera describe, incrédulo, tarambana y versátil, amante de la ciencia *esotérica*, se lamenta de que la sociedad esté tan corrompida, de que el pueblo se *racionalice* y vaya haciéndose incrédulo. ¡Heráclito digno de risa! Es vástago de aquella casta volteriana que hacían oír Misa á sus deudos, y en los banquetes de Condorcet mandaban retirar á los criados para que no oyesen las *nefandas blasfemias*. Vacherot y Flammarion lloran también contemplando la sociedad. ¡Qué acertadamente Núñez de Arce puso en boca del demagogo, contestando al burgués y describiendo á París, las siguientes estrofas:

«Rota está la cadena. ¡La habéis roto!  
 ..... Si mis labios  
 Ofenden tu pudor, hieren tu oído,  
 No me culpes á mí, culpa á tus sabios  
 Que del error apóstoles han sido....  
 ¿Qué has hecho tú de la conciencia humana?  
 ¿Qué fibra has respetado? ¿Qué pureza  
 Ha resistido á tu atracción tirana?  
 ¿Dónde acaba tu infamia? ¿Dónde empieza?....  
 ¡No tuviste piedad, y no la esperes!  
 ¡Ya tu grandeza vergonzosa acaba,  
 Pudridero del mundo!....»

Pero las lágrimas de Renán son de cocodrilo; está Ernesto completamente obcecado; no se mece ya entre

la tierra y el cielo; no humilla su frente en la ceniza de los altares que quemó; salta por las contradicciones todas. Se puede repetir de él lo que Proudhon decía de los filósofos contestando á Federico Bastiat (Obras de éste, tomo v): «Á fuerza de eclecticismo y materialismo,—racionalismo y panteismo,—ha perdido la inteligencia de sus tradiciones». Renán, que ha puesto á Jesús en la cúspide de la humana grandeza, dice hoy que *Jesús no tiene nada que ver con los filósofos*; Renán, que veía en el Evangelio el *sursum corda* de la humanidad y la manifestación más grande del progreso humano, dice hoy que la moral evangélica es una *utopía ridícula*; Renán, que nos colocó la edad de oro perdida, el paraíso llorado por los poetas, y la *religión suspirada*, y la civilización verdadera en la nación de la raza semítica, hoy coloca todos esos elementos en Grecia. Según Renán, del Parthenón y del Olimpo salieron «nuestras ciencias y artes, nuestra literatura, filosofía, *moral*, política, estrategia, diplomacia, derecho internacional y marítimo. El progreso consistirá en desarrollar *eternamente* lo que Grecia concibió. Grecia es el más grande de los *milagros*».

Renán *ha sembrado viento y recoge tempestades*. La objeción,—él mismo lo confiesa,—es hija siempre de la perversidad y del orgullo, sin llevar premio en la vida ni esperanza en la muerte. Renán propiamente no tiene escuela; sólo consiguió hacer indiferentistas. Su trabajo y su sentir, su esperanza y galardón, resúmelo él en las siguientes frases: «....El pueblo más grande, más noble y más fuerte, será aquel que viva sin obedecer á autoridad y á superior; sin ley, ni ciudad, ni emperador ni rey; sin religión y sin sacerdotes.... Un pueblo es glorioso frecuentemente por sus revolucionarios que le pierden, vili-

pendian y escupen.... ¡La libertad es el gran resultado obtenido! Cada uno puede educar á sus hijos y disponer sus funerales como quiera....» «Admiremos, sí, la moral del Evangelio ; pero suprimamos de nuestra enseñanza *la quimera* que le dió el ser. Jesús, *el fundador de los derechos libres*, tiene hoy sus representantes : las tentativas socialistas serán infecundas si no van informadas por el espíritu de Jesús.... El movimiento del mundo es la *resultante del paralelógramo de dos fuerzas* : del liberalismo y del socialismo ; del liberalismo de origen griego, y del socialismo de origen hebreo. Para saber cuál de esas dos fuerzas vencerá, es necesario saber cuál es el fin de la humanidad. ¿Es el bien de los individuos que la componen ó forman? ¿Es, como se cuenta, la consecución de ciertos fines objetivos y abstractos que exigen hecatombes de sacrificios?.... Cada uno responda según su temperamento moral, y eso basta. El universo, que no nos ha dicho aún su palabra última, consigue su objeto con la variedad infinita de sus gérmenes. Lo que Dios—*Iahavé*— quiere , siempre llega. Estemos tranquilos. Si somos los engañados, esto no tiene grandes consecuencias. Si perdemos nuestro partido, otros le ganarán!....»

¡Pues vaya un consuelo que nos ofrece Ernesto en la conclusión del segundo tomo de su última obra! Yo lo esperaba, sí, pero no tan explícitamente : *socialismo, indiferentismo....*, y por término la desesperación, es la religión *renana, el gran resultado obtenido!* Saber que tenemos un fin y no ocuparnos de él absolutamente para nada, como de él no se ocupan los cuadrúpedos , contentándonos con que si *perdemos nuestro partido, otros lo ganarán* ; ignorar en qué consiste ese fin supremo y último, centro de nuestros suspiros, imán de nuestros deseos

y blanco de nuestras aspiraciones, y asegurar que su pérdida no tiene consecuencias gravísimas para nosotros....., es ridículo y blasfemo ; ridículo, porque se habla de lo que se ignora ; blasfemo, porque es lo mismo que decir que los hombres somos más desdichados que todos los seres de la creación, tendiendo á su fin, con su vida, luz y ser, como brújula palpitante ; blasfemo, porque es hacer de Dios el *déspota proudhoniano*, verdugo de nuestra razón y espectro de nuestra conciencia. Creer en un Dios,—*Iahavé*,—que *hace llegar siempre lo que quiere*, que nos ha prefijado ese fin último....., y permanecer inmóviles como estatuas en el campo del combate cuando se oye el estampido del cañón y el estruendo de la metralla....., sin elevar súplicas y oraciones al *Iahavé*, Dios de los ejércitos y de las venganzas....., es el colmo de la desesperación cruda y horrible. Los positivistas, dice Büchner (*Ciencia y Naturaleza*), leen todos los días un capítulo del Kempis : Compte rezaba tres veces al día. Por lo visto, Renán se contenta con menos. Sospechaba también que, al llamarse Ernesto «único sucesor de Jesús», era semejante á aquel Jerónimo Korler y á su hermano Cristián, precursores del mormonismo, que se creían «los testigos de Dios descritos en el Apocalipsis». *¡Fanatismo, visionarios, alucinados....!!!»*

Y ahora, para concluir y dejar tranquila mi conciencia, voy á responder á ciertas preguntas. ¿Qué ha conseguido Renán, qué consigue Jacolliot, qué consigue Taine, con sus trabajos de zapa y sus lucubraciones anti-evangélicas? ¿Desterrarán á Jesús del corazón de los hombres? ¿Perecerá el Catolicismo?.... ¿Qué esperanza salvadora nos ofrecen esos *sabios*? Á esta última pregunta me responde Renán en el *Libro de Job* : «El secreto de la vida está en ahogar las melancolías y pasarse

sin esperanza». En la *Historia del pueblo de Israel* nos ofrece, como hemos visto ya, la esperanza del socialismo y nihilismo ruso.

Para contestar á las otras preguntas, será necesario tender la mirada sobre los hombres que *fueron*. Nicolás Fréret, en 1719, examinó los Evangelios para combatirlos, y nada consiguió. Semler, Kant, Herder, Paulus, Strauss, Réville, Ernesto Bunsen, Emilio Burnouf, y Jacolliot y Renán, sin traer á cuento todas las escuelas heréticas desde Jesús al siglo xvi, desde el siglo xvi á las de Halles, Tubinga y Gottinga, todos han redoblado sus esfuerzos por desterrar la Biblia, y principalmente el Testamento nuevo, y muy principalmente hoy el Evangelio cuarto, y nada han conseguido. El gran poeta lord Byron, escéptico desesperado también, lanzaba este suspiro: «En este libro—el de los Evangelios—está el misterio de los misterios. ¡Ah, dichosos aquellos mortales á quienes Dios hizo la gracia de oírle, verle é invocarle y *de respetar las palabras de este santo Libro!* ¡Dichosos los que saben forzar su puerta y penetrar en sus senderos! ¡Pero valdría más que no hubiesen nacido, si han de leerle para dudar de él ó despreciarle!»

En cuanto á Jesús y al Catolicismo, no cabe dudar de que la victoria es suya. ¿Qué no hizo por aniquilarlos aquella legión de demonios incubada en el pecho de Voltaire? Y no obstante, el último suspiro volteriano fué el último suspiro de Juliano el Apóstata. Hay que convenirse de que, merced al Catolicismo, que es el verdadero Cristianismo, subsiste el mundo, como decía Gioberti. Es necesario que se persuadan los científicos racionalistas y librepensadores de que sus *sistemas estupendos y atrevidos*, condensados en aquel período de Gabriel Molin: «Es preciso que acabemos definitivamente con

Dios.... ; nosotros vivimos en la tierra ; no queremos el cielo » ; no han consolado á un alma afligida, no han poblado un corazón desierto, ni enjugado siquiera una lágrima. Jesús y el Catolicismo, fuentes irrestañables de caridad y mansedumbre y confortación de todas las almas afligidas, desaparecerán, como juzgaba Montalembert, cuando se arranquen de la tierra el sufrimiento y el dolor. Vea, pues, Renán si evaporará la memoria del Jesús-Dios y del Catolicismo con sus picarescas chanzonetas é ilógicas deducciones ; persiguiendo lanza en ristre, como el rey Foriön el horizonte vacío, dorando las blasfemias con matices y cosméticos, ocultándose bajo la piel del hipócrita y lavándose las manos como Pilatos después de vender al Justo.

Considere Renán que el tumulto de blasfemias y sacrilegios que levanta él y los que son de su casta, es sofocado por el ¡*Hossanna!* sublime que levanta á los cielos la Iglesia católica en la extensión de la tierra. Podrá Renán llevar á Jesús al Sanhedrín, y desde allí al Pretorio, y desde allí hacerle pisar, cargado con la Cruz, el áspera cumbre del sangriento Calvario ; pero no puede ni podrá Renán impedir que ese Jesús crucificado entre dos ladrones y escarnecido por una ruin canalla, aparezca al tercer día ante las muchedumbres resucitado y glorioso, vencedor del infierno y de la muerte, y aclamado por Dios, Verbo Eterno y Resplandor de la gloria del Padre, suba á ser Rey de los eternos eucarísticos festines, y desde allí triunfe de todos sus raquícos enemigos. ¡ Triunfo, sí, triunfo sin rival, milagro estupendo, prodigio inaudito, que el mismísimo Federico II formulaba en este frase : « No ignoro que quien combate á la Iglesia bebe el cáliz de Babilonia » !— ¡ Y ha sido así !— diría el abate Ricard. Desde Herodes el Grande hasta Licinio....,

desde Arrio hasta León VI el Iconoclasta, desde Astolfo el lombardo hasta Cavour y Farini, todos se han estrellado contra la roca que Jesús puso en el mundo; todos han sido arrojados ignominiosamente á la tumba.

—....¿Qué hace ahora el hijo del carpintero José?— preguntaron los bárbaros, los cismáticos, los herejes é invasores.—Y cada edad respondió: «¡ Un féretro!....»

Fr. ZACARÍAS MARTÍNEZ,  
*Agustiniano.*



## EL ESPINAR CUBANO

Y LA SEGUR BARRANTINA.



**D**OY gracias al Sr. Director de la acreditada ESPAÑA MODERNA, por la galantería comprometedora con que ha solicitado mi colaboración; y como el único modo de corresponderle bien es remitirle algún trabajo, pongo manos á la obra. No he tenido libertad para elegir el asunto: las circunstancias me lo han señalado. Hubiera creído faltar á un deber si no comenzase por una rectificación, al colocar mi nombre entre los de los escritores de esta Revista donde mis compatriotas han sido mal juzgados, por no decir maltratados. Me refiero al artículo publicado en Octubre de 1889 por el ilustrado académico Sr. D. V. Barrantes. He procurado estar en guardia contra mí mismo, por las tentaciones del tema y por la naturaleza del periódico que tan graciosamente me brinda honroso hospedaje. Censuro á España, censuro á los españoles, contradigo al Sr. Barrantes; pero ello en sí mismo no es violación de ninguna etiqueta social ni literaria, pues el inteligente redactor de la *Sección Hispano-Ultramarina* debe de estar acostumbrado á las luchas de la discusión, y en esta propia

Revista él mismo y otros han criticado á sus Gobiernos, sus hombres y sus cosas con una acritud de tono que yo no empleo. Además, deben Vds. considerarme como de la casa, si quieren ser consecuentes con su teoría de que los cubanos somos españoles ; y digo *teoría*, porque en la práctica suelen tratarnos, no ya como á extranjeros, sino como á enemigos. Era necesario llenar aquel requisito de la templanza ; mas también es necesaria mi protesta. Acepto el asiento que me ofrece el Sr. Director, pero antes de ocuparlo sacudo el inadvertido polvo con pañuelo de seda.

## I.

## LA EDUCACIÓN Y LAS INSURRECCIONES.

Con el arriesgado título de *La Poesía lírica en Cuba* ha dado á la estampa el Sr. D. Martín González del Valle una colección de composiciones de compatriotas míos, adicionadas, según parece, con notas biográficas y observaciones críticas. No la conozco, pues el ejemplar que pedí á la Habana cuando se anunció la publicación, y que me fué enviado, se extravió en el camino ; pero varios amigos me han escrito que no por ello me paselas noches «de claro en claro», y el voto del Sr. Barrantes viene á esforzar la discreción de ese consejo. No me propongo, pues, levantar proceso al libro mencionado, sino examinar las ideas que él ha sugerido al descontentadizo académico.

Según éste, en Cuba casi no hay ni ha habido poetas, por culpa de la educación desorganizadora con que Es-

paña nos ha favorecido, y de la torpe política metropolitana. Y como sea cosa de que se santigüen de sorpresa los versados en nuestra historia colonial que no conozcan las fantasías del Sr. Barrantes, copiaré algunas palabras suyas:

«...Nunca sin honda pena cae en nuestras manos una antología cubana, verdadero martirologio de jóvenes malogrados por una educación viciosa ó una política insensata.»

Las «reformas de la instrucción pública debilitaron todas sus creencias (de los cubanos) y todos sus sentimientos, desde el temor de Dios, hasta el amor de la patria.»

«... La Habana, desde que en 1842 se hizo en la enseñanza una reforma radical, á cuyos autores Dios perdone, ofrecía peligros tan claros y evidentes, que reclamaban altas dotes de previsión y cordura en sus gobernadores.»

Padre, te admiramos, pero no te comprendemos, le decía á San Crisóstomo una mujer de Antioquía; y lo recordamos, porque de esas líneas resulta que hace medio siglo se nos está aleccionando en demagogia, y esto no ha sucedido nunca en la Isla, ni en materia de enseñanza ha habido allí jamás plan alguno oficial de progreso metódico, ni otra cosa que alternativas más ó menos deficientes. Lo que ocurrió en 1842 fué que el Gobierno, casi remolcado por el impulso que la iniciativa individual, con dinero de particulares, estaba dando á la instrucción, amplió los estudios de la Universidad, introduciendo especialmente los de ciencias naturales; por cierto que D. José de la Luz, Del Monte y otros cubanos beneméritos, faltos de confianza en los halagos oficiales, rehusaron las cátedras que se les ofrecieron. Pero ¿no ha oído el Sr. Barrantes hablar de cierto D. José de la Concha y de sus reculadas? ¿No tiene noticia de un tal Araíztegui, quien decía oficialmente en 1871 que el medio seguro de

*españolizarnos* era escatimarnos lo más posible la instrucción? (1) ¿No ha pasado la vista por el recetario del señor general López de Letona? Nuestros estudios superiores distan mucho de nivelarse con las necesidades de un pueblo culto. En ningún país se ha visto que la instrucción pública sea un arbitrio rentístico; y en la Habana «los ingresos de la Universidad por derechos de matrículas han excedido á sus gastos en el año de 1884, nada menos que en 127,000 duros, y este sobrante, lejos de ser accidental, viene acumulando tales condiciones de permanencia, que ha pasado á la categoría de axioma el aserto de que nuestro gran establecimiento docente nada en absoluto cuesta al Estado» (2).

Á tiempo que eso sucede, el Gobierno no se cuida de formar

«ni ingenieros, ni arquitectos, ni pilotos, ni verdaderos agrónomos, ni comerciantes provistos de todos los conocimientos que constituyen hoy el arsenal de esta honrosa profesión, ni operarios bien instruidos en la técnica difícil de las modernas industrias. Para ser algo de esto hay que ir á aprenderlo fuera. En cambio, copiamos servilmente la organización de sociedades diversas y de existencia secular, como si aun en esto quiéramos hacer buena la famosa frase en que sintetizaba Merivale, como ha sintetizado luego un publicista francés muy conocido, el empeño colonizador de nuestros antepasados: hacer una sociedad vieja en un país nuevo» (3).

Hace apenas un año, nuestro famoso orador el señor D. Rafael Montoro, en su elogio del Sr. D. Antonio Bachiller y Morales, sintetizaba en una frase todo nuestro sistema de educación desde 1839 para acá: el profesorado,

(1) RAIMUNDO CABRERA: *Cuba y sus jueces*, 5.<sup>a</sup> edición.—Habana, 1889, pág. 117.

(2) JOSÉ SILVERIO JORRÍN: Discurso de recepción pronunciado en la Universidad de la Habana el 13 de Abril de 1885, cuando fué elegido por dicha corporación Senador del reino.

(3) *El País* de la Habana, Octubre 4 de 1888.

decía, ha estado «adscrito á un plan de estudios de todo punto ajeno á las audacias de la ciencia contemporánea, y siempre fiscalizado». El Dr. D. Valeriano Fernández Ferraz (peninsular), catedrático de la Universidad de la Habana, decía en 1883, en un discurso que pronunció en el colegio *La grande Antilla*, que el plan de estudios vigente es «inverosímil», y á propósito de la segunda enseñanza se expresaba así:

«No corresponde á lo presente, ni está por lo pasado: si valiera hablar en términos gramaticales, acaso podría decirse que es un *pretérito imperfecto*.»

Por fin, y esto debería ahogar en júbilo todas las pesadumbres del Sr. Barrantes, el citado Sr. Montoro ha consignado no hace mucho el hecho de «la influencia que á la callada viene ejerciendo en el país el elemento clerical, favorecido hasta un extremo increíble por el plan de estudios vigente» (1). Sea enteramente franco el Sr. Barrantes, y declare que su ideal en materia de civilización para los cubanos, es el mismo que el Sr. Jackson Veyan aconsejaba para la hija de «Modesta» en sus versos *Ni Francia ni Inglaterra*:

«Dices que vives en humilde villa  
Falta de ilustración;  
Con que haya en ese pueblo una capilla  
Tiene aula el corazón.

.....  
Aunque el álgebra ignore inadvertida,  
Sabrá vivir y amar:  
¡ Lo terrible en las luchas de la vida  
Es no saber rezar ! »

(1) *Revista de Cuba*, XII, pág. 576.

Si es esto lo que se quiere, empiécese por eliminar de nuestros estudios el de la historia de España, pues es ocasionado á malas tentaciones el saber lo que hizo Pelayo por la independencia de su patria, qué eran las Comunidades, qué pretendió Padilla, cómo se portaron los españoles cuando la invasión napoleónica, quién era Riego....

Por otra parte, el liberalismo de una pedagogía no es requisito forzoso para que la aversión al absolutismo entre en la estructura del alma de la juventud; será un gran factor, pero no indispensable, ni el único. Suponga el señor Barrantes que se hubiera modelado á Cuba en una educación tan homeopática y tan *integrísta* como quiera: ¿se imagina que la libertad no hubiera germinado espontáneamente en la colonia? Las Repúblicas hispano-americanas responden negativamente.

El Sr. D. Carlos Holguín, á quien tuvieron Vds. allá de ministro colombiano, y que ahora es presidente interino de esta República, describe en los términos siguientes el estado de Nueva Granada en la época que precedió inmediatamente á la guerra de la Independencia:

« ... En los primeros años del siglo no estábamos todavía bastante educados para hacernos cargo del libre manejo de nuestro peculio, y.... la índole de nuestro carácter es la menos á propósito para que jamás se nos hubiera concedido venia de edad. En las capas superiores de nuestra sociedad se encontraban algunos hombres superiores que habían recibido esmerada educación, y á su lado se habían formado otros que, aunque de talla menor, podían, como los primeros, comprender y administrar bien los negocios públicos. Mas comparados éstos con la población general del país, eran excepciones rarísimas, puntos imperceptibles en la masa universal destituida de toda luz, sin nociones de lectura ni de escritura, ni noticia de nada más que de la existencia de Dios nuestro Señor en el cielo y del rey nuestro amo en la tierra. Este era el elemento

pueblo , destinado á representar el primer papel en el sistema que iba á surgir de la revolución triunfante.... »

.....

« Encontrar algún trabajo que proporcionase los medios necesarios para el sustento de la familia y el pago de los pechos reales ; educar á los hijos en el santo temor de Dios ; establecer á las hijas , dándoselas de preferencia en matrimonio á un español , aunque fuese un asturiano ó un gallego que sólo supiera hacer cucuruchos de cominos ó pimienta ; acostarse temprano , comer á horas , no faltar á sus devociones y tener vestidos nuevos para las fiestas solemnes , era cuanto de tejas abajo codiciaban nuestros mayores. Y por cierto que para alcanzar aquellos bienes el régimen bajo el cual vivían se prestaba admirablemente. En lo político, las aspiraciones se reducían á ser alcalde ordinario , ó miembro de algún cabildo , á recibir alguna invitación oficial , ó á tomar parte en la fiesta que se celebrase por el cumpleaños del rey ó el nacimiento del príncipe de Asturias. De los acontecimientos políticos de Europa , se sabía lo que de oficio se comunicaba á las autoridades españolas por sus superiores de la Península , y muy rara vez alguno muy bien relacionado veía un número de la *Gaceta* de Madrid. En la educación religiosa se ponían sobre el mismo pie el amor y la obediencia á Dios , el amor y la obediencia al rey y á sus respectivos representantes ; lo cual , unido al prestigio de la distancia , á las descripciones de la pompa de la corte y al relato de las hazañas de los reyes , hacía que no hubiese diferencia á los ojos del americano , entre el pecado de Luzbel y el de cualquier súbdito por cuyo cerebro cruzase la idea de desconocer la autoridad real (1).»

Nadie negará la exactitud de este cuadro , pues es historia pura , historia reciente , muy fácil de comprobar con testimonios abrumadores. América era , en vísperas de la emancipación , un cándido país de aleluyas , tal como sin duda el Sr. Barrantes quiere que sean Cuba y Puerto Rico. Á ella en ese período se le puede aplicar la descripción que hizo el poeta , de la vida de provincia en Francia.

(1) *Repertorio Colombiano* , 1 , páginas 81 á 106.

«*On s'éveille , on se lève , on s'habille et l'on sort ;  
On rentre , on dîne , on soupe , on se couche et l'on dort.*»

Y con todo eso, hubo americanos rebeldes, poetas, políticos, y el continente se escurrió por el plano inclinado de la revolución. Luego si la lógica sirve para algo, es de inferir que, aun postrada de atonía nuestra cultura, siempre habrían brotado en las Antillas ideas de progreso y libertad.

¿Pues no hubo en Cuba conspiraciones antes del Plan de Estudios de 1842? En 1820 fué la Isla, de punta á punta, un hormiguero de asociaciones secretas y revolucionarias de masones, anilleros, cadenistas, sin contar los carbonarios, cuyo propósito era menos radical. En los dos años siguientes el capitán general D. Nicolás Mahy advertía al Gobierno de Madrid que vivía afanado, como quien camina sobre huevos, por la propaganda que con éxito alarmante hacían «los predicadores de la independencia». Bajo el mando de Vives se organizaron las sociedades de los *Soles de Bolívar* en 1823 y el *Águila Negra* de 1829 á 1831. Hasta los esclavos, que absolutamente no recibían educación, que nada sabían de Euno, Cleón ni Espartaco, se sublevaron tres veces en 1835.

No, no ha tenido la felicidad del acierto el Sr. Barrantes en sus *recherches de la paternité* del espíritu independiente en Cuba; desequilíbrase en apoyo deleznable la pesada teoría de su embriogenia. Si le interesan los antecedentes de nuestra Revolución de 1868, me permitiré recomendarle que lea, en el tomo IX del *Diario de Sesiones* de las Cortes españolas, los discursos de nuestro antiguo senador el Sr. D. José Ramón de Betancourt, especialmente los de 18 de Julio de 1883 y 7 de Julio de 1885; y á necesitar ampliaciones, que consulte con el Sr. Cánovas del Castillo.



Haga eco el Sr. Barrantes á la prensa *integrísta*, repitiendo que á pesar de todos los desaciertos de la metrópoli, y á pesar de las serpientes de discordia que el general Tacón se esmeró en alimentar y propagar para desdicha común de insulares y peninsulares, contra la patria nunca hay razón, y que por haberse olvidado esto, las poesías de mis compatriotas son generalmente malas. Creo que el Sr. Menéndez y Pelayo estampó una especie parecida en una de sus famosas obras. Todo eso se refuta con dos palabras. ¿No reconocen todos Vds. que Bello y Olmedo fueron «insignes poetas»? ¿No los ha calificado así, entre otros, el Sr. Cañete, y al cantor de *Junín* de «sincero patriota», cuyo patriotismo consistió en rebelarse contra España? ¿Les salieron chabacanas á Olmedo ni á Bello las composiciones? Pues entonces, ¿qué?

Desengañémonos: el problema cubano no es consecuencia de nuestra educación, sino de la de Vds.; la nuestra será defectuosa, la de Vds. es desatinada; nosotros necesitaremos reformas, Vds. un nuevo aprendizaje. El Sr. Holguín, en el mismo artículo que hace poco cité, dice:

«Si los españoles, atendiendo de preferencia á sus intereses materiales, hubieran educado á nuestros padres como la República educa á sus hijos, podrían jactarse aún de que el sol no se ponía en sus dominios!

.....

»Jamás se pensó en España que podía llegar algún tiempo en que la América saliese de su tutela, y que debía educársela como un prudente padre de familia educa á sus hijos.

.....

»Si la metrópoli hubiera comprendido bien sus intereses y los nuestros, habría debido ir cambiando paulatinamente de sistema. hasta facilitar por las vías naturales nuestra emancipación, y continuar después el

comercio más natural todavía de las buenas relaciones fundadas en la gratitud y el cariño.

.....  
» El régimen colonial que mantiene todavía en Cuba y en Puerto Rico, es prueba evidente de que sin la revolución jamás habríamos llegado nosotros á salir de la servidumbre degradante en que vivíamos. »

Los escritores que con más benevolencia han juzgado el sistema colonial español, y entre ellos inesperadamente mi estimado amigo el señor general D. Lucio A. Restrepo, han dicho que España trajo al Nuevo Mundo todo lo que poseía en materia de civilización, y que no se la debe censurar porque no obsequiara con sabia educación política á los súbditos de Ultramar, puesto que ella misma no la tenía para sí; *nemo dat quod non habet*. Esa disculpa explica el hecho, pero no lo destruye, justifica ni realiza. Una de las grandezas de la monarquía británica consiste en haber planteado instituciones libres en la casi totalidad de sus posesiones, en haber elevado á sus colonos á la categoría de ciudadanos. En estos últimos meses han estado discutiendo sin cortapisas en el Canadá las ventajas y los inconvenientes de su separación de Inglaterra, y á nadie se ha desterrado ni fusilado por ello; más aún: la metrópoli estuvo y está dispuesta á consentir en lo que el Canadá quiera hacer. El resultado ha sido que la opinión se ha declarado en contra de la emancipación, pues todos aman y respetan á la madre patria. Aco meta España ese aprendizaje, hágase amar, y el problema cubano será resuelto, y no volverá á ocurrir que se echen á nuestra educación las culpas de la suya.

## II.

## NUESTROS POETAS.

Y como la educación viciada que el Sr. Barrantes deplora es especialmente la de nuestros bardos, á ellos voy á contraerme.

¿Cuáles arquetipos hubiera nuestro censor querido que escogiesen, tanto por lo que hace al atildamiento de la forma como á la elevación de ideales? ¿Los poetas españoles de este siglo? Los Sres. Campoamor y *Clarín* dicen que casi no los hay. Abra el Sr. Barrantes la entrega correspondiente á Mayo de 1889, de la ESPAÑA MODERNA, y en la página 74 leerá estos conceptos del inventor de las *Doloras*:

«Desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo, no se ha escrito un solo verso de poeta, y desafío al Sr. Valera á que me lo cite.

»Resolvamos de una vez este problema, convenciendo al público de que los versos buenos son tan raros como los diamantes de á libra. Para facilitar el trabajo, autorizo al Sr. Valera á que, además de los líricos de la restauración del gusto francés, incluya al Sr. Quintana, poeta laureado, muy admirado por él, y popularísimo en España y América.»

*Clarín* está sosteniendo que hoy en España no hay más que dos poetas y medio.

Cuanto al siglo de oro, oiga al Sr. D. Pedro de Alcántara y García en su *Historia de la Literatura española*:

«Es una poesía artificiosa, afectada y formal: su principal belleza está en la forma, salvo algunas excepciones; casi nunca se inspira en sen-

timientos de trascendencia, y hasta cuando lo hace en el erótico, en que abunda, peca de artificiosa y poco espontánea. Es por esto tan pobre en el fondo como rica en la forma, de lo cual se adquiere la certeza repasando las colecciones que existen de poetas líricos, en los cuales, por punto general, se halla gran exuberancia de galas poéticas y apenas si se encuentran pensamientos elevados y profundos (1).»

Advertiré de paso que reservo completa mi libertad de juicio acerca de las ideas de García, Campoamor y *Clarín*: mantengo cuanto dije en las páginas 449, 450 y 638 de mis *Estudios Críticos*, pero en esta escaramuza no peleo con mis armas propias, pues no se trata, ó á lo menos no intento que se trate, de lo que piense yo acerca de la poesía castellana, sino de cómo la juzgan los españoles mismos.

Y agrego: que si en concepto de ellos la mayor parte de su bagaje poético no pesa gran cosa, y si al mismo tiempo Lamartine, Hugo, Musset, Byron y otros subían al Olimpo con voluminosas y macizas toneladas de equipaje, ¿qué razón había para que mis compatriotas se abstuviesen de seguir las huellas de la caravana de esos grandes maestros, cantores de la libertad y adversarios de toda opresión política, social y moral?

Y, sin embargo, no pocos de nuestros vates han imitado á los castellanos. Heredia cruza como un príncipe con su bajel á todas velas el *mare clausum* de Quintana; Luaces toma de su estuche indistintamente plumas de oro usadas por el mismo Quintana ó por Herrera; Milanés trabaja con los moldes de Lope de Vega y de Zorrilla; Plácido se pasea, sin saberlo, en los jardines de los clásicos; Zenea hizo versos en vieja fable; en algunos se nota la influencia de Garcilasso, Fr. Luis de León, Baltasar de

(1) Obra citada, tercera edición, Madrid 1884, pág 350.

Alcázar, Arguijo, Rodrigo Caro, Espronceda, Trueba, Campoamor, el citado Zorrilla, y otros muchos del presente y de los siglos anteriores. Joaquín Palma está hoy todavía en plena exaltación de zorrillismo. Si á pesar de esto la mayor parte inspiran lástima al Sr. Barrantes, no será por falta de buenos maestros, sino porque la raza poética no se ha regenerado, y perpetúa los vicios señalados por *Clarín*, García y Campoamor.

Á Luaces no le da pasaporte el Sr. Barrantes sino como hablista; pues oiga estos fragmentos de la *Caída de Misolongi*:

«.....  
 Si el turco se debate á vuestras plantas,  
 Lanzad contra él indómito el caballo,  
 Y rompa el férreo y resonante callo  
 La humilde frente del postrado infiel.  
 .....  
 ¡Al arma, al arma, desnudad el hierro!  
 ¡Quebrantad las cabezas agarenas!  
 ¡Rompedles en las frentes las cadenas  
 Y que espiren de rabia y de baldón!  
 .....  
 Haced con los flotantes cachemires  
 Gualdrapas al caballo vencedor.»

No pretendo que Luaces sea perfecto; pero en esa composición, como en otras suyas, hay algo más que un simple hablista, epíteto bueno para un D. Eugenio de Ochoa. En los versos de Luaces se siente la fiebre contagiosa de Tirteo, y á ocasiones se oyen los truenos de Juvenal.

Zenea no encuentra mucha gracia ante el Sr. Barrantes; y, sin embargo, entre las cosas excelentes del Parnaso castellano ocuparían, como ya lo dijo otro escritor

español, lugares distinguidísimos sus romances, especialmente *Fidelia*, y también los cuartetos que empiezan:

«¡ Señor ! ¡ Señor ! El pájaro perdido....»

El Sr. Barrantes parece no conocer á nuestros poetas sino por las antologías; pero él debe de saber que una antología buena no es cosa tan fácil de hacer; se necesita ser un Quintana para salir airoso de la empresa, y las antologías que han caído en manos de nuestro crítico son, por lo visto, muy malas.

Me llama la atención que Piñeyro figure entre los poetas de la obra del Sr. González del Valle, pues él nunca ha querido ser apreciado como tal, y aunque sí ha hecho versos, y buenos, no ha acostumbrado regalar con ellos al público. Sospecho que en la mención de su nombre hay error. Sospecho también que el Sr. Barrantes ignora cuánto vale nuestro crítico, pues si lo supiera, no pasaría con tanto desenfado al lado suyo, sino que lo saludaría respetuosamente; bien que Piñeyro mismo tiene la culpa, pues nada hace por extender su fama á la tierra de nuestros mayores.

Que nuestros poetas carecen de carácter propio. Por carácter en literatura entiendo el conjunto de rasgos psicológicos ó morales que constituyen la personalidad de un autor, sus ideas, doctrinas ó principios y sus sentimientos, así como por fisonomía literaria entiendo la manera individual de expresión. El carácter es el fondo, la fisonomía la forma, diré en vocablos modernos. No contamos, ni en ninguna parte se ha contado nunca, con dos fisonomías enteramente iguales; mas en orden á los caracteres, sí es cierto que varios difieren poco entre sí, como las cuentas de una sarta, hasta el extremo de no producir impresión bien distinta en el lector. Eso se nota

especialmente en las producciones anteriores á la insurrección de Yara y en los poetas que no habían salido de Cuba; Mendive no es el mismo después de la emigración que antes; Francisco Sellén se encuentra en caso idéntico: ambos en tierra extranjera han divisado ideales de mayores proporciones, han encendido las antorchas de su inspiración en candelabros de metal más rico, que eran artículos de contrabando en las aduanas intelectuales de la *Siempre fiel*; pero tampoco se puede, en una sentencia general y despectiva, condenar á granel como incoloras todas las poesías anteriores á 1868. *El Cucalambé*, uno de nuestros poetas más populares, es un tipo; lo es Vélez Herrera con sus romances de costumbres; Antenor Lescano se asemeja á muy pocos, y así podría enumerar otros muchos. Ahora, si se pretende que Cuba, con mucho menos de un siglo de existencia literaria, presente jefes de escuela, poetas en quienes no se advierta tradición alguna europea, una organización cabal, en fin, no ya las Musas castamente desnudas, sino vestidas con magníficos ropajes, dueñas de atestados almacenes de repuesto y de enormes máquinas para la fabricación, diré que no hemos vivido lo necesario para eso; que la literatura cubana no se puede considerar aún sino como un retoño ó festón de la española, y hasta agregaré que en todas estas Repúblicas no hay todavía obras bastantes como para constituir literaturas independientes, en todo el rigor de la palabra, templos completos en colinas aisladas y que se destaquen solitarios en las líneas del horizonte, sino, cuando más, columnas del Partenón común de las letras castellanas.

Ni en Cuba era posible que se formara una bajo el régimen de la rigurosa censura previa. ¿Cómo producirse un Bryant que estigmatizara en sus versos la infamia de

la esclavitud, si desde su primer canto habría sido castigado con la deportación por lo menos? ¿Cómo un Cowper, si los aires de nuestros campos estaban llenos de alaridos? ¿Un Béranger, donde la oposición, en vez de ser un derecho, era un crimen, donde se vivía en permanente estado de sitio? Fornaris refiere que D. José de la Concha lo llamó en 1857 á palacio, y le dijo:

«Lo he mandado llamar á V. para advertirle que si desea continuar escribiendo sobre Siboneyes, vaya á hacerlo á los Estados Unidos. Aquí somos españoles, y no indios; ¿está V? Todos españoles (1).»

No trato ahora de si el abortado género siboney era bueno ó malo: cito el ejemplo como prueba de que el Gobierno reprimía las tendencias de nuestra lírica, é imposibilitaba la formación de caracteres y la gestación de escuelas.

No nos quedaron libres sino el género religioso, al cual no tuvimos afición, á pesar de Plácido, la Avellaneda y otras excepciones; y el género erótico y el elegíaco. Hasta 1868, casi toda la poesía cubana fué quejumbrosa: á las tristezas del amor se unían las de la opresión política y civil; y si resonaron cantos á Polonia, á Grecia, á Irlanda, á todos los pueblos mártires, fué porque los censores iliteratos no entendieron su significación; que así andaban las cosas.

Tales son los hechos, y pierde el tiempo el Sr. Barrantes poniéndose á descifrar, como si se tratara de un jeroglífico, lo que se puede leer corrientemente en romance vulgar.

(1) *Poesías* de José Fornaris: Habana, 1888, pág. 11.



## III.

## LA AVELLANEDA ES NUESTRA.

Á la Avellaneda la arrebató el Sr. Barrantes de nuestras pléyades, porque «no tuvo de cubana sino el nacimiento accidental».

Vayamos poco á poco.

Nacimiento *accidental* fué el de los Chénier en la capital de Turquía, el de los Madrazos en Roma, el del conde de Cheste en el Perú, el de J. A. Calcaño en la Cartagena colombiana, el de Teurbe Tolón en Panzacola. Nosotros consideramos cubano á José Antonio Echeverría, porque, aun cuando nacido en Barcelona (Venezuela), pasó á Cuba á los cuatro ó cinco años de su edad, y él mismo se tenía por compatriota nuestro. Entiendo que los argentinos no han dejado de mirar como suyo á Ventura de la Vega, quien de edad de once años salió para la Península, y no volvió á su país nativo; á propósito de lo cual refiere el conde de Cheste en el elogio que del distinguido autor dramático leyó en la Academia Española el 23 de Febrero de 1866, que cuando conducían á Vega para embarcarlo, gritaba en la plaza Real de Buenos Aires: «¡Qué! ¿no me defendéis? ¿No estáis viendo que con pretexto de educarme, me van á llevar á la patria de los tiranos godos? ¡Favor! ¡Favor! ¡Salvad á un ciudadano indefenso!» Y en un soneto que compuso, ya hombre, en Madrid, se expresó así:

«Cruza sin mí los espumosos mares;  
Saluda ¡oh nave! de mi patria el muro.»

Sin embargo, las circunstancias todas de su vida y de sus producciones desde que puso los pies en la Península, sí los autorizan á Vds., me parece, para contarlos entre los autores españoles.

Pero la Avellaneda no se encuentra en condiciones análogas.

Cuando la célebre camagüeyana salió de Cuba para la Península, tenía veintidós años de edad, y entonces compuso el soneto *Al Partir*, del cual han dicho autoridades competentes de entre Vds. que puede competir con los mejores de la literatura castellana. Hacía ya, pues, magníficos versos, aunque no hubiese alcanzado todavía reputación universal. Á los doce años, dice su biógrafo el Sr. Calcaño, sabía de memoria y explicaba los mejores trozos de Quintana, Arriaza, Meléndez y otros, cuyos modelos incesantemente se ejercitaba en imitar (1). Luego tenía sólida instrucción literaria cuando Vds. la recibieron, y lo corrobora el testimonio del señor Guiteras, citado por el mismo Sr. Calcaño.

¿En qué se diferencia de un peninsular un cubano? Los que han visitado á España cuentan que sus hijos allá no se parecen á los que vienen á Cuba; que el mar ó la atmósfera de la colonia los metamorfosea con pérdida; y, en lo general, sin duda es así, pues aunque no he estado en la Península, he conocido en otros lugares de Europa y en varios del continente americano, españoles accesibles, tolerantes, de amplias miras liberales, sin preveniciones contra Cuba, y hasta autonomistas teóricos.

Pero eso no puede servir de elemento en el paralelo. Sean Vds. ángeles en Europa y en el resto del mundo; para el cubano, el tipo del peninsular es el que conoce en

(1) CALCAÑO: *Diccionario biográfico cubano*.

Cuba, sin alas y con garras, y á ese es al que debo referir mi comparación, aunque sin comprender en él á los españoles que allí simpatizan con nuestros sufrimientos, que hasta se afilían al partido autonomista, que respiran á la temperatura de la razón y no al calor del odio; el tipo no abarca más que la clase que cuenta con poder é influencias para imponer la arbitrariedad, y sus numerosísimos sostenedores.

La primera diferencia es que el peninsular domina, y quiere seguir dominando *ad libitum*, y el cubano quiere disfrutar de libertad; de mis compatriotas unos anhelan por la autonomía, otros por la asimilación, otros por la anexión á los Estados Unidos, otros por la independencia, pero lo que todos desean es libertad, lo que repugnan todos es el absolutismo.

La segunda diferencia es que el peninsular sostuvo cuanto le fué posible la esclavitud (hay excepciones honrosas), y el cubano la combatió hasta obtener la abolición (hay excepciones deshonorosas).

Otra disparidad es que nosotros amamos entrañablemente nuestra tierra natal, y el peninsular no la ama ni es natural que la ame tanto; ni es aventurado asegurar que algunos no la aman ni mucho ni poco.

Limitémonos á esas tres divergencias, que son las principales, y como los ejes de las otras, y veamos si la Avellaneda aprendió entre Vds. á pensar y á sentir como peninsular, ó si continuó siendo cubana; pues debe advertirse que, sean lo que fueren Vds. en el Viejo Mundo, al tratarse de los asuntos cubanos llega hasta allá el espíritu de nuestras luchas, menos envenenado por la acción poderosa de la distancia, pero siempre acriminoso: pruébanlo las discusiones en las Cortes y el tono de cierta parte de la prensa. Si se demuestra que la Ave-

:

llaneda cantó el absolutismo de nuestro régimen, y la trata, y la servidumbre, y que perdió el recuerdo de su hogar, de su niñez, de las palmeras de sus valles y de las ondas de su Tíñima, entonces la desconocemos : quédense Vds. con su gloria ; pero si resulta todo lo contrario, no habrá sofisma que nos la pueda arrebatarse.

TENDENCIA LIBERAL.—Bastará recordar sus versos *Á la muerte de Heredia*. Como Heredia fué el poeta revolucionario por excelencia, no se le puede admirar en lo que tuvo de patriota sin sentir algo de lo que él sentía, aunque ese algo no sea precisamente el amor á la independencia. En dicha composición habla la Avellaneda del «destierro impío» de Heredia, y de otras cosas que no puede suscribir sino un hijo ó hija de la Gran Antilla.

ESCLAVITUD.—La novela *Sab* es una obra abolicionista.

AMOR AL SUELO NATAL.—Respira en muchísimas de sus composiciones, en algunas de las cuales se deleita en describir, con auxilio de sus recuerdos, la naturaleza tropical de la Isla. Véanse : *En el álbum de una señorita cubana*.—*Á Luisa de Franchi-Alfaro*.—*Á la condesa de San Antonio*.—*La vuelta á la patria*.—*Á las Cubanas*.—*Al Liceo de la Habana*.—*Serenata de Cuba á la duquesa de la Torre*, etc. Agréguese á esto que en el romance *La vuelta á la patria* llama «horas infaustas» á las que pasó fuera de Cuba, y que en otro, *Á mi madre*, dice :

«...Mi mente enfrían  
Los soplos del Guadarrama,  
Y de esta corte el tumulto  
Á mi agreste musa espanta.»

Por fin : más ó menos cinco años antes de morir, escribió al conde de Pozos Dulces una carta que se pu-

blicó en *El Siglo* de la Habana, y en ella reclamaba con energía el título de cubana.

No es, pues, de Vds. la Avellaneda : su corazón fué siempre nuestro, ella quiso siempre que lo fuera.

Que fué discípula de D. Juan Nicasio Gallego, y que bajo la dirección de él formó su gusto y adquirió el arte de la corrección : lo reconozco, como también que el ambiente en que vive un artista influye en las manifestaciones de su genio ; pero más influencia ejercieron Quintana, el mismo Gallego y Martínez de la Rosa en Olmedo, que Gallego en la Avellaneda, y Vds. se guardan muy bien de llamar poeta español al cantor de *Junín*. ¿Porque no vivió en la Península? Pero Víctor Hugo pasó como dos décadas en tierra británica, cuya influencia es visible en varias de sus obras, y nadie lo llama poeta inglés; Heine, que tuvo más de francés que de germánico, no ha dejado ni puede dejar de pertenecer á la literatura alemana. ¿Por razón del idioma? Pero ni D. José Joaquín de Mora ni Zorrilla son poetas hispano-americanos por su larga residencia en el mundo de Colón. Y además, nadie ha negado que la literatura cubana sea una rama de la española; la cuestión se reduce á si la Avellaneda pertenece á la rama ó al tronco. España fué colaboradora de Cuba en el desarrollo intelectual de la Avellaneda, no hay duda; pero si ésta fué un genio, según dicen, España no se le pudo dar, como no se lo dió á D. Teodoro Guerrero, y la tal colaboración no autoriza á la madre patria para alzarse con el santo y la limosna de la hija.

Por varias de estas mismas razones, ya que no por todas, nos negamos á dar asiento en nuestros coros á D. Saturnino Martínez, el cual, á pesar de sus buenas dotes poéticas, que, según D. Ricardo del Monte, ya pertenecen á la historia, produciría entre nosotros el

mismo efecto que la intrusión de un duende en una velada de familia, ó el andar de un elefante en un almacén de porcelana.

#### IV.

DON JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO.

De D. José de La Luz dice el Sr. Barrantes que era el «padre del filibusterismo krausi-parlante»; que «había muerto sin Sacramentos y evidentemente fuera del gremio católico»; que «no pasaba de ser un pedagogo alimentado con ideas alemanescas, principalmente con el naturalismo de Goethe y con la jerga de Krause, bastante astuto para no descubrir que aquel galimatías eran rifles y fusiles que en la manigua iba amontonando».

El Sr. D. José Ignacio Rodríguez ha publicado (1) la partida de defunción del sabio cubano, firmada por el señor presbítero D. Cristóbal Suárez, cura del Cerro, y en ella se lee: «recibió el santo sacramento de la Penitencia.» D. Manuel Sanguily, «que estaba en el colegio de El Salvador, á pocos pasos del gabinete en que espiraba el querido y venerable anciano», ha calificado de «piadosa mentira» ese atestado, cuyo objeto fué que no se impidiera la inhumación en el Cementerio general de la Habana, que es católico (2). Está, pues, el Sr. Barrantes de acuerdo con el Sr. Sanguily; mas para estarlo le es preciso repetir que el sacerdote católico mintió. Yo me

(1) *Vida de D. José de La Luz y Caballero*, 2.ª edición, New York, 1879, pág. 314.

(2) *Revista Cubana*, II, 404.

lavo las manos. Sainte-Beuve decía con estas palabras, poco más ó menos: «Para realzar á un individuo no me vengan con que es católico; díganme sencillamente que es honrado, y eso bastará». Y efectivamente, hay que convenir en que se puede ser honrado sin ser católico, y viceversa.

El Sr. La Luz tenía un alma meditabunda y benévola: toda su existencia fué, interiormente, la preocupación de lo infinito; para el mundo exterior, un sentimiento de piedad. El pensamiento de su adolescencia fué la aspiración al sacerdocio; hasta llegó á recibir las órdenes menores. Cuando en su edad viril perdió su hija única, la necesidad de consuelo produjo en su espíritu una especie de atavismo hacia las creencias de su primera juventud; y aunque éstas recorrieron varios ciclos en las soledades del estudio, puede asegurarse que él nunca dejó de ser cristiano. Su testamento, otorgado dos semanas antes de morir, comienza por una profesión de fe católica, si bien creemos que en Cuba entonces no los podían hacer sin ese requisito los súbditos españoles; mas lo que importa en este debate no es tanto lo que La Luz fuera como lo que enseñó; y sus elencos están llenos de recomendaciones y alabanzas de la Religión.

«La Religión es la primera civilizadora, y como la nodriza del género humano.

»La Religión, lejos de estar en pugna con la Filosofía, le presta el más firme de sus apoyos para hacer triunfar la causa del género humano.

»La Religión, verdadera piedra filosofal, que hasta la escoria la convierte en oro, la desventura en alborozo. Sin ella no hay amor, y sin amor es la tierra un yermo espantoso, no ya un valle de lágrimas, que es mil veces preferible, pues las lágrimas se enjugan y es bueno que se viertan.

»La Religión, hija y madre del sentimiento: la Filosofía, senda segura de la Religión. Ésta el amor, aquélla la doctrina. La una el conocimiento, la confesión del Hacedor; la otra el trato y comercio con Él. La Filosofía, el pensamiento; la Religión, un himno continuado.»

Reconozco que en esos y en otros pasajes no se habla explícitamente del Catolicismo; pero pudo entenderse que á él se referían, porque su enseñanza era obligatoria en los establecimientos de educación, y porque en Cuba no había en aquella época tolerancia de cultos (ni ahora hay mucha). Puede objetarse también que de Renán se ha dicho que tiene un alma profundamente religiosa; pero en el colegio de La Luz y en la clase de Religión, se enseñaba el Catolicismo con lealtad. Sanguily, un día en calidad de profesor suplente, se permitió exponer algunas herejías acerca del misterio de la Trinidad, y La Luz le prohibió que continuara ocupando la cátedra, ni aun con el carácter de interino. El Gobierno no consentía ataques al dogma ni en las escuelas, ni por la imprenta, ni en las reuniones públicas, ni en ninguna otra ocasión, y La Luz nunca se apartó de la legalidad. ¿Qué más se le podía exigir, si cumplía su deber?

Respecto de las «ideas alemanescas», sospecho que el Sr. Barrantes insistiría en su reproche si La Luz se hubiese afiliado en escuelas francesas, inglesas, italianas.... Para el Sr. Barrantes lo censurable es, probablemente, que el maestro no estudiase la ciencia en doctrinarios españoles; pero en aquella época Alemania era la nación más adelantada, y era natural pedirle á ella luces; por lo que hace á España, nunca ha tenido filosofía; toda su filosofía es un mito, y no soy yo quien lo asegura, sino Revilla en la *Revista Contemporánea* (1876). Acerca de la predilección de La Luz por Krause, Sanguily duda, y dice que en ninguna parte ha visto confirmado ese aserto



de D. Antonio Angulo y Heredia, el discípulo predilecto de La Luz. Un amigo de éste, D. José Antonio Saco, lo corrobora en una cita que de él hace el Sr. Calcaño en la biografía del filósofo habanero; mas parece seguro que eso no tuvo mucha duración, y que debe de referirse á época remota, y no para par dar el tono dominante al pensamiento de La Luz.

El Sr. Barrates saca su *gran Cristo* á lo último, como es costumbre, enrostrándonos un paso que juzga contundente.

«He aquí una de sus sentencias (!) más celebradas: «El principio de autoridad es un Proteo que se presenta bajo mil formas para ejercer su influencia: la novedad, la moda, el espíritu del siglo, la ligereza, la presunción, el amor propio, no son más que ropajes con que se viste la autoridad *para avasallar á la razón.*» El hombre que eso enseñaba á los jóvenes en plena Habana, ¿qué les enseñaba sino la conspiración y la insurrección?»

Pues no, Sr. Barrantes; lo que pensaba La Luz acerca de la autoridad, no está todo en esas líneas; ni ellas se refieren al orden político, ni al social, sino al científico. Nada tendría de extraño, en un país como Cuba, donde la autoridad no es un principio de Moral, sino un principio de Dinámica, que para combatir sus excesos se hubiese ido más allá de lo preciso, pues es propio de las oposiciones esgrimir el arma de la hipérbole; pero no tengo ahora necesidad de esa excusa. La Luz no fué un Kropotkine.

La escuela liberal no presenta los puños al principio de autoridad. En el orden político cree necesario que haya quien mande, para que aplique la ley, para que proteja á los débiles contra los abusos de los fuertes. Sólo una condición le impone: que sea justo; porque de la

práctica de la justicia se deriva forzosamente el atinado ejercicio de la libertad. Puesto que los jefes de naciones existen para garantizarnos nuestros derechos y hacernos cumplir nuestros deberes, que á su vez cumplan ellos con los suyos, pues también los tienen, y más delicados que los nuestros.

En el orden científico admitimos también la autoridad en tanto que carecemos de nociones ó las tenemos deficientes para juzgar : no estaría bien que un niño discutiera los nombres de las letras con el profesor que le enseña el abecedario. Una vez desarrollada la inteligencia, exigimos á las autoridades científicas que basen sus enseñanzas en la razón y el experimento.

Todo lo que sea querer otra cosa, es apellidar anarquía, y la escuela liberal es tan severa contra ésta como contra el despotismo.

Vuelvo á decir que en el pasaje copiado, que es como el último cañonazo de la batería del Sr. Barrantes, La Luz no hablaba del orden político, sino del científico ; y casi inmediatamente antes se lee :

« .... Las caídas de los hombres grandes son como otras tantas valizas, que nos enseñan los escollos que abriga el mar de las ciencias.

» .... El hombre que no sea capaz de formar su ciencia por sí mismo, esto es, de darse una cuenta exacta de sus conocimientos, no puede progresar en su estudio.

» Este es el sentido en que debe tomarse la duda cartesiana : que cada hombre levante de nuevo el edificio de su ciencia.

» Nada robustece tanto el entendimiento como la costumbre de no admitir más que lo demostrado.»

Ahora entran las líneas que han escandalizado al señor Barrantes, y con estos antecedentes se ve claro el verdadero espíritu de ellas. Y todavía lo podemos fijar más en relieve con estos otros pensamientos de La Luz :

«Cuanto sabemos mana de cuatro fuentes : el sentido interno , los sentidos externos, el raciocinio y la autoridad.

»Hasta en el (criterio) llamado de autoridad reluce el ejercicio de la razón.

»Es ley de la razón someter á su examen cuantas cuestiones se le presenten , aun cuando toque su impotencia para resolverlas.

».... Es muy doloroso al amor propio de los hombres , aun habiendo juzgado por deslumbramiento, lo que en todo caso los disculparía , confesar que se equivocaron , y que otro hombre ha sido parte á sacarlos de su equivocación.

»Pero reflexionen que esta es la historia del linaje humano : siempre ha habido una voz fuerte entre los hombres , que se haya levantado para hacerlos marchar por donde no iban y debieran ir.

»Formar al hombre con cuantas menos prevenciones sean posibles , es la grande obra de la filosofía.

»El espíritu de nuestra enseñanza ha sido hasta ahora hacernos sentir nuestra ignorancia , sin doblar la rodilla ante el ídolo de la autoridad : ved ahí los dos primeros pasos para bien saber.»

«.... Todavía hay quien nos diga que la *autoridad* es un *criterio* ó medio legítimo de juzgar, cuando sólo es uno de los medios de adquirir conocimientos exactos ó inexactos , siendo así que el criterio de *autoridad* es una forma del mismo criterio de *razón y experiencia*.»

¿Ve bien el Sr. Barrantes que no hay en las líneas que copió excitación alguna á sublevarse contra España? Todo eso es de sentido común, filosofía sana ; es, puede decirse, la atmósfera de la ciencia, porque sin pensar así no puede progresar el espíritu humano. Todo lo que La Luz quería era que no se hiciese de la autoridad un ídolo ; pero no le negaba el lugar que legítimamente le corresponde en la adquisición de los conocimientos humanos. Si hay en el mundo un gobierno que se considere amenazado porque se enseñen esas cosas , entonces la culpa no es de la enseñanza , sino del gobierno , que anda por sendas anticientíficas. ¿En qué conspiración entro yo por ponerme

á explicar que un triángulo tiene tres ángulos? Al orden no me llamará por eso sino el que enseñe que los ángulos del triángulo son diez, y, en tal caso, él es quien se debe enmendar.

Que La Luz fuera partidario de la independencia de Cuba, puede ser; pero en sus colegios no hizo propaganda de tal sentimiento, ni los suspicaces gobiernos de la Isla se lo hubieran tolerado. Lo que sí inculcó él fué la pasión por la verdad y la justicia, el amor entre los hombres como el Evangelio lo aconseja, y nada de esto debiera parecer malo al Sr. Barrantes. El 20 de Noviembre de 1877 publicó en *El Universal* de Madrid D. José María Prellezo un artículo, mal escrito, y cuyas apreciaciones no acepto de todo en todo, pero que por su procedencia debe de ser de mucha fuerza para el Sr. Barrantes, y en él se lee:

«El autor de estas líneas fué profesor en el establecimiento (de La Luz) desde los diez y siete hasta los veintitrés años de edad, y no tiene reparo en declarar que no se hizo allí propaganda política.....»

No me quiero extender en relatar los otros merecimientos de La Luz, para refutar la desalumbrada especie de que era un simple pedagogo; me limitaré á recomendar la lectura de la citada obra del Sr. Rodríguez, y las *Conferencias filosóficas* del Sr. D. Enrique J. Varona.

## V.

### CONCLUSIÓN : SORPRESA Y ESPERANZAS.

Hasta aquí tenía escrito á fines de Febrero, cuando una desgracia doméstica me obligó á suspender este tra-

bajo, que por tal razón está ya á punto de perder su oportunidad : pero esta interrupción ha dado tiempo para que llegue á mis manos la entrega de Enero de LA ESPAÑA MODERNA, en cuya pág. 187 leo estas nobles palabras del Sr. Barrantes, dirigidas á un Sr. Blumentritt :

« ¡ Que al pensar y al obrar así olvido lo pasado, y perdono á los americanos el haber sido filibusteros ! Pues, ¿ quién lo duda ? Y hasta hago coro á las maldiciones con que recuerdan á algunos de los gobernantes que les enviamos, que el historiador crítico ha de poner la verdad y la justicia sobre los intereses de la misma patria.

.....

» La independencia de las colonias, cuando tienen elementos de vida propia y no han de desafinar en el concierto de la civilización deshonorando á la metrópoli que las ha creado, es para mí un hecho ineluctable, que no aplaudo por lo que afecta á los intereses de mi patria, pero que acepto como filósofo, considerando que las naciones son en puridad como familias donde los mayores de edad deben fundar casa. Ley de naturaleza, que siempre se cumple y que forma parte del plan divino, me inspira tan profundo respeto, que si en las circunstancias actuales tuviera alguna participación en el gobierno de mi país, le aconsejaría pensar seriamente en la situación que nos ha creado el establecimiento de la república en el Brasil, acontecimiento que influirá seguramente en los destinos de Cuba y Puerto Rico, á cuya contingencia debemos anticiparnos.»

Después menciona el Sr. Barrantes mi *Carta al Sr. Valera*, y dice que á su tendencia política se inclina bastante.

Mi sorpresa no ha podido ser mayor ni más agradable ; y con la misma franqueza con que he combatido algunos conceptos del redactor de la *Sección Hispano-Ultramarina*, declaro ahora que en este nuevo terreno, que es el de la justicia, el de la elevación de alma, el de la grandeza de corazón, sí podremos entendernos todos, y sí podrá verificarse la reparación de nuestros agravios y la reconciliación sincera de los espíritus. Cuando pido á

los españoles que se hagan amar en Cuba, no ejecuto obra de filibustero, sino de patriotismo y de humanidad; pero no me toca á mí hacer propaganda de lo que conviene á los intereses metropolitanos, porque mi acento parecería sospechoso. En mi *Carta al Sr. Valera* pedí la autonomía para Cuba; si el Sr. Barrantes no dista mucho de aceptarla, procure convencer á sus compatriotas con su autorizada voz; ello puede tardar en conseguirse, pero allá llegaremos, ya que hasta el Sr. Cánovas del Castillo ha manifestado que la autonomía es la solución del porvenir; pero, á lo menos, siempre quedará al Sr. Barrantes la satisfacción de haber puesto su talento al servicio de una causa justísima, de merecer la gratitud de un pueblo que no es refractario á ningún sentimiento generoso, y de haber contribuido á atraer simpatía y respeto en América hacia el asendereado nombre español.

RAFAEL M. MERCHÁN.

BOGOTÁ, Marzo 19 1890.

## LA CUESTIÓN SOCIAL

---

**N**o llevan razón, ciertamente, los que suponen que la cuestión social, aun tratándose de aplicarla al mejoramiento de las clases trabajadoras, es una cuestión nueva, uno de esos asuntos de moda, y que á esto y no á otra cosa es á lo que obedece la manifestación celebrada el día 1.º de Mayo; así como tampoco puede admitírseles que este acontecimiento pueda haber sorprendido á nadie que algo se preocupe de cuanto pasa en su rededor. La cuestión social es la cuestión eterna en la humanidad; es ni más ni menos que la aspiración constante del hombre por recuperar el paraíso terrenal, de que, según los textos sagrados, fueron arrojados nuestros primeros padres, por haber desobedecido el mandato de Dios; es, en fin, el deseo constante del hombre á la perfectibilidad, el progreso indefinido, tras del que camina la familia humana; por eso precisamente es esta cuestión la aspiración permanente del hombre, y que, según nuestro juicio, durará tanto como éste dure sobre la haz de la tierra; porque entendemos, que tras un deseo cumplido, tras una mejora alcanzada, han de

nacer otro nuevo deseo, otra nueva aspiración, sucediéndose hasta el infinito.

Para persuadirse de cuánta verdad encierran las afirmaciones que dejamos hechas, no hay más que hojear la historia y ver que dondequiera que una agrupación de hombres se ha formado, allí ha nacido inmediatamente la cuestión social, y ha producido perturbaciones y derramamientos de sangre; porque al par que esta agrupación se formaba, nacían con ella las diferencias sociales, la separación de los hombres en clases, el privilegio, en fin; y sabido es que éste no ha sido consentido nunca de buen grado, sino que ha sido sostenido por la fuerza.

Si pretendiéramos hacer la historia del socialismo, cosa que no cabe dentro de los estrechos límites de un artículo, recordaríamos que todos los grandes movimientos precursores de las grandes mejoras y adelantos de la humanidad, han revestido un carácter eminentemente socialista. Jesucristo propagaba sus doctrinas entre los desheredados, y no solamente les predicaba la fraternidad y la igualdad, sino que ésta y aquélla la circunscribía á las clases desheredadas, cuando aseguraba que *antes pasaría un camello por el ojo de una aguja, que un rico entraría en el reino de su Padre*; ó, lo que es lo mismo, concitaba á los pobres contra los ricos; y si la Iglesia ha transigido después con ellos, es porque han consentido en hacerla partícipe de los privilegios que gozaban; pero, como antes decimos, nuestros propósitos no son hacer la historia del socialismo, sino ocuparnos de examinar su moderno carácter actual, por lo que sólo nos ocuparemos de las fases que ha presentado y presenta en la época presente, para lo cual hemos de tomarle desde la Revolución francesa.

No puede negarse á este movimiento un carácter emi-



nementemente socialista. Por virtud de él, obtuvo su emancipación la clase media, y la consiguió, viéndose forzada á cometer todos los horrores que en aquella época se cometieron. ¿Contra quiénes entabló la lucha? Contra los que estaban en posesión de los privilegios á que ella se creía con derecho; contra la aristocracia y contra lo teocracia, con las cuales transigió después que éstas consintieron, aunque *a fortiori*, en darle participación en el banquete de la vida; es decir: que se repitió ni más ni menos que la escena que había sucedido anteriormente entre la aristocracia y la Iglesia, pero con las diferencias esenciales del tiempo en que aquélla y ésta habían hecho su movimiento social-revolucionario, y, por consiguiente, las consecuencias que de cada uno de estos movimientos se desprendieron, habían también de estar en relación con la época en que tuvieron lugar y el medio ambiente en que se desarrollaron. Por eso el primero, que sólo ofrecía recompensas para la otra vida, la paz, la bienaventuranza eterna, en vez de exaltar las pasiones de los que le habían servido de auxiliares, las calmaba, y llevaba al ánimo de sus adeptos esa santa resignación, esa tolerancia con los males y las privaciones á que estaban sujetos en esta vida, dado que éstas y aquéllos no eran más que temporales, y como compensación habían de tener recompensa eterna.

Pero no eran las mismas las condiciones en que se efectuó el movimiento socialista que dió por resultado la emancipación de los segundos, y por lo tanto la clase media encontróse forzada de ofrecer á sus auxiliares algo que no fuera lo que ya tenían, y este algo no podía ser otra cosa que mejoras en su vida material; de aquí el nacimiento del programa de los derechos del hombre, de aquí el escribir ésta en su bandera las célebres pala-

bras de *Libertad*, *Igualdad* y *Fraternidad*, que, como expresión y sancionamiento de los derechos políticos, fueron acogidas por el pueblo como verdadera áncora de salvación, por lo cual se prestaron sumisos y hasta gozosos á secundar cuantas órdenes y disposiciones emanaron de los hombres en cuyo provecho se realizó aquel célebre movimiento social.

Para aquella y aun para la inmediata generación satisficieron por completo las ventajas políticas que aquel programa contenía; pero pronto las nuevas generaciones echaron de ver que con aquel movimiento la clase obrera, el proletariado, la nada había conseguido, continuando, por tanto, en la misma, si no en peor situación que la que antes tenía, puesto que, sin que los antiguos señores hubiesen perdido uno solo de sus privilegios, habíase aumentado con los recién llegados el número de los que los disfrutaban; por otra parte, la mayor instrucción que habían adquirido les hizo conocer de manera clara y evidente que el mundo se rige por el derecho de la fuerza, y que, siendo el número mayor el de los proletarios, podían en un día dado hacerse dueños de la situación y encaminar la marcha de ésta en provecho de sus intereses.

No ponemos en duda que estas ideas fueran embrionarias, pero es innegable que cruzaron por su imaginación; mas, ocupada ésta por los asuntos políticos, quedó adormecida, y prefirieron, por ser más tangible sin duda, atenerse á las ventajas que la política podía proporcionarles, por lo que, ateniéndose al principio que les integraba en su personalidad, pidieron lo que con este principio está en perfecta armonía. El derecho á la vida, y como consecuencia lógica, el derecho al trabajo, que es la forma que la cuestión social presenta en la revolución de 1848, está perfectamente justificado, como lo está

igualmente el sentido y las tendencias en que inspiraron sus obras Fourier y Proudhon. Conformes en que, tanto las ideas vertidas por el autor del *Falansterismo*, como las del de la *Propiedad*, tal como ellos las predicaron, son completamente irrealizables, como lo son igualmente las de Bastiat, pero no puede negarse que las unas y las otras son el nuncio que marca el camino de la obra emancipadora que ha de seguir las clases trabajadoras.

Por eso, al poco tiempo, aparecen sobre la candente arena de las discusiones sociales, Bakounine, de origen ruso, y hasta, según se ha asegurado, procedente de la más encumbrada aristocracia de aquel país, y el alemán Carl Marx que, apoderándose de la cuestión, encauzan el pensamiento y le dan forma más práctica y aceptable, y son, por fin, los apóstoles que predicán las ideas modernas, en las que van encarnadas las teorías que han de conducir al trabajador á la realización de sus aspiraciones.

No se concretan estos dos hombres á la propaganda teórica de sus ideas, sino que desde un principio las llevan á la práctica; por eso vemos que ya en la primera Exposición universal de Londres, aunque en reducido número, aparecen las sociedades obreras celebrando su primer congreso; ni se desaniman tampoco porque el carácter que toman las primeras asociaciones sea el de cooperativas; su fin constante es propalar la asociación de trabajadores, y para conseguirlo, no tienen reparo el patrocinar algunos errores, pues no otra cosa que un error craso es la cooperación para la producción, mirada bajo el punto de vista universal que abraza las ideas de estos dos hombres, que aspiran nada menos que á la emancipación del proletariado del universo.

La conducta seguida en la práctica responde perfectamente á las aspiraciones por ellos concebidas; por

:

eso, en la Exposición universal primera que se celebró en París, pudo reunirse el segundo Congreso obrero, con representación de sociedades alemanas, francesas, inglesas, italianas y suizas. Ciertamente que no había completa uniformidad de pensamiento entre todas estas sociedades, pero, á pesar de las diferencias que pudieran existir, ya en aquel congreso, se convino en algunos puntos de interés general y común para los obreros de todos los países, puede asegurarse que, si no formada la Sociedad Internacional de Trabajadores, pues sabido es que lo fué en Londres el 28 de Setiembre de 1864 quedaron asentados los primeros jalones que habían de servir para su constitución.

No es preciso que nos esforcemos mucho para poner de manifiesto que si en la Europa toda se hizo poco alto en este movimiento organizador del moderno socialismo, en España pasó completamente desapercibido, y hasta podemos asegurar que eran de muy corto número de personas conocidos los nombres de los iniciadores y directores de este movimiento, hasta que en nuestro país se efectuó la revolución de 1868, y con ella vino á la vida, ó, mejor dicho, entró España á formar parte en el movimiento socialista europeo, constituyéndose entre nosotros la Sociedad Internacional de Trabajadores, que ya estaba formada en el resto de Europa, menos en Portugal.

Sin duda, debido á nuestro carácter meridional, y como tal impresionable, ó tal vez quizá porque siendo los males que entre nosotros siente el trabajador idénticos á los que experimenta en el resto del mundo, y que por este motivo la tierra estaba en sazón para recibir la semilla, ó quizá por ambas cosas reunidas, lo cierto es, que las ideas traídas á España por el Sr. Fanelli, hijo político de Bakounin, si no estamos equivocados, fructificaron de una

manera tan sorprendente, que un año después de haberse formado el primer núcleo de la Internacional, esta asociación, representada por más de cien sociedades de diferentes artes y oficios, celebraba el primer Congreso obrero nacional en Barcelona, Congreso que se reunió en 30 de Junio de 1870, y cuyas sesiones duraron diez días, ratificándose en ellas los principios sustentados como generales por sus hermanos los del resto de Europa, y tomándose acuerdos locales ó nacionales tan acertados y conformes con las ideas socialistas, que aún todavía, á pesar de haber pasado veinte años después de la celebración de aquel Congreso, y habiendo tenido el gran impulso que las ideas socialistas han experimentado, continúan siendo la base, la norma á que ajustan su conducta las clases trabajadoras, y sin que, á pesar de los Congresos obreros que desde entonces se han celebrado, hayan sido aquellas doctrinas modificadas, aquellos acuerdos revocados.

Posteriormente, vino la division en cuanto al procedimiento, entre los mismos asociados, constituyendo los unos el partido anarquista y formando los otros el partido socialista obrero, poniéndose al frente de aquél Bakounin y al de éste Carl Marx, división mas aparente que real, por cuanto repetimos que las aspiraciones de los unos y de los otros son perfectamente iguales ; todos tienden á la emancipación, por más que son diferentes los caminos que siguen para obtenerla. Esta división efectuóse entre nuestros obreros de igual modo que en el resto de las naciones : los que opinaban que era preferible seguir las indicaciones de Carl Marx, publicaron un manifiesto-programa, con fecha 2 de Mayo de 1879, en el que resumen las *aspiraciones* del nuevo partido en los siguientes términos :

«ASPIRACIONES.—I.<sup>a</sup> *La posesión del poder político para la clase trabajadora.*

» 2.<sup>a</sup> *La transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo en propiedad común de la sociedad entera. Entendemos por instrumentos de trabajo la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital-moneda, etc., etc.*

» 3.<sup>a</sup> *La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica; el usufructo de los instrumentos del trabajo por las colectividades obreras, garantizando á todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza integral á los individuos de ambos sexos en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes.*

» En suma: el ideal del partido socialista es la *completa emancipación de la clase trabajadora*. Es decir: *la abolición de todas las clases sociales, y su conversión en una sola de trabajadores libres é iguales, honrados é inteligentes.*

» El partido socialista considera como medios inmediatos para realizar su aspiración los siguientes:

» LIBERTADES Y DERECHOS INDIVIDUALES.

» Derechos de asociación.—De reunión.—De petición.—De manifestación.—De coalición.—Libertad de la prensa.—Sufragio universal.—Seguridad individual.—Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Abolición de la pena de muerte.—Un solo código.—Justicia gratuita.—Jurado para toda clase de delitos.—Servicio militar obligatorio.—Milicia popular.

## »REFORMAS ADMINISTRATIVAS Y ECONÓMICAS.

»Reducción de las horas del trabajo.—Prohibición del trabajo de los niños en las condiciones que hoy se verifica.—Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres.—Leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores.—Creación de comisiones de vigilancia elegidas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.—Protección á las cajas de socorros, y pensiones á los inválidos del trabajo.—Reglamentación del trabajo de las prisiones.—Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza gratuita y laica.—Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio, y de todas aquellas que tiendan á lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Adquisición por el Estado de todos los medios de transporte y circulación, así como de las minas, bosques, etc., etc., y concesión del trabajo de estas propiedades á las asociaciones obreras constituidas ó que se constituyan al efecto.—Supresión del presupuesto del clero y confiscación de sus bienes.

»Y todas aquellas reformas que el partido socialista acuerde, según las necesidades de los tiempos.»

Por el contrario, los anarquistas, que también lanzaron su manifiesto á los vientos de la publicidad, el que sentimos no tener á la vista para extractar su contenido, como lo hemos hecho con el de los socialistas, entendieron que lo práctico, lo natural y lo lógico que el trabajador debía hacer para obtener la completa realización de sus aspiraciones, era emprender el camino más corto, la línea recta ; es decir : la revolución social, sin entrete-

nerse en otra cosa que en preparar la fuerza para realizarla, y, por lo tanto, no solamente debía apartarse de todo movimiento político, dado que todos los partidos y escuelas eran completamente contrarias á su aspiración, sino que, además, debía aprovechar cualesquiera movimiento que se efectuase para destruir todo lo existente, reconociendo como buenos para realizar estos propósitos cuantos medios tuviera á su alcance, y sobre las ruinas de esta sociedad constituir otra con la base de, al hombre, lo que produzca; á los niños, á los ancianos y á los inutilizados, lo que necesiten; siempre entendiéndose que se cuenta, tanto en la una como en la otra fracción, con la desaparición de las naciones actualmente constituidas, las que serán reemplazadas por asociaciones de artes y oficios.

Se ve, pues, como antes decíamos, que el punto objetivo de los trabajadores es uno mismo, y que sólo hay diferencia en los medios que creen más conducentes y á propósito para conseguir lo más pronto posible el fin que persiguen.

Preciso es, sin embargo, fijar la atención en la diferencia esencial que hay entre estos dos sistemas, puesto que por sí sola encierra puntos de extremada gravedad. Los unos optan por vivir la vida legal, podríamos llamar, la guerra pacífica, la evolución; al par que los otros optan por la guerra sin cuartel, por la lucha de exterminio. Los primeros son francos y sinceros, dicen dónde van, y declaran estar dispuestos á aprovecharse de todos cuantos medios legales encuentren á su alcance, y declaran asimismo que si éstos son de tal índole que les permitan recorrer el camino que piensan andar sin obstáculos que coarten su libertad, están dispuestos á hacerlo tranquila y pacíficamente. Transformarán la sociedad sin trastornos



y sin conmociones de ninguna clase, y, en vez del actual, plantearán un sistema de gobierno más en armonía con la justicia.

Por el contrario, los anarquistas empiezan por engañarse á sí propios; proclaman la desaparición de todo gobierno, por considerarle contrario y perjudicial á la libertad del hombre, y se organizan bajo el régimen federativo. Niegan intervención al Estado, y crean para su servicio particular un comité central, al que invisten de atribuciones relativamente omnímodas. Piden la abolición del capital, y fomentan entre sí las cajas de resistencia; es decir: practican la mayoría de los actos que abraza el programa del partido socialista obrero, pero incurren en el censurable error de no dar importancia á la forma de gobierno, menospreciando, por tanto, la mayor ó menor integridad de los derechos individuales y la mayor ó menor libertad en su ejercicio que distingue las unas de las otras; puntos que, según nuestro juicio, es donde estriba su error.

Parece, á primera vista, que estas diferencias nacidas al fraccionamiento del partido obrero, habían de ser un obstáculo que había de dar al traste con la idea que prosiguen, pero sin que neguemos por nuestra parte que esto, unido á la persecución de que han sido objeto los socialistas por los gobiernos de algunas naciones, pueda haber retardado algo el movimiento, lo indudable es que éste ha seguido su marcha progresiva; que han seguido celebrándose con toda regularidad los congresos universales de trabajadores; que sus órganos en la prensa han ido aumentando de año en año, y que de año en año también ha crecido el número de los asociados.

Mas lo que es digno de fijar la atención de todos es la constancia con que los de la una y la otra fracción han

concurrido á estos congresos, á sostener hasta con encarnizamiento su credo de procedimientos, sin que esto haya sido óbice para que todos estén de perfecto acuerdo en cuantas medidas de carácter general se han tomado.

Hay también otro punto que no debemos pasar desapercibido, y es el poco éxito alcanzado por la fracción que se separó del Congreso de Ginebra para formar la liga de la Paz, sociedad que, á pesar de haber tomado también carácter internacional, y haber constituido comités en todas las capitales de Europa, por lo menos, y haber celebrado varios congresos después de su constitución, y de contar en su seno los hombres más eminentes de todas las naciones, ha muerto por consunción, ó, por lo menos, nada hace que demuestre su existencia, prueba evidente de que nada representaba, pues es sabido que idea que encierra algún problema social de importancia no muere hasta que lo realiza.

## II.

Hechas las anteriores observaciones, entremos de lleno en la cuestión de actualidad, y empecemos por reconocer los grandes progresos realizados por el socialismo obrero.

Dos hechos trascendentales tenemos á la vista: el congreso obrero celebrado en París durante la Exposición universal del pasado año, y las elecciones verificadas últimamente en Alemania.

Por el primero vemos de una manera indudable los grados de perfeccionamiento á que ha llegado la organización de la clase trabajadora, y el aumento considera-

ble que ésta ha tenido en el número de sus afiliados, y la puntualidad con que éstos cumplen los acuerdos que en sus congresos se toman.

Cuando la prensa de todos los países dió la noticia de que el congreso obrero de París había acordado la celebración de una huelga general para el 1.º de Mayo de 1890, y que en esta huelga se pidiera la jornada de ocho horas, la mayoría de los que estas noticias leyeron se encogieron de hombros, creyendo cuando más que se trataba de una broma: ¿quién había de ser tan poderoso que hiciera moverse, como los fantoches de un teatro Guiñol, nada menos que á todos los obreros de Europa? Eso no podía pasar de un sueño irrealizable, y quien más aferrado estuvo á esta idea, y por tanto la miraron con mayor desdén, fueron los gobiernos; y, sin embargo, la huelga se ha efectuado, y la petición ha sido unánime é imponente, precisamente por el carácter pacífico que en ella ha dominado.

Cuando la prensa socialista de Alemania decía en sus columnas que la persecución de que su partido era objeto, en vez de mermar hacía crecer más y más el número de sus adeptos, y que esto lo demostrarían en las primeras elecciones generales para diputados que tuvieran lugar, todos pensaban que esto era una baladronada de los obreros, á los que se consideraban sujetos por la férrea mano del Canciller; y, sin embargo, los obreros alemanes han cumplido su palabra, y han sorprendido al mundo mandando treinta y cinco diputados al Parlamento.

¿Qué significación tienen estos dos actos? ¿Cuáles son las consecuencias que pueden tener, y la influencia que pueden ejercer sobre la organización actual de la sociedad?

No queremos ser pesimistas, y vamos á poner los he-

chos en el justo medio. Supongamos que la inmensa mayoría de los obreros que han asistido á la manifestación del 1.º de Mayo no están afiliados ni al partido socialista obrero, ni mucho menos al partido anarquista; concedamos más todavía, demos por hecho que esa inmensa mayoría desconoce las doctrinas socialistas; que si sabe por oídas que se trata de su emancipación, ignora por completo los medios que han de emplearse para conseguirlo, y aun después de haber hecho estas concesiones, se nos presenta á la vista un problema digno de ser estudiado con el mayor detenimiento, por encerrar su solución uno de esos acontecimientos que forman época en la historia.

Aun concediendo en los manifestantes las condiciones que dejamos dichas, cosas dudosas por cierto, dada la fidelidad con que han sido cumplidos en todas partes los acuerdos tomados en el congreso obrero de París, no puede negarse la trascendencia de los sucesos, y mucho menos si se atiende á los discursos pronunciados en todos los países durante la manifestación, que están por cierto en perfecto acuerdo con las doctrinas vertidas en aquel congreso. No venimos por el acto que hoy realizamos, han dicho los obreros, en la creencia que hemos de obtener lo que solicitamos, por cuanto, aunque todos los gobiernos estuviesen dispuestos á atender nuestras justas reclamaciones, se verían imposibilitados de hacerlo, porque el asentimiento á nuestra demanda, significaría tanto como reconocer la injusticia que preside en la actual organización social, y eso, no somos tan inocentes que pensemos esté dispuesto á hacerlo ningún gobierno. Sabemos de antemano que ninguna ventaja hemos de conseguir, que nuestro estado ha de continuar después de la manifestación tan precario como es antes de celebrarla; así, pues, lo único que nos proponemos es

demostrar ante la faz de mundo que somos los más y que tenemos una organización con la cual el día que entendamos es llegada la hora, cambiaremos por completo el orden de cosas establecido.

Nuestros propósitos hoy por hoy, han dicho, se concretan á demostrar que si no hemos llegado á la mayor edad, á la edad de podernos gobernar á nosotros mismos, estamos muy cercanos de ella, y la mejor prueba que de esto podemos dar á las clases privilegiadas es que, siendo los más y pudiendo imponer nuestro derecho por la fuerza, optamos por hacer una manifestación pacífica, y lo hacemos por mero amor á la humanidad, por espíritu de fraternidad. Si hoy provocásemos la lucha, con ella favoreceríamos los intereses de nuestros enemigos, y una vez más nos destrozaríamos proletarios contra proletarios, pues sabemos de sobra que la inmensa masa de hombres que forman los ejércitos son hijos del trabajo, infortunados como nosotros, que, debido á su ignorancia, sacrifican sus vidas por defender intereses que no son sus intereses, leyes que están hechas expresamente en su perjuicio, y como sabemos esto, preferimos el mal menor, que es continuar en el estado que nos encontramos por algún tiempo más, por el suficiente para llevar la instrucción y con ella el convencimiento al ánimo de todos nuestros hermanos, y cuando lo hayamos conseguido, entonces, y sólo entonces, será cuando haremos la revolución social, conformándonos mientras este día llega, con obtener el mayor número de ventajas que podamos, con ir estrechando el círculo de hierro en que hoy ya tenemos encerradas á las clases privilegiadas.

Y ya supondréis, siguen diciendo, que no es una mera utopía lo que decimos, y mucho menos una vana amenaza para que cedáis á nuestras pretensiones. Nos hemos

organizado y propagado nuestras ideas, á pesar de todas vuestras leyes coercitivas; hemos dado solución al arduo problema que vosotros no habéis podido resolver, puesto que, como véis, nosotros, haciendo desaparecer las fronteras, formamos una sola nacionalidad, y cuando esto hemos hecho en un período de tiempo relativamente corto y siendo una parte insignificante del número que suma la clase proletaria, los que en esta obra hemos tomado parte, figuraos lo que podemos hacer de hoy en adelante con las imponentes masas que ante vuestra vista hemos presentado el 1.º de Mayo.

Pero hay más que todo esto: hasta hoy, sólo contábamos y teníamos que atenernos á nuestros propios elementos; de hoy más, contamos con vuestro poderoso concurso, prestado inconscientemente, lo reconocemos, pero que no por tener este carácter ha de sernos menos provechoso.

Tenaz y constante ha sido la propaganda efectuada por los trabajadores, como queda demostrado en el transcurso de este artículo, pero aun así y todo, hay que reconocer que llevan sobrada razón al afirmar que aquélla no ha sido tan eficaz y valiosa como la que, desde que se efectuó la manifestación del 1.º de Mayo, vienen prestándoles sus enemigos. No hay un solo periódico en toda la Europa que no haya destinado un buen espacio en sus columnas á tratar las cuestiones obreras, y la inmensa mayoría de ellos han convenido en que las reclamaciones que estos hacen son justas, y deben, por lo tanto, ser atendidas. Los parlamentos, igual que los gobiernos de todas las naciones, siguiendo el camino señalado por la prensa, hánse ocupado y hasta preocupado de la cuestión social, reconociendo de igual modo que los trabajadores tienen la razón de su parte, y hoy no hay nación donde el

gobierno no trabaje con decidido empeño buscando medios para atender á aquellas reclamaciones.

Por ninguna parte se habla de otra cosa más que de la cuestión obrera; las discusiones son apasionadas por los que sostienen el pro y el contra, así como son unánimes los plácemes por la conducta, durante las huelgas de Mayo, observada por ellos, y esto precisamente hace más propaganda en favor de los intereses del trabajador, y propaganda mucho más eficaz y provechosa que toda la hecha por sus apóstoles durante tantos años; así, pues, hay forzosamente que reconocer que, no solamente saben lo que se dicen, sino que además obran más conscientemente que lo que pudiera presumirse.

### III.

Queda, pues, planteada la cuestión social de una manera clara y definida, desde que, mal que nos pese, la lucha no reviste ya el carácter de las antiguas luchas políticas, sino la guerra de clase, la lucha de pobres contra ricos, de desheredados contra privilegiados. Los trabajadores, persuadidos que los derechos políticos por sí solos no bastan para conseguir el mejoramiento de su condición actual; convencidos que las garantías que estos derechos les conceden no les reintegran en su personalidad, no les hacen iguales á los demás hombres; convencidos asimismo de que ellos, que son los que producen, los que gastan su vida en el trabajo diario, se encuentran llenos de privaciones, sumidos en la miseria, mientras que los que nada útil hacen disfrutan de toda clase de comodidades, declaran ante la faz del mundo que no están dis-

puestos á tolerar por más tiempo estado de cosas tan contrario á la razón y á la justicia.

Á los gobiernos, á la sociedad en general, corresponde encauzar el movimiento, ya que evitarlo es de todo punto imposible, y por consecuencia, de ellos depende que este revista el carácter de pacífica y ordenada evolución ó de violenta y sangrienta lucha; de que predominen las ideas del partido socialista obrero, ó, por el contrario, la de los anarquistas, cuya dirección, según dice el correspondiente que en Roma tiene un ilustrado periódico de esta corte, está encomendada á los Jesuítas, afirmación que entendemos carece por completo de fundamento, y que, por consiguiente, no puede concedérsele otro valor que el de un ardid encaminado á proporcionarse el auxilio de la clase trabajadora, para con su refuerzo poder inclinar en su favor la balanza de la victoria, en la lucha que la Compañía de Jesús y el clero tienen hace tiempo entablada, por obtener la supremacía en los asuntos del Vaticano.

BLAS COBEÑO.



## REVISTA ULTRAMARINA



*Costa-Rica , Nicaragua y Panamá en el siglo XVI , su historia y sus límites, documentos y notas , por D. Manuel María de Peralta.—Costa-Rica y Colombia de 1573 á 1881 , su jurisdicción y sus límites territoriales , por el mismo.—Dos volúmenes en 4.º*

**N**o sin razón ponderan los americanistas el eminente servicio que á la historia han hecho las contiendas de límites suscitadas entre los pueblos americanos al declararse independientes de España en el primer tercio de este siglo, porque poniendo á prueba el discurso de los Gobiernos y de los hombres más inteligentes de los respectivos Estados, á porfía han producido estudios, investigaciones y obras históricas con que hoy la verdad y la ciencia de los Tácitos y Livios inesperadamente se engalanan. Demás de esto, y perdónesenos tan ya enojosa insistencia en nuestro punto de vista patriótico, que nunca abjuraremos aunque nuestras revistas de LA ESPAÑA MODERNA carezcan de variedad y picante atractivo para los lectores vulgares; demás de esto, la necesidad de compulsar documentos y diplomas, esclarecer datos, puntualizar fechas y toda la balumba de operaciones materiales é intelectuales que la historia

de suyo pide, ha puesto á los hombres más eminentes de América en la necesidad de recurrir á las fuentes españolas, como cepa y madre común de sus jóvenes Repúblicas, á cuya aproximación y contacto han podido ver clarísimamente que no fué España para ellos en tiempo alguno tan madrastra y aborrecible como los escritores extranjeros en odio á nuestra grandeza se la pintaron, desvaneciéndose así muchas preocupaciones, extinguiéndose muchos resentimientos, y, lo que es más inapreciable todavía, aproximándonos así unos y otros á la posesión de la verdad y á formarnos cabal idea de nuestro valer respectivo y nuestros mutuos deberes para lo por venir. La ponderada intolerancia de nuestros Institutos religiosos, la supuesta tiranía de nuestros Monarcas, y toda aquella política que se creía exclusivamente fundada en el sórdido interés y en el fanatismo, se van viendo ya á otra luz, de la cual brota una filosofía serena y elevada más digna de pueblos en plena madurez.

Discutíase poco ha en un círculo de personas ilustradas este punto del renacimiento de la fraternidad hispano-americana, y como acontece en toda ocasión en que se discute sin plan preconcebido, ni otro amor ni interés que el de la verdad, lo contrario exactamente de lo que ocurre en los Parlamentos, donde vanidad y medro político son las principales fuentes de inspiración, á fin de acabar pronto y bien y claro, sintetizaba cada uno su pensamiento en la más breve forma posible y más comprensiva. Quién atribuía á tal ó cuál política, á tal ó cuál hombre de Estado el bonancible cariz que hoy presenta el horizonte hispano-americano; quién á tal ó cuál suceso de la historia contemporánea, quien, en fin, á lógicas evoluciones del espíritu de los pueblos amaestrados por la desgracia, cuyas veces hace la revolución en la

historia, pues no hay, en efecto, castigo que más enseñe, ni escarmiento que menos se olvide que las guerras civiles, y en ellas ha sido fecundísimo el siglo actual, principalmente para España y América; pero nosotros, sin negar á todos esos elementos su grandísima eficacia, sosteníamos que á los poetas y á los historiadores, así nacionales como extranjeros, se debe principalmente esa benéfica restauración, y que hayan perdido los sentimientos en que unos y otros nos inspirábamos aquella ferocidad y aquella irreconciliable intransigencia que tanta parte fueron en la destrucción de nuestro glorioso Imperio ultramarino. En Simancas y en el Archivo de Indias se han dado, en nuestro concepto, el ósculo de paz los dos hermanos á quien una política más desgraciada que mala había desunido; así como Quintana y Espronceda entre los muertos, Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor entre los poetas vivos, han hecho retoñar entre ellos la amorosa fraternidad.

Para un americano como Paz Soldán que en nuestros archivos aprenda á robustecer, y, por decirlo así, legalizar las preocupaciones contra España, hay ciento á quien se imponen de tal suerte la imparcialidad y la justicia, que está muy cerca de convertirse en verdadero amor á España la antigua repulsión que antes sentían. Merece entre éstos un lugar muy prominente el señor D. Manuel María de Peralta, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Costa-Rica y del Salvador en esta corte, y por añadidura correspondiente de nuestras reales Academias Española y de la Historia, títulos que en manera alguna debemos omitir, por lo mucho que han contribuido ambas corporaciones, en particular la primera, con su ilustrada propaganda, á restaurar en América el patrio espíritu, como lo prueba el hecho de ante-

:

poner hoy los escritores americanos, incluso el que en esta ocasión nos ocupa, su título de correspondiente á todos los demás que gozan de aquí y de allá. Y cuenta que el Sr. Peralta nos tiene pocos, ni de escaso valer y resonancia. El cual ha completado el encargo que le confi6 su país hace dos lustros, y que ya le inspirara en 1883 su excelente libro *Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI, según los documentos del Archivo de Indias de Sevilla, del de Simancas, etc.*, con otro, impreso también gallardamente en Madrid por Manuel Ginés Hernández más recientemente, y que lleva por título *Costa-Rica y Colombia de 1573 á 1881, su jurisdicción y sus límites territoriales, según los documentos inéditos del Archivo de Indias de Sevilla y otras autoridades, recogidos y publicados con notas y aclaraciones históricas y geográficas.*

Aunque ambos libros obedecen á un mismo plan, que es hacer frente á la cuestión de límites á Costa-Rica suscitada por los Estados Unidos de Colombia y por el de Nicaragua, cuestión que, en último término, fué sometida al arbitraje de nuestro malogrado Don Alfonso XII, ofrece el primero tan alto interés histórico que, á pesar de la fecha de su publicación, un tanto remota, ha de ocupar hoy nuestra atención preferentemente, máxime siendo este estudio necesario para apreciar la valía del segundo volumen y de la riquísima colección de documentos, tan útil á España como á la Historia Universal, que forman el tejido de uno y otro.

La introducción que al primero puso el Sr. Peralta es un clarísimo resumen del objeto de ambos, y en ella se inspiró el difunto Sr. Ruiz Gómez, en Noviembre de 1883, para expedir el día 22 el notabilísimo decreto que preparaba el arbitraje de Don Alfonso.

Éste, con S. M. el Rey de los belgas, habían sido, al efecto, designados por el artículo 5.º de la Convención, hecha en San José por los representantes de Costa-Rica y Colombia en 25 de Diciembre de 1880, documento notable de fraternidad y prudencia que honra á la civilización americana, cuyo artículo 7.º establecía prácticamente el nuevo derecho internacional que las naciones de Europa inculcan y predicán; pero en el fondo no lo profesan. Helo aquí:

«Si desgraciadamente ninguno de los árbitros nombrados pudiese prestar á las altas partes contratantes el eminente servicio de admitir el cometido, ellas, de común acuerdo, harán nuevos nombramientos, y así sucesivamente hasta que alguno tenga efecto, porque está convenido, y aquí formalmente se estipula, que la cuestión de límites y la designación de una línea divisoria entre los territorios limítrofes de Costa-Rica y Colombia *jamás se decidan por otro medio que el civilizado y humanitario del arbitraje*, conservándose entretanto *el statu quo* convenido.»

Renunciada la elección por S. M. belga y por nuestro Soberano, con mil amores aceptada, la muerte se interpuso en su camino, suscitando una duda interesante de derecho político, que los Estados pleitistas resolvieron en un anexo al tratado de 1880, declarando que no entendían haber elegido por árbitro á Don Alfonso de Borbón, sino á S. M. el Rey de España, por cuya declaración ha recaído el honroso encargo en S. M. Don Alfonso XIII, y en su nombre, y durante su minoría, en la Reina gobernadora. De aquí la intervención del ministerio español en el asunto, y los trámites administrativos que está corriendo, cuya lentitud censuran muchos y nosotros nos limitamos á indicar.

Después de una ligera descripción de la América Central «puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo», traza el Sr. Peralta este cuadro, en que llama agradablemente la atención la justicia que á nuestros pasados Reyes se hace, más lisonjera y significativa para nosotros que la que tributa en el otro libro á Don Alfonso XII y pudiera parecer interesada (1).

«Su ístmica estructura, que se acentúa más y más á medida que se desciende hacia el Sudeste, termina en Panamá y el Darién, donde se estrecha tanto, que forma el bien conocido istmo de Panamá, destinado á realizar, gracias á la perseverante energía de un hombre de genio y de un siglo audaz, el sueño de su descubridor que en vano buscó aquí el Estrecho, aunque llegó á la boca del río Chagres, que será la del futuro canal. Mr. de Lesseps completará, pues, la obra de Colón.

«Los países del istmo son por excelencia Panamá, Costa-Rica y Nicaragua. Aquí no uno, sino muchos istmos han sugerido á los españoles proyectos de canalización desde los primeros años del descubrimiento (2).

(1) Aunque el libro de *Costa-Rica y Colombia* lleva la fecha de 1886, indudablemente se escribió é imprimió antes de morir S. M. el Rey, á fines del mes penúltimo de 1885.

(2) Sobre este interesantísimo asunto, que tanto afecta á nuestro patriotismo como enaltece la previsión é inteligencia de nuestros mayores, ha escrito D. Marcos Jiménez de la Espada una luminosa Memoria que lleva por título: *Noticias viejas acerca del Canal de Panamá*. También D. Justo Zaragoza, en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, publicó en 1881 una serie de artículos importantes enumerando los *Canales interoceanicos* que han imaginado los españoles antes que Mr. de Lesseps. Los posteriores al siglo xvii han sido á su vez analizados por el vizconde H. de Bizemont en su opúsculo, *L'Amérique centrale et le canal de Panamá*.

El de más actualidad, como ahora se dice, es el trabajo del Sr. Espada, que, dando por fracasado el proyecto del *Gran Francés*, cree abandonado ó poco menos el canal de Panamá, sustituyéndole el de Nicaragua, predilecto de los españoles y objeto de afanes tales por nuestra

»Los primeros exploradores de Nicaragua creyeron que  
»entre el mar del Sur, el golfo de Nicoya y el lago de  
»Nicaragua se hallaba un estrecho que llamaron el *Es-*  
»*trecho dudoso*, denominación que desapareció tan pron-  
»to como los oficiales de Pedrarias Dávila se convencie-  
»ron de que entre el lago y el Océano Pacífico no había  
»tal pasaje, y que la *Mar dulce* de Gil González Dávila  
»no era sino mediterránea, aunque se vaciaba en el At-  
»lántico por *el Desaguadero*, ó río de San Juan de Nica-  
»ragua. Las ventajas del clima, del suelo fértil y llano,  
»de la población numerosa y sumisa y de la gran proxi-  
»midad del mar y del lago, movieron á los primeros con-  
»quistadores de Nicaragua, que también lo fueron de  
»Panamá, á suplicar á Carlos V que se abandonase el  
»tránsito de Nombre de Dios á Panamá, que calificaban  
»de *sepultura de vivos*, por el de Nicaragua; mas estos  
»deseos, periódicamente reproducidos, no se realizaron  
»jamás, á pesar de que los reyes de España, y en par-  
»ticular el solícito Felipe II, dieron más de una vez la  
»orden de explorar aquel país, con el objeto de hallar una  
»fácil comunicación terrestre ó marítima. La mayor es-  
»trechez del istmo de Panamá impuso la preferencia que

parte, que ellos solos bastan á enaltecer nuestra dominación en América sin que nadie nos dispute el cetro de la civilización latina. A este fin enumera y analiza los proyectos ó indicaciones hechas á los reyes de España y Consejo de Indias por Gil González Dávila en 1522, Diego López de Salcedo en 1527, Gaspar de Espinosa en 1533, Rodrigo de Contreras en 1536, Martín de Esquivel en 1544, el obispo de Nicaragua en el año siguiente, el licenciado Velázquez Ramírez en 1597, el de Diego de Mercado, que es ya un proyecto en regla y con carácter bastante científico, y, finalmente, otro de la misma ó mayor importancia ideado por un aventurero extremeño, de peregrina historia en Indias, D. Pedro Mexía de Ovando, proyecto que yace oculto en un abultado manuscrito cuyo que existe en nuestra Biblioteca Nacional con el título de *Memorial práctico de las cosas memorables que los Reyes de España y Consejo Supremo y Real de Indias han proveído para el gobierno político del Nuevo Mundo*. Como se ve, nuestros descubridores no iban sólo á las Indias sedientos de oro, sino de progreso y civilización.

»se dió á éste, corroborada al cabo de trescientos sesenta años por la elección que de él se ha hecho para la excavación del canal interoceánico.»

Agregaremos de pasada á este párrafo, y como única y breve síntesis que el hallarse el asunto *sub judice* nos permite hacer de la cuestión de límites, este otro que en la introducción al libro de *Costa-Rica y Colombia* hace muestra de la claridad y gallardía con que expone el señor Peralta su tesis fundamental:

«Aunque la cuestión de límites entre Costa-Rica y Colombia es el asunto principal de este libro, los documentos que ahora se publican no se refieren exclusivamente á ella; sirven también para elucidar la cuestión de la misma índole con Nicaragua, y contribuyen al conocimiento de la historia general del país, y en particular de las numerosas tentativas de colonización por los gobernadores de Costa-Rica en los territorios de Talamanca y Boruca durante los dos últimos siglos. Eliminadas las pretensiones de Colombia á la costa de Mosquitos, por carecer absolutamente de fundamento legal, estos territorios de Talamanca y Boruca, de que forman parte la bahía del Almirante, la laguna de Chiriqui, el golfo Dulce y la comarca intermedia invadida por Colombia, son el verdadero objeto de la cuestión de límite, y sobre la posesión y señorío de parte de ellos versará la decisión arbitral á que está sometida.»

La primera que dilucida el Sr. Peralta en el otro libro, se refiere á una región que ya produjo contiendas entre los primeros pobladores, pues mientras Pedrarias Dávila pretendía extender su dominación hasta las playas de Guaymura y el puerto de Trujillo, López de Salcedo se creyó con derecho á la gobernación de Nicaragua, cuestiones que con más ó menos analogía se repro-



dujeron [entre el mismo Pedrarias y sus gobernadores colindantes Pedro de Alvarado y Pedro de los Ríos, decidiéndose por cédula de 6 de Setiembre de 1521, en términos doblemente confusos hoy por las mudanzas que la nomenclatura geográfica ha sufrido. Baste decir que, según la demarcación hecha por Pedrarias Dávila, y confirmada por cédula de 1529, aunque la cree el Sr. Peralta errónea y exagerada, Nicaragua, si se extendió por el Sur hasta el golfo de Fonseca, fué por las costas septentrionales mermada en tiempo de Carlos V, que las adjudicó á la gobernación de Honduras y al señorío nuevamente creado de Veragua, no teniendo, por consiguiente, Nicaragua « salida propia al mar del Norte, sino cuando se » descubrió la navegabilidad del Desaguadero en 1539, y » no ejerció jurisdicción sobre las costas septentrionales del » Desaguadero hasta el cabo de Gracias á Dios, sino pa- » sado el siglo XVI ». Esas costas son las llamadas de Mosquitos.

Demás de ofrecernos escaso interés el litigio territorial americano para la historia misma, lo perdería totalmente si fuese definitivo el fracaso de las obras del canal de Panamá, como creen muchos, fundados en razones que no se reducen todas á la oposición que le hacen algunas Repúblicas americanas inducidas por los Estados Unidos, sino que principalmente consisten en la calidad de la tierra en mucha parte, *sepultura de vivos*, según decían nuestros pasados, que es dificultad fundamental, engendradora y madre de otras muchas, y hace muy aventurado para el capital y la especulación lo que la ciencia del ingeniero cree asequible, y fecundo en ganancias fabulosas la mente del arbitrista. Cuando en el banquete inaugural de las obras se vió á Mr. de Lesseps, hombre de salud robusta, pero tan anciano que en las tablas de

probabilidad tiene contados sus días, asegurar brindando la copa á una hija suya allí presente, niña de escasos dos lustros, que en semejante día del año 1892, aquella misma niña, ya mujer, abriría las esclusas del canal que ha de unir las aguas del golfo de Panamá con las del mar Caribe, los hombres que miran al cielo y dan á la Providencia su parte imprescindible en todas las cosas humanas, miraron á su vez á aquel viejo y á aquella niña, dudando ya de que sean ellos los que presencién el primer beso de los dos mares, si llegan á dárselo, que también les pareció desde entonces muy dudoso por tales vías. Parece extraño que un francés que cree á puño cerrado, como el antiguo cónsul de Barcelona, en la fatalidad del martes y del número 13, no considerara que todos los planos de la ingeniería y las más sabias combinaciones del capitalismo financiero pueden, como nube de verano, desvanecerse por amanecer un aciago martes ó coincidir en conjunción fatal trece malévolas circunstancias de Bolsa y agiotaje, que es en puridad lo que ha sucedido. Hasta los idólatras de los bosques más selváticos se encomiendan á sus ídolos cuando van á acometer una difícil empresa, y el anciano ingeniero francés, ni para su cabeza ni para la de su hija pedía la bendición á deidad alguna. Quien tal hizo que tal pague.

No obraba así, por cierto, Gil González Dávila, primer personaje histórico que encabeza la interesante colección de documentos publicada por el Sr. Peralta, antes dando «lores á Nuestro Señor y su gloriosa Madre», á par que saludos y cortesías á la Cesárea majestad de Carlos V, noticiábale desde la Isla Española, en 6 de Marzo de 1524, la expedición interesantísima que por su mandado acababa de hacer á Nicaragua, documento de los más hermosos que forman el tejido de nuestra hermosísima

historia indiana. El Sr. Peralta puede estar satisfecho de haberlo desenterrado del archivo sevillano, no sólo porque es un verdadero padrón de la bravura, sufrimiento y elevada política de aquellos hombres de quien todos venimos, calificados por Gil González con un rasgo sublime de *gentecilla*, aunque en los ánimos más que gente, sino porque resume y sintetiza por admirable modo el espíritu de los primeros pobladores, tan ajustado á los sentimientos de la humanidad y á las leyes de Indias (que no son, en resumen, otra cosa que aquellos mismos sentimientos expresados por Isabel la Católica en sus conocidas cláusulas testamentarias, fuente admirable de derecho cristiano, por ningún país ni en tiempo alguno aventajada), que fué precisa toda la presión del protestantismo intolerante y del odio envidioso de los soberanos del Norte para convertir al gobierno de Felipe II, en lo que ellos mismos llamaron azote del Mediodía con exageración notoria. Véanse á este respecto los siguientes párrafos de la carta de relación de Gil González:

«....dexo tornados christianos xxxii mill y tantas ánimas, así mesmo de su voluntad y pidiéndolo ellos, y quedan andadas por mar desde la dicha Panamá, de do partimos, DCL leguas al Poniente, y en este comedio quedan descubiertas por tierra, que yo anduve á pie, CXXIII leguas, en las cuales descubrí grandes pueblos y cosas.» Y más adelante repite esta idea en términos más categóricos y expresivos, con ocasión de su entrevista con el famoso cacique Nicaragua, que dió nombre después á aquel territorio: «....bino á querer ser christianos él y todos sus indios y mujeres, con que se baptizaron en un día 9,017 ánimas chicas y grandes, y con tanta voluntad y tanta atención, que digo verdad á vuestra majestad que vi llorar á algunos compañeros de devoción,

»y diciendo los primeros á ellos y á ellas aparte, como  
»Dios es testigo, que este Dios que hizo todas las cosas  
»*no quiere que nadie se torne cristiano contra su volun-*  
»*tad.*» Y todavía más adelante, cuando resume y enca-  
rece sus servicios, exclama vanaglorioso: «Á ningún  
»capitán de los que á estas partes han pasado no ha hecho  
»Dios tanto favor como á mí, lo cual todo creo ha manado  
»de la buena ventura de vuestra majestad, porque cinco  
»ó seys cosas señaladas que me han acaescido nunca nin-  
»guno gozó de ellas como yo; la primera que nunca nin-  
»guno descubrió tantas leguas á pie por tierra nueva como  
»yo y con tan poca gente; la segunda, que nunca ninguno  
»tornó tantos christianos, porque se bautizaron xxxii mill  
»y tantos *pidiéndolo ellos....*» Nunca omite esta circuns-  
tancia, tanto más singular y loable en aquellos tiempos,  
cuanto que distingue en los nuestros la tolerancia con  
el ajeno culto, con otra distinción no menos loable, á  
saber: que espontáneamente lo hacíamos nosotros por  
virtud y caridad, mientras los modernos lo hacen por  
miedo á los gobiernos protestantes, principalmente á  
Inglaterra y sus Sociedades bíblicas, y como predicado  
de la indiferencia religiosa.

Á este compás y tono trata Gil González las demás  
cuestiones de la colonización, que no hallarían tilde que  
ponerle los filántropos de nuestro tiempo, los cuales ven  
en todo español un monstruo de intolerancia, porque cie-  
rran los ojos á las verdaderas monstruosidades que en  
sus días se cometen por mucho menor pretexto que el re-  
ligioso, y la necesidad de la defensa que á nosotros se  
nos imponía, necesidad que es de ley natural, contra los  
indios y los filibusteros allá, contra los protestantes y los  
envidiosos en Europa. ¿Qué es lo que hoy distingue la  
política universal con los pueblos ultramarinos? Ya lo

estamos viendo. ¿Niéganse á comerciar, v. gr.?, pues lo han de hacer á la fuerza, y si no, se les bombardean sus ciudades, como aconteció á la China y al Japón, sin que se recuerde lo que ahora mismo está ocurriendo en Africa, porque casi todo nuestro artículo anterior estuvo consagrado á las fechorías de los civilizadores ingleses y alemanes. No nos cansaremos, pues, de protestar de las injustas acusaciones de intolerancia y barbarie que no se cansan á su vez de lanzarnos pueblos á toda luz más bárbaros é intolerantes que nosotros, y que han tardado tres largos siglos en adquirir un ligero barniz de cultura, tomado seguramente de los sobrantes y desperdicios que nosotros le dimos al mundo, pues se ve bien claro, que hombres como Gil González, que no pasaron de medianías entre nuestros conquistadores, estuvieron ya en el siglo xvi á la altura que hoy no alcanzan los Stanley ni los Emin Bey. Que no todos los nuestros fueron humanos, desinteresados ni prudentes, con decir que eran hombres está dicho; pues ¿en qué tiempo no ha corrompido la carne á la naturaleza? Pero no se nos dé á los malos por prototipo español, ni con sensiblerías inverosímiles que ningún pueblo ha tenido ni tiene (pues aun la individual del mismo P. Las Casas, que tantos disgustos y afrentas nos ha causado, ha de parecerle un mucho teatral y afectada á quien con atención la estudie), se pretenda seguir oscureciendo glorias que, no ya para una nación, para un mundo entero serían bastantes.

Tras este documento publica el Sr. Peralta otros, que si menos interés histórico, despertarán mayor curiosidad en los lectores. La erección del ducado de Veragua en 1534 se halla en este caso, así por la notoriedad de la familia de los Colones, á quien se favoreció con él, como por la que hoy goza de ministro de Fomento, el poseedor

de este título, que fué muy pronto, como es hoy, puramente nominal. Entre Panamá y Costa-Rica, en lo más estrecho del istmo, y tocando al golfo de aquel nombre, tenía Castilla del Oro un territorio extenso, mal reconocido y nunca poblado, que después tomó el nombre de provincia de Veragua. Extendíase primero desde la punta Caxinas, ó cabo de Honduras, hasta el golfo de Urabá, abarcando todas las costas descubiertas por Colón en su cuarto viaje. En 1534 la redujo Carlos V á menores límites, estipulando su población con Felipe Gutiérrez, de la cual todavía cercenó en 1537 un gran pedazo de veinticinco leguas para erigirlo en ducado á favor de D. Luis Colón, como transacción del pleito que desde 1508 seguía con la corona D. Diego Colón, hijo y heredero del Almirante. En su demarcación estaba comprendida la bahía de Cerabaro ó Zorobaró, hoy del Almirante, por haber fondeado en ella Colón, y una islita muy bella que se llama bahía del Almirante (1). La dificultad de explotar tan extenso territorio aconsejó á los Colones permutarlo por una renta perpetua de 11,000 ducados, que hoy lamentarán seguramente, máxime si el canal de Panamá arribara á su realización, cuando lean, por ejemplo, en este libro la notable *Relación de Nicaragua* que el licenciado Castañeda envió al Emperador en 30 de Marzo de 1529, donde vemos que «Castilla del Oro es muy rica, » porque tiene las minas e syerras cerca de Panamá». Tan

(1) El P. Sobreviela, misionero de Ocopa, en su *Descripción histórico-geográfica de la América Meridional*, publicada por el Sr. Peralta en el segundo de sus libros que venimos examinando, dice que Colón, al descubrir la actual ciudad de Santiago en 1503 «dió el nombre de *Verdes Aguas* al río llamado de Veragua por el color verde de sus ondas, de » donde se derivó el nombre de Veragua á toda la provincia».

D. Fernando Colón, en su *Vida del Almirante*, dice que el nombre *Veragua* ó *Beragua* era el que le daban los indios, etimología á toda luz inverosímil.

clara previsión de los futuros cambios del mundo hará sentir ciertamente á los Colones honda pena de aquel truco, que voluntariamente los desposeyó del riñón más rico de tal emporio.

La población de Panamá y su conquista da á conocer, en 1539, á un hombre interesante, que pasa por América como un relámpago. El obispo de Panamá, Fr. Tomás de Berlanga, á nombre de la virreina doña María de Toledo, madre tutora de D. Luis Colón, capituló dicha empresa con Hernán Sánchez de Badajoz, quizá paisano suyo, el cual estaba casado en Panamá con una hija del Dr. Robles, oidor de aquella Audiencia. Ni los documentos del Sr. Peralta, inagotables en noticias, ni la *Historia de Costa-Rica durante la dominación española*, por Don León Fernández, libro también excelentísimo, publicado en Madrid el año último, y en el cual nos ocuparemos oportunamente, nos explican el que parece extraño atrevimiento y aun delito de usurpación de atribuciones, cometido por el Oidor, contratando con su yerno la población y conquista del resto del territorio de Veragua. Verosímilmente el doctor sería el decano de la Audiencia, y haría veces en tal concepto del presidente gobernador. El Sr. Fernández, que escribe su historia á la manera filipina, guardando el orden cronológico por gobernadores ó capitanes generales, que es por cierto manera desairada y hace libros de insufrible monotonía, únicamente expresa que Robles «se creyó autorizado para »celebrar el asiento»; ni tampoco aclara el punto el capitán Alonso Cabero, en las quejas que dió contra el Dr. Robles por sus tiránicos procedimientos para favorecer á Hernán Sánchez en esta empresa. Ello fué que el Rey desaprobó lo hecho por el Oidor, y dando en 1540 nueva forma á la gobernación y régimen de la tierra, la llamó Nueva Car-

tago, que es en la «Costa-Rica, provincia riquísima», según la describe Jerónimo Benzoni en su *Historia del Mondo Nuovo* (Venetia, 1572); pero al propio tiempo, «terribilísimo país (que) de ningún modo se podía conquistar por estar lleno de asperísimos bosques y de crudelísimas montañas.... (donde), no solamente no se podía andar á caballo, sino que en muchos lugares aun los hombres con gran dificultad apenas podían andar á pie, y.... todos los capitanes que habían entrado en aquellos países, entre muertos de hambre é matados por los indios, habían perdido allí casi todos los españoles que llevaban.»

Peor le avino á Hernán Sánchez todavía, que sobre mirar desaprobada su empresa por la corte y puesto en su lugar Diego Gutiérrez, salió furioso contra él Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, pretendiendo caer dentro de su jurisdicción la Costa-Rica. Hernán Sánchez, que ya la iba señoreando y haciendo en ella poblaciones, entre ellas una ciudad de Badajoz, que duró poco, fué procesado y remitido á España cargado de grillos, donde por Mayo de 1541 ó 42, se hallaba en la cárcel de corte, clamando á los cielos y al Rey, que Rodrigo de Contreras le había «tomado todo el oro y plata, bienes y esclavos y caballos que tenía, que todo ello vale más de 15,000 castellanos.... quedándose con los dichos bienes....», que por supuesto el Rey mandó devolver, aunque no consta que fuese obedecido. Aquí se pierde el rastro de tal hombre, que probablemente murió en la cárcel, habiendo sido el primero que llevó la luz de la civilización á comarca tan selvática, y era de aquella hermosa cepa de los Sánchez de Badajoz, que produjo á García, uno de los poetas mayores de España.

De muchos de los restantes documentos que contiene



el libro del Sr. Peralta, podríamos sacar tan substanciosos y ejemplares capítulos como los que acaban de leerse, pues son todos ellos de gran valer, así para la geografía, como para la historia de la colonización, la cual anduvo tan trabajosa y lenta por aquellas partes, á causa de la fragosidad de las sierras (sin contar su insania), y lo indómito de las razas indígenas, que materialmente asistimos con este libro á una como elaboración geológica por capas y mantillos con sangre heroica amasados. Todavía en 1565 tenía indeterminadas las jurisdicciones y fronteras provinciales, según descubre la *Instrucción dada á Juan Vázquez de Coronado para el buen gobierno de Costa-Rica*, donde se lee, no sin extrañeza, que se había «tenido noticia que entre la dicha provincia de Nicaragua, »y la de Honduras y el Desaguadero de Nicaragua, á la »parte de las ciudades del Nombre de Dios y Panamá, »entre la mar del Sur y la del Norte, estaba la dicha provincia de Costa-Rica». Semejantes vicisitudes y alteraciones territoriales alcanzan su período máximo en el último de nuestra dominación, merced, primero, á la creación del virreynato de Nueva Granada, y luego á la Real orden de 30 de Noviembre de 1803, que segregó de la Audiencia de Guatemala las costas de Mosquitos, desde el cabo de Gracias á Dios hasta el río de Chagres, para agregarlos á aquel virreynato; disposición que aunque de carácter puramente militar, inspirada por la guerra con los ingleses que se habían apoderado de aquellas costas en 1782, si bien convinieron en abandonarlas por el tratado de Versalles del año siguiente, fueron causa del litigio actual, y de que reclame Colombia la costa de Mosquitos como de su dominio y propiedad, mientras pretende Nicaragua los territorios de Talamanca y Boruca. Puntos son todos estos que el libro del Sr. Peralta ilustra y es-

clarece con documentos de absoluta autenticidad, procedentes de nuestros Archivos, tan caudalosos como célebres en el mundo sabio, documentos compulsados y certificados por las autoridades para ello competentes, y aun con notas de su pluma que, si las más veces son aclaratorias de las cuestiones puramente geográficas, otras se refieren á los personajes y sucesos que van formando la escena de tan vasta é interesante acción; perfiles que á la real importancia del libro añaden quilates de agrado y aun deleite en su lectura.

El otro, que se refiere al pleito de Nicaragua, es aún mas perfecto en su forma externa, ya por haber adquirido el Sr. Peralta más práctica y estilo de moderno historiador, ya por tener la materia mejor conocida y seño-reada. Adórnalo con dos índices, uno geográfico y otro alfabético, tan notable el primero y erudito como útil el segundo, que si el libro de Colombia los tuviera iguales, facilitaría su manejo extraordinariamente, poniendo gran claridad allí donde produce alguna confusión, sin semejante buscapié y ayuda, la analogía de hechos y frases de que suelen abundar escritos que se refieren á un mismo asunto, de hombres por un mismo espíritu animados. Cierto que el índice geográfico del libro de Colombia es aplicable como ilustración y aun fuente de conocimiento al de Nicaragua y Panamá, con muy escasas variantes; pero no lo es como guía para ahorrar trabajo al lector, habiéndose podido, con muy poco, hacerlo extensivo á los dos libros, toda vez que ellos forman, por decirlo así, un solo cuerpo. Sin más que distinguir en el índice lo que se halla en el libro de Colombia de lo que al de Nicaragua se refiere, hubiera sido doblemente útil é interesante.

Citaremos, para concluir, entre los más curiosos ó útiles documentos que el Sr. Peralta ha incluido en él, la

*Relación de la descripción y calidades de la provincia de Costa-Rica*, enviada á Felipe III, por Fr. Agustín de Ceballos; la *Nueva descripción de Costa-Rica*, por fray Juan de Matamoros; los *Informes* de Fr. Francisco de San José sobre las reducciones de Talamanca y los indios chanquenes; el trazado del *Camino real de Panamá para Costa-Rica*, y otros muchos semejantes.

Brillan también ambos libros por la claridad y pureza del estilo, que carece de los americanismos y revesamientos de que suele abundar la literatura americana, quizá por el largo tiempo de residencia que lleva el Sr. Peralta entre nosotros, y por su asidua cooperación á los trabajos de nuestras primeras corporaciones literarias, donde es tan justamente apreciado. Apresurémonos á decir que este progreso en el estilo y en la pureza de la dicción, va siendo tan visible en los escritores americanos, que muchos de los nuestros tendrán que envidiarlos á la postre.

La república de Costa-Rica y el Salvador pueden felicitarse de la representación que tienen en Madrid, y que así da alta idea de sus políticos y funcionarios, como produce obras que así contribuyen al esplendor de nuestra historia y al esclarecimiento de cuestiones interesantes en que el voto del Sr. Peralta ha de pesar mucho. Cuando el Consejo de Estado informe al Gobierno y éste pronuncie su fallo arbitral, traeremos á la memoria de los lectores, si Dios nos lo permite alargándonos la vida, las tesis fundamentales que se deducen de los documentos por el Sr. Peralta publicados, que, hoy por prudencia y respeto á la cosa *sub judice*, sólo debemos indicar.

V. BARRANTES.

:



## EL VULGO



### SONETO.

*A un poeta del otro mundo.*

Existe, como Dios, en todas partes,  
Adulado del mismo á quien ofende;  
Juzga de todo aunque de nada entiende,  
Ciencia, virtud, progreso, industria y artes.

Por más que de su atmósfera te apartes,  
Te envolverá en su red si lo pretende;  
No aplaude al sabio, pero admite al duende;  
Niega la fe, pero le asusta el martes.

Rémora de la humana inteligencia,  
Cuando ídolos no forja, los desgasta,  
Ya por estupidez, ya por demencia;

Tuvo siglos atrás muy buena pasta;  
Hoy, uniendo la astucia á la violencia,  
Víbora muerde, y elefante aplasta.

MANUEL DEL PALACIO.



## Sección Extranjera.

### LA CENTENARIA

SALÍ esta mañana de mi casa á eso de las doce. Tenía yo bastante que hacer, y estaba algo retrasada en el trabajo. He aquí que á la puerta de una casa encuentro una mujer vieja, muy vieja, decrepita, que se apoya en un bastón. Adivinar su edad era de todo en todo imposible. Hallábase sentada cerca de la puerta cochera, en el banco del portero. Estaba descansando. Yo necesitaba entrar en otra casa que distaba pocos pasos de aquella. Entré efectivamente, y al salir, vuelvo á encontrar á mi vieja, sentada ahora en el banco del portero de esta casa. Me miró, le dirigí una sonrisa, y entré en una zapatería donde debía yo tomar calzado para mi hija. Cuatro ó cinco minutos después, en la explanada Newski, torno á ver á mi vieja á la puerta de una tercera casa y sentada esta vez, á falta de banco, en un guarda-cantón próximo á la puerta. Me detengo casi á pesar mío delante de ella, pensando: «¿Por qué se sentará así delante de todas las casas?»

—Anciana (le pregunté): ¿estás muy fatigada?

—Sí, fatigada, hija mía; fatigada siempre, y me he dicho: hace muy buen día, el sol resplandece; pues me voy á comer con mis nietos.

—Entonces, ¿vas á comer?

—Comer, hija mía, comer.

—Pero, á este paso, no llegarás muy lejos.

—Mucho que sí; descanso un poco, me levanto, doy algunos pasos; descanso otra vez, y vuelvo á empezar.

La contemplo. Paréceme muy singular; es una viejecita muy aseadita, con los vestidos algo usados. Parece pertenecer á una familia de menestrales bien acomodados. Su rostro está ya muy demacrado; la color amarillenta; los labios pálidos. Es una especie de momia. Pero esta momia se sonríe aún, y el sol brilla para ella lo mismo que para los seres vivientes.

—Debes de ser muy vieja,—le dije sonriéndome.

—Ciento cuatro años, hija mía; ciento cuatro años nada más. ¿Y adónde vas tú?

La vieja me miró y comenzó á reirse, probablemente regocijada por hablar. Pero me pareció muy extraño que una centenaria tuviera curiosidad de saber adónde iba yo, como si esto pudiese interesarla.

—Ancianita (le dije riéndome), vengo de la zapatería, de comprar zapatos para mi hija, y voy á casa á llevarlos.

—¡Qué pequeñitos son! ¿No ves? ¡Es muy chiquitita tu hija! ¿Tienes más niñas?

Y volvió á reirse, preguntándome con la mirada. Sus ojos están ya tristes y apagados, pero una especie de calor intenso los anima á las veces.

—Anciana, ¿quieres aceptar estos cinco céntimos? Comprarás un panecillo con ellos.



—¿El qué? ¿Cinco céntimos? Gracias, los tomo.

—Tómalos, que te los doy de muy buena gana y sin intención de ofenderte.

La viejecita los toma. Se ve perfectamente que no es una pordiosera; no se halla en estado de mendigar. Ha tomado el dinero de un modo muy digno, no como una limosna; antes por condescendencia, por ser amable, por bondad de alma. Y, no obstante, acaso esto la alegra. ¿Quién hablará nunca á la pobrecilla vieja? Y hoy no solamente le hablan, sino que alguien se interesa por ella y le manifiesta simpatías.

—Ea (le dije): adiós, viejecita; que llegues con felicidad y con salud.

—Sí, llegaré, hija mía, llegaré.... llegaré.... Y tú anda, anda; vete con tu nieta (olvidándose de que yo no tengo nietos, ó imaginando indudablemente que todas las mujeres son abuelas).

Me alejé, y volví muchas veces la cabeza para verla todavía; la viejecita se levanta muy lentamente, con bastante dificultad, y golpeando en el suelo con su bastoncito y arrastrando los pies, adelanta algunos pasos. Acaso necesitará descansar aún diez ó doce veces antes de llegar á la morada de los suyos, con quienes ha de comer hoy. ¿Adónde va? ¡Qué viejecilla tan extraña!

## II.

Esta mañana oí ese relato. Antes que relato, parece una sencilla impresión. Habíame yo olvidado por completo de esa impresión, cuando, muy entrada ya la noche, después de haber leído un artículo de revista, surgió en mi

espíritu el recuerdo de la viejecita; y sin saber por qué, he terminado en mi fantasía este boceto.

He visto á la centenaria llegar á casa de sus nietos á la hora de la comida, y esta llegada se ha desarrollado en un cuadro que se me antoja bastante real.

Los nietos, y acaso los biznietos de la anciana, aunque ella les llama «mis nietos», son trabajadores que viven en familia en un piso bajo, donde quizá tienen un establecimiento de peluquería. La viejecilla ha llegado á eso de las dos de la tarde. No la esperaban; pero la han recibido con alegría.

—¡Ah!: cáatala aquí también. ¡María Maximina! Entra, entra, y que seas bien venida, ¡sierva de Dios!

La anciana entra sonriéndose, y la campanilla de la puerta vibra por un buen rato, produciendo ruido agudo y sonoro. Su nieta, la mujer del peluquero, es muy joven, como lo es su marido, un hombre como de treinta y cinco años, y que, sin embargo de ejercer una profesión bastante ligera, es sujeto muy reposado. Su traje está grasiento como fruto de sartén, á consecuencia de la pomada: ¿qué puede decirse de esto? Nunca he visto á un peluquero limpio. El cuello de su levita parece mojado en aceite.

Tres muchachos—un briboncillo y dos briboncillas—rodean inmediatamente á la abuela. Por lo general, las viejas de edad tan avanzada simpatizan con los niños; los unos y las otras tienen un alma misma y se asemejan en todo.

La abuela se sienta. El amo tiene un huésped; un hombre como de cuarenta años, que ha ido á visitarle para hablar de negocios, y que se halla próximo á partir. El peluquero tiene allí también á su sobrino, el hijo de su hermana, mozo de unos diez y siete años y aprendiz de

tipógrafo. La viejecita bendice la mesa, y mirando al forastero, exclama :

—¡Ah! ¡qué cansada estoy! ¿Y quién es ese?

—Soy yo (responde el forastero sonriéndose). ¿Cómo, María Maximina, ya no se acuerda V. de mí? Hace dos años que fuimos juntos al bosque para recoger setas.

—¡Oh!; ya te conozco, truhán, ya te conozco. Lo recuerdo todo, pero no sé cómo te nombran. De todo lo demás sí recuerdo. ¡Qué cansada estoy!

—Pero, vamos á ver, María Maximina, respetable ancianita; ¿V. no crece ya?—dijo el forastero en son de broma.

—Vamos, vamos,—contestó la viejecilla riéndose.

La anciana está evidentemente contentísima.

—Yo soy un buen chico, María Maximina.

—Siempre es agradable hablar con un buen chico. ¡Ah! ¡Cómo me falta la respiración! Han comprado un abrigo nuevo á Seriogegna.

Al decir esto señala al sobrino del peluquero.

El sobrino, un mocetón vigoroso, muestra al reir toda su dentadura, y se aproxima á la abuela. Tiene el muchacho un sobretodo gris, completamente nuevo, que todavía no lleva con desahogo; esperemos una semana; por ahora el mozo no cesa de admirarse á sí mismo, y está absorto mirando su imagen que el espejo refleja, y cada uno de sus movimientos revela la gran estima en que se tiene á sí mismo.

—Anda, hombre; da la vuelta (*zumba* la mujer del peluquero). Mira, Maximina, mira lo que le han hecho. Esto vale seis rublos lo mismo que un céntimo. Más barato, nos han dicho en casa de Prokhoritch, resultaría mucho más caro; ya lo llorarían Vds. al cabo de ocho días. Pero esto es de lo que no se gasta. ¡Mira con cuidado

qué género!.... Da la vuelta, hombre. ¡Y cuidado si es doble el paño! ¡Qué dureza! Pero, hombre, vuélvete.... Y ahí tiene V. cómo se va el dinero. Nuestra bolsa se ha quedado enjuta...., pero, en fin....

—¡Ah, madrecita mía! ¡qué caro está ahora todo! Esto no tiene sentido común. Mejor haríais en no hablarme de esto; estas cosas me entristecen mucho,—continúa diciendo con sentimiento la abuelita, siempre fatigosa.

—Vamos, ya basta (dijo el amo). Es hora de comer. Estás muy cansada, María Maximina.

—¡Oh, hijo mío! ¡oh, sí; estoy cansada!.... Hace calor...., el sol brillaba y me he dicho: Vamos á verlos. ¿Por qué he de estar acostada siempre? ¡Oh!.... En el camino he encontrado una joven que compraba calzado para sus hijos, que me ha dicho: «¿Viejecita, estás cansada? He aquí cinco céntimos, compra un panecillo». Y yo, ¿sabes?, he tomado los cinco céntimos.

—Descansa un poco, abuela. ¿Por qué estás hoy tan fatigada?—preguntó el amo bastante alarmado.

Todos la miran. La viejecilla está extraordinariamente pálida; sus labios parecen blancos. También ella los mira á todos; pero sus ojos están apagados.

—Pues nada, que he tomado...., compraréis pasteles para los niños con los cinco céntimos.

La anciana se detiene otra vez, y otra vez se esfuerza para respirar. Todos callan durante cinco segundos.

—¿Qué tienes, abuelita?—pregunta el amo, inclinándose hacia ella.

Pero la abuelita no le contesta. Otro silencio de cinco segundos. La anciana palidece, y su rostro se altera cada vez más. Sus ojos quedan inmóviles. La sonrisa se hiela en sus labios. Mira, y se creería que no ve.

—Sería necesario buscar un médico,—dice de repente el forastero.

—Pero.... ¿para qué? ¿No es ya demasiado tarde?—dice el patrón.

—¡Abuelita! ¡Abuelita!—grita repentinamente conmovida la mujer del peluquero.

Pero la abuelita permanece inmóvil, su cabeza se inclina hacia un lado. En la mano derecha, que descansa sobre la mesa, tiene su moneda de cinco céntimos; la izquierda ha quedado sobre el hombro de Micha, su biznieto, un niño de seis años. El pobre está sin rebullirse, y con sus ojazos espantados contempla á su abuelita.

—Ha muerto,—dice solemnemente el amo, saludando y persignándose.

—¿Pero ven Vds. esto? Yo ya notaba que la pobre se inclinaba siempre,—dijo el forastero, todo turbado y mirando á los presentes.

—¡Ay, Dios mío! ¿Ve V. esto? ¿Qué hacemos ahora, Makaritch? Es necesario llevarla á su casa,—murmuró la hija, trémula y turbada.

—¿Dónde? ¿Á su casa? (dijo el amo). Quita allá, mujer. Ya nos arreglaremos aquí. ¿Es tu madre ó no? Es preciso que vayamos á prestar la declaración.

—¡Ciento cuatro años! ¡Oh! (dice el forastero, agitándose en su sitio y cada vez más enternecido.) Se le ha puesto encendido el rostro.

—La pobre vieja comenzaba á olvidar la vida,—dijo filosóficamente el amo, tomando su gorra y su gabán.

—No hace más que un momento que la pobrecilla vieja se reía aún. ¿Ven Vds.? Todavía tiene la moneda en la mano. ¡Para pasteles!, como decía la pobre. ¡Oh! ¡Lo que es la vida!

—Vamos ya, Pedro Stepanitch,—interrumpió el amo.

Y salió, acompañado por el forastero.

Una muerte así no es llorada. ¡Ciento cuatro años!  
«Muerte sin enfermedad y tranquila.»

El ama envía á buscar á sus vecinas para que la ayuden. Todas acuden inmediatamente; la noticia les causa menos tristeza que alegría; todas lanzan: ¡Oh! y ¡Ah! y ¡ayes!.... Los niños, asombrados, se esconden en un rincón, y desde lejos contemplan á la muerta. Nunca olvidará Micha, aunque viva mil años, que la abuelita se murió apoyando una mano en su hombro, y cuando, á su vez, él exhale el póstrer suspiro, nadie recordará que su abuela ha vivido ciento cuatro años. ¿Por qué y cómo? Nadie lo sabe. Y, por otra parte, ¿qué importa? Muchos millones de personas mueren así: viven sin que nadie lo eche de ver, y mueren lo mismo. Quizá únicamente en el supremo instante de la muerte de un centenario se experimenta una sensación de ternura, de paz, de solemnidad y de consuelo. ¡Cien años! Esta cifra aún produce en el hombre una impresión extraña.

¡Bendiga Dios la vida y la muerte de los hombres sencillos de buena voluntad!

TH. DOSTOIEVSKY.

## LA REPUTACIÓN Y EL PUNTO DE HONRA



**L**o que representamos, ó, de otro modo, nuestro valer propio en la ajena opinión, es generalmente, á consecuencia de una debilidad particular de nuestra naturaleza, demasiado estimado; si bien la reflexión más insignificante basta para convencernos de que esa opinión de los demás no tiene, en sí misma, importancia alguna para nuestra dicha. También cuesta mucho trabajo explicarse la gran satisfacción interna que todos experimentamos al observar algún indicio de la opinión favorable que de nosotros tienen los demás, ó cuando halagan nuestra vanidad, como quiera que sea. Á la manera misma que el gato manifiesta indefectiblemente su satisfacción cuando se le pasa la mano por el lomo, así en el rostro del hombre á quien se elogia veremos de seguro pintarse un dulce éxtasis, sobre todo si esos elogios penetran en el terreno de las vanidades del elogiado, y aunque sean de una falsedad evidente. Las muestras de aprobación de los demás consuélanle á menudo de alguna desgracia verdadera. Es asombroso, por el contrario, el ver cuán disgustado aparece siempre el hombre y cuán dolo-

rosamente afectado por una herida en su amor propio en cualquier sentido, en cualquier grado y en cualesquiera circunstancias que la reciba, por cualquier menosprecio, por cualquier duda, por la más ligera falta de atención. Esta propiedad, sirviendo de base al sentimiento del honor, puede ejercer influencia saludable en los buenos procederes de muchas personas, á modo de auxiliar de su moralidad; pero en lo que respecta á su influjo en la felicidad verdadera del hombre, y sobre todo en la tranquilidad y la independendencia del espíritu, condiciones ambas tan necesarias para la ventura, antes resulta perturbadora y perjudicial que favorable. Por esta razón es prudente, á nuestro parecer, limitarla y, por medio de juiciosas reflexiones y de una estimación justa de los bienes, moderar esa sensibilidad exquisita en lo que á la opinión ajena se refiere, tanto para el caso en que halaga, cuanto para los casos en que molesta, porque los dos tienen idéntico origen. De no hacerlo así, seremos esclavos de la opinión y del sentimiento ajenos.

Por consiguiente, una apreciación exacta del valer de lo que *uno es en sí mismo y por sí mismo*, comparado con el valer de lo que *es uno solamente á los ojos de los demás*, contribuirá mucho á nuestra dicha. El primer término de la comparación comprende todo lo que llena el tiempo de nuestra propia existencia, el contenido íntimo de ella, *porque el lugar* en que se halla la esfera de acción de todo esto es la propia conciencia del hombre. Y al revés: *el lugar* de lo que somos para *los otros* en la conciencia ajena, es la forma con que allí aparecemos, así como las que allí se refieren (1). Ahora bien: son co-

(1) Las clases elevadas, en su brillo, en su esplendor, en su fausto, en su ostentación y en sus magnificencias, pueden decirse: «Nuestra felicidad está, por completo, colocada fuera de nosotros; *su lugar* se halla en las cabezas de los demás». (N. del A.)



sas esas que, en puridad, no tienen verdadera existencia para nosotros; todo eso existe sólo indirectamente, esto es, en cuanto determina el comportamiento de los demás para con nosotros. Y esto mismo no se toma realmente en consideración sino en tanto cuanto influye sobre lo que podría modificar eso que *SOMOS EN Y POR NOSOTROS mismos*. Prescindiendo de esto, lo que sucede en una conciencia que no es la nuestra, es para nosotros del todo indiferente en este concepto; y de seguro llegaremos á esa indiferencia á medida que vayamos conociendo bien lo superficial y lo útil de los pensamientos, los estrechos límites de las ideas, la pequeñez de los sentimientos, lo absurdo de las opiniones y el considerable número de errores que se encuentran en la mayor parte de los cerebros; y también á proporción que la experiencia nos enseñe con cuánto desdén se habla, á las veces, de cada uno de nosotros cuando no se nos teme, ó cuando se cree que no hemos de saberlo; pero, sobre todo, cuando hayamos oído con qué menosprecio hablan media docena de imbéciles del hombre más distinguido. Entonces comprenderemos que el otorgar algún valor á las opiniones de los hombres es honrarlos con exceso.

De todas suertes, es reducirse á muy miserables recursos esto de no hallar la dicha en las dos clases de bienes de que ya hemos hablado, y haber de buscarla en esta tercera, es decir, en lo que somos, no en realidad, sino en la imaginación de otros. Por regla general, nuestra naturaleza animada es la base de nuestro ser, y, por consiguiente, lo es asimismo de nuestra felicidad. Lo indispensable para el bienestar es la salud primeramente, y después los medios necesarios para proveer á la subsistencia; y, por consiguiente, una vida libre de cuidados. Los honores, el lujo, la grandeza, la gloria, sea cual

fuere el valor que se les atribuya, no pueden competir con esos bienes esenciales ni reemplazarlos ; muy al contrario: si el caso llegara, no vacilaríamos un instante en cambiarlos por los otros. Será, pues, muy útil á nuestra felicidad conocer pronto un hecho sencillísimo ; es á saber : que cada uno vive, desde luego y efectivamente, dentro de su pellejo y no en la opinión de los otros, y que naturalmente nuestra condición real y personalísima tal cual la determinan la salud, el temperamento, las facultades intelectuales, la renta, la mujer, los hijos, la habitación, etc., es cien veces más importante para nuestra dicha que todo aquello que plazca á los demás hacer de nosotros. La ilusión contraria nos hace infelices. Exclamar con énfasis : «La honra vale más que la vida», es en realidad decir : «La salud y la vida no valen nada ; lo que piensan los demás de nosotros, eso es lo que importa». Esta frase puede ser considerada, á lo sumo, como una hipérbole, en cuyo fondo se encuentra esta verdad prosaica ; para mantenerse y medrar entre los hombres, EL HONOR, es decir, la opinión de los demás acerca de nosotros, es, por lo común, de una utilidad innegable ; más adelante volveré sobre este mismo tema. Por el contrario: cuando se ve cómo casi todo lo que los hombres persiguen durante su vida entera á costa de esfuerzos incesantes, de mil peligros y mil amarguras, tiene por fin último elevarlos en la opinión, porque no ya solamente los empleos, los títulos y las veneras, sino también las riquezas y hasta la misma ciencia (1) y las artes son buscadas, en el fondo principalmente, con ese solo propósito ; cuando se ve que el resultado definitivo para llegar al cual se trabaja es obtener de los otros

(1) *Scire tuum nihil est nisi te scire hoc, sciat alter.* (Nada es tu saber mientras otro no sepa que tú sabes aquello.) (N. del A.)

mayor respeto, todo esto, por desdicha, prueba únicamente lo grande de la locura humana.

Otorgar excesivo valer á la opinión ajena, es una superstición que domina universalmente; sea que tenga sus raíces en nuestra naturaleza misma, sea que haya seguido al nacimiento de la sociedad y de la civilización, lo cierto y verdad es que ejerce siempre sobre nuestra conducta una influencia desmesurada y enemiga de nuestra felicidad. Esta influencia puede ser perseguida por el filósofo, desde el punto en que se revela por un temor anhelante y servil al *¿qué dirán?*, hasta aquel otro en que hunde el puñal de Virginio en el seno de su hija, ó bien arrastra al hombre á sacrificar, en aras de la gloria póstuma, su tranquilidad, su fortuna, su salud, hasta su existencia. Cierto es que esta preocupación ofrece, al que está llamado á reinar sobre los hombres y en general á dirigirlos, un recurso muy cómodo: también el precepto de mantener vivo ó de estimular el sentimiento del honor ocupa lugar principalísimo en el arte de elevar al hombre; pero en lo que atañe á la felicidad propia del individuo, y esto es de lo que aquí tratamos, sucede muy de otra manera, y debemos, por el contrario, disuadirle de atribuirle importancia excesiva. Si, á pesar de todo, según nos enseña la experiencia, el hecho mismo se presenta diariamente; si lo que la mayoría de las personas estiman en más es la opinión de otros con respecto á ellas; si se cuidan más de esto que de lo que, *verificándose en su propia conciencia*, existe inmediatamente para ellas; si, por un trastorno del orden natural, consideran como la parte real de su existencia la opinión de los demás, y juzgan lo otro como parte ideal; si hacen de lo que es secundario y contingente el objeto principal, y si lo que valen y son en el cerebro de los otros les in-

:

teresa más que lo que son en sí mismos; esta apreciación directa de lo que directamente no existe para nadie, constituye una locura á la que se denomina *vanidad* (VANITAS), para indicar lo vacío y quimérico de esa tendencia.

El valor que á la opinión ajena concedemos, y nuestra preocupación constante acerca de ella, rebasan efectivamente los límites de lo razonable, en tales términos, que puede ser considerada esta preocupación como una especie de *manía* muy generalizada, mejor dicho, innata. En todo cuanto hacemos, y lo mismo en todo cuanto nos abstenemos de hacer, pensamos en la opinión de los demás antes que en ninguna otra cosa, y, si lo estudiamos con atención, veremos que en este cuidado tienen su origen la mitad de los tormentos y de las angustias que hemos experimentado en nuestra vida. Porque esta preocupación es la que encontramos en el fondo de nuestro amor propio, tan frecuentemente ofendido, porque suele ser suspicaz sin acierto; en el fondo de nuestras vanidades y nuestra presunción, así como en el fondo de nuestras suntuosidades y nuestras magnificencias. Sin esta preocupación, sin esta rabia, el lujo no sería la décima parte de lo que es. Sobre ella gravita todo nuestro orgullo, *punto de honra* y PUNTILLO, sea de la especie que fuere y pertenezca á cualesquiera órdenes; y, ¡qué de víctimas reclama muy á menudo! Revélase ya en el niño; aparece después en cada una de las edades de la existencia; pero cuando adquiere su mayor desarrollo es al llegar la edad avanzada, porque en aquel período, como hayan desaparecido las aptitudes para los goces sensuales, el orgullo y la vanidad sólo tienen que repartirse con la avaricia el dominio del alma. Este furor échase de ver más distintamente entre los franceses, en cuya patria reina endémi-

camente, y se manifiesta á menudo por la ambición más necia, por la vanidad nacional más ridícula y la fanfarronería más desvergonzada; pero su presunción se anula por esto mismo, porque la entrega á la mofa de los demás países y convierte en apodo el nombre de *grande nación*.

Para explicar más claramente todo lo que llevamos expuesto hasta aquí acerca de la insensatez de curarse con exceso de las opiniones ajenas, quiero aducir un ejemplo muy significativo de esta locura tan arraigada en la humana naturaleza; hállese favorecido este ejemplo por un efecto de luz resultante de la concurrencia de circunstancias propias y de un carácter peculiar; esto nos permitirá hacer un cálculo exacto de la fuerza que tiene ese extraño impulso de las acciones humanas. Es el párrafo siguiente de la relación circunstanciada publicada en el *Times* de 31 de Marzo de 1846, de la ejecución de un tal Tomás Wix; un obrero que, por venganza, había asesinado á su maestro: «En la mañana del día prefijado para la ejecución, el reverendo capellán de la cárcel estuvo constantemente á su lado. Pero Wix, aunque estaba muy tranquilo, no atendía á las exhortaciones del sacerdote; su preocupación única era el empeño de mostrar valor extremado en presencia de la muchedumbre que asistiría á su fin vergonzoso. Lo consiguió. Cuando hubo llegado al patio que debía atravesar para ir al patíbulo levantado cerca de la prisión, exclamó: «¡Ea,—como decía el doctor Dodd,—pronto voy á conocer el gran misterio!» Aunque llevaba atados los brazos, subió sin auxilio de nadie la escalera del cadalso; una vez arriba, saludó á los espectadores á derecha y á izquierda; la multitud allí reunida correspondió á estos saludos con formidables exclamaciones», etc., etc. Tener ante los ojos la muerte en su aspecto más aterrador, y detrás de la

muerte la eternidad, y pensar únicamente en elefeto que se producirá en la muchedumbre de mentecatos que han acudido á ese espectáculo, y en la opinión que se dejará en pos de sí en todas aquellas cabezas, ¿no es un ejemplar único de ambición peregrina? Lecomte, que en aquel mismo año fué guillotinado en París por tentativa de regicidio, deploraba principalmente, durante el curso de su proceso, el no poder presentarse decentemente vestido en la Cámara de los Pares, y aun en el momento mismo de la ejecución sentíase muy disgustado porque no se le había permitido antes afeitarse. Lo mismo sucedía antiguamente; así puede verse en la introducción que Mateo Alemán publica al frente de su celebrada novela *Guzmán de Alfarache*, donde cuenta el autor que muchos criminales extraviados roban al cuidado de la salvación de su alma las últimas horas, que á eso únicamente deberían ser consagradas, para concluir y aprenderse de memoria un discursillo que desean pronunciar desde el tablado de la horca.

En rasgos análogos podemos hallar todos nuestra propia imagen; pues está claro que estos ejemplos de gran bulto son siempre los que en todas materias proporcionan las explicaciones más evidentes. Para todos nosotros, por lo común, las preocupaciones, los sinsabores, los disgustos que gastan, las cóleras, las inquietudes, los esfuerzos, etc., etc., tienen por causa casi siempre la opinión de los demás, y son tan absurdas como las de esos desdichados á quienes hemos citado anteriormente. El odio y la envidia proceden igualmente, en la mayor parte de los casos, de la misma raíz.

Es evidente que nada contribuiría más á nuestra dicha, compuesta principalmente de tranquilidad de espíritu y de contentamiento, que limitar la fuerza de ese

móvil, que reducirla á un grado razonablemente justificado (á un dos por ciento, v. gr.), arrancando así de nuestras carnes esa espina que las destroza.

Pero la cosa es muy difícil. Nos encontramos aquí frente á una irregularidad natural é innata: *Etiam sapientibus cupido gloria novissima exuitur*, dice Tácito (*Hist.*, IV, 6): «El deseo de la gloria es también el último que abandona á los sabios». El medio único de sustraernos á esta locura universal sería reconocerla distintamente como tal locura, y para esto darnos cuenta exacta de cómo la inmensa mayoría de las opiniones son, en las cabezas de los hombres, falsas, equivocadas, erróneas y absurdas; cuán escasa influencia real y positiva ejerce sobre nosotros en la mayor parte de los casos y de las circunstancias la opinión de las gentes; cuán perversa es, por regla general, esa opinión, hasta el punto de que no exista nadie que no enfermase de ira al saber en qué tono se habla y qué cosas se dicen de él; cómo, por último, el honor mismo no tiene, en puridad, un valor inmediato, sino indirecto, etc. Si lográsemos rechazar esa general locura, ganaríamos muchísimo en tranquilidad de espíritu y en contentamiento, y adquiriríamos simultáneamente un aspecto más firme y más seguro, y maneras más desembarazadas y más naturales. La influencia benéfica de una vida retirada, en nuestra tranquilidad de alma y en nuestra satisfacción, proviene en mucha parte del hecho de sustraernos á la necesidad de vivir constantemente bajo las miradas de otros, y librarnos, por consiguiente, de la preocupación incesante de sus probables censuras; este es el primer efecto de volvernos á nosotros mismos. De este modo evitaríamos también muchas desgracias reales, cuya causa única es esa aspiración puramente ideal, ó, dicho con más exactitud, esa deplo-

rable locura; nos quedará también la facultad de prestar más cuidado á los verdaderos bienes, que podremos disfrutar entonces sin que nadie nos importune.

De la locura de nuestra naturaleza que acabamos de describir, brotan tres vástagos principales: la ambición, la vanidad y el orgullo. La diferencia entre estos dos últimos consiste en que el *orgullo* es el convencimiento ya firmemente arraigado de nuestro propio valer desde todos los puntos de vista; la *vanidad* es, por el contrario, el deseo de lograr que este convencimiento nazca en los otros, y, por regla general, con la secreta esperanza de llegar, como consecuencia, á apropiárnoslo también.

El orgullo es la grande estimación de nosotros mismos, procedente de *nuestro interior*, y por tanto directa; la vanidad, al revés, es la tendencia á adquirirla *desde el exterior*, y, por consiguiente, de una manera indirecta. Por esta razón la vanidad se hace habladora, el orgullo silencioso. Pero el vanidoso debería saber que esa buena opinión de los demás, á la que aspira, antes se obtiene, y con más seguridad, guardando silencio continuo, que hablando, aunque tuviese uno que decir las mejores cosas del mundo. No es orgulloso el que quiere serlo; cuando más, podrá simularlo el que quiera; pero este último se olvidará muy pronto de su papel, como se olvida todo papel fingido. Porque lo que nos hace realmente orgullosos es sólo el firme, íntimo, inquebrantable convencimiento de nuestro mérito extraordinario y sin par. Este convencimiento puede ser erróneo, ó fundarse en merecimientos sólo exteriores y convencionales; poco importa eso para el orgullo, mientras nuestra propia convicción sea real y seria. Toda vez que el orgullo arranca del convencimiento, estará, como toda noción, fuera de nuestra



*voluntad libre*. Su enemigo peor, quiero decir, su mayor obstáculo, es la *vanidad*, que solicita la aprobación ajena para sobre ésta fundar inmediatamente buena opinión de sí mismo, en tanto que el orgullo supone esta opinión propia ya sólidamente asentada.

Si bien el orgullo suele ser vituperado y desacreditado generalmente, paréceme que esto procede, por regla general, de los que nada tienen por qué se enorgullezcan. Habidas en cuenta la imprudencia y la arrogancia estúpida de la gran mayoría de los hombres, la persona que posee merecimientos cualesquiera, hace perfectamente en ponerlos á la vista ella misma para no dejar que caigan en el olvido más completo; pues quien, por benevolencia, no procura hacerse valer, y procede con los demás como si en todo fuese igual á ellos, tardará muy poco en ser de veras y sinceramente reputado por todos como uno de sus iguales. Querría yo recomendar que obrasen así, muy especialmente, á todos aquellos cuyos méritos son de orden más elevado, méritos verdaderos, por consiguiente, del todo personales, en atención á que estos méritos no pueden, como sucede á las condecoraciones y á los títulos, ser recordados á todas horas por una impresión de los sentidos; si proceden de otra manera, verán muy á menudo realizarse el *Sus Minervam* (el cerdo que exhorta á Minerva).

Un excelente proverbio árabe dice: *Bromea con el esclavo, pronto te enseñará el trasero*. La máxima de Horacio: *Sume superbiam quaesitum meritis* (toma la soberbia fundada en merecimientos), no es para desatendida. La modestia es, sin duda, una virtud inventada para uso de los pícaros principalmente, porque exigiendo la tal virtud que cada cual hable de sí mismo como si fuera uno de ellos, da por resultado una igualdad de ni-

vel admirable, y produce la apariencia de que, en general, no hay más que pícaros en el mundo.

Sin embargo, el orgullo más barato es el orgullo nacional. Este orgullo denuncia en quien lo siente la carencia de buenas cualidades individuales de las que pudiera estar orgulloso; porque de tenerlas, no recurriría á otras que ha de compartir con tantos millones de individuos. Cualquiera que tenga distinguidos méritos personales reconocerá, por el contrario, con mayor exactitud, los defectos de su país, porque los tiene constantemente á la vista. Pero todos esos imbéciles, dignos de lástima, que nada tienen en el mundo de que puedan enorgullecerse, se acogen á ese último recurso, de sentirse orgullosos de la nación á la que, por casualidad, pertenecen; á ella se adhieren y en su gratitud hállanse prontos á defender, con el pie y con el puño, todas las majaderías propias de su patria.

Por ejemplo: de cada cincuenta ingleses, apenas se encontrará uno que levante la voz para asentir cuando habléis con justo menosprecio de la hipocresía estúpida y degradante de su nación; pero ese individuo solo entre los cincuenta, será, de seguro, hombre de buena cabeza. Los alemanes no tienen orgullo nacional, y demuestran así la bondad que la opinión les atribuye; en desquite, aquellos alemanes que profesan ó fingen ridículamente este orgullo—como suelen hacerlo principalmente los *Deutschen Brüder* y los demócratas que adulan al populacho para seducirle,—demuestran precisamente lo contrario. Se pretende que los alemanes han inventado la pólvora; pero no soy de esa opinión. Lichtenberg propone el siguiente problema: «¿Por qué un hombre que no es alemán se hace pasar por tal muy pocas veces? ¿Y por qué cuando quiere fingirse algo se finge inglés ó fran-

cés? Por lo demás, la individualidad es, en cualquier hombre, cosa de distinta importancia que la nacionalidad, y merece mil veces más que ésta ser tenida en consideración. Con verdad y con justicia nunca podrá decirse mucho bueno de un carácter nacional, porque *nacional* significa que pertenece á una muchedumbre. La pequeñez de espíritu, la sinrazón y la perversidad de la especie humana son, sobre todo, las condiciones que resaltan en cualquier país, en una ó en otra forma; forma que es lo que nombramos carácter nacional. Disgustados de uno, ensalzamos á otro, hasta que llega un instante en que este otro nos inspira igual sentimiento. Cada nación se burla de las otras, y tienen razón todas.

#### LA CATEGORÍA.

Por lo que respecta á la categoría, por mucha importancia que tenga en el concepto de la muchedumbre y de los necios, y por muy grande que pueda ser su utilidad, como una rueda en el mecanismo del Estado, en muy pocas palabras habremos concluido con ella, para realizar nuestro propósito. Es la categoría un valor convencional, ó, para expresarnos más propiamente, un valor ficticio; su acción tiene por resultado una consideración ficticia también, y el todo viene á ser una comedia para la masa. Las condecoraciones son letras de cambio giradas sobre la opinión pública; su valor depende del crédito del girador. De todas maneras, y prescindiendo ahora del dinero que ahorran al Estado sustituyendo á las recompensas pecuniarias, son, en realidad, una institución de las más felices, en el supuesto de que sean distribuidas

atinada y equitativamente. En efecto: la multitud tiene ojos y tiene oídos, pero no tiene nada más; tiene, sobre todo, poquísimos juicios, y hasta es flaca de memoria. Algunos merecimientos se hallan, desde luego, fuera del alcance de su comprensión; otros merecimientos hay que la multitud comprende y aclama cuando los ve aparecer; pero que pone muy pronto en olvido. Siendo esto así, paréceme en extremo conveniente gritar á las muchedumbres siempre y por todas partes, por medio de una cruz ó de una estrella: «Este hombre que veis, no es igual á vosotros; tiene merecimientos». Sin embargo, con una distribución injusta, irracional ó excesiva, las condecoraciones pierden su valor; por esta razón, un príncipe debería poner tanta circunspección en otorgar cruces, como un comerciante en firmar letras de cambio. La inscripción *Al mérito* en una cruz, es un pleonasma; toda condecoración debería ser dada *Al mérito*; eso no hay para qué decirlo.

ARTHUR SCHOPENHAUER.

## UN PRECURSOR DE LOS DANDYS

### I.

UN estudio sobre el *Dandysmo* (1) y acerca del hombre que más exactamente lo personifica (Brummell), ¿será, por ventura, completo y dará idea precisa del asunto tan hondamente, tan *insularmente* inglés? Por muy inglés que sea el objeto representado, no es,—ya se ha visto,—un fenómeno exclusivamente social, una *monstruosidad* podrían denominarlo los puritanos y los corazones sensibles, que, en esta ocasión, coincidirían. El *Dandysmo* tiene sus raíces en la naturaleza humana de todos los países y de todas las épocas, pues la vanidad es universal. Lo que podría ser denominado la cuerda del *Dandysmo*, parece despertarse, en medio de las treinta y seis mil cuerdas de que se compone ese diabólico instrumento, tan complicado siempre y tan echado á perder en ocasiones, de la naturaleza humana. Pero Inglaterra es la nación que mejor ha hecho vibrar esa cuerda. Alguien ha mentado á Richelieu, y

(1) Los vocablos ingleses *Dandy* y *Dandysme* no tienen correspondencia exacta, ni casi aproximada, en castellano, ni en francés. Barbey d'Aurevilly los ha conservado en inglés, y eso hacemos nosotros.

(N. del T.)

aun ha pretendido parangonarle con Brummell, para mostrar las diferencias que la sociedad y la raza han puesto entre estos fatuos asentados sobre iguales cimientos. Richelieu poseía efectivamente la cuerda del *Dandysmo*, pero en el cortesano francés la vibración de esa cuerda aparece velada por otras más vigorosas vibraciones. Precursor de los *Dandys* como Richelieu, verdadero *Dandy*, aun antes de que existiese eso que llaman *Dandysmo*, y antes de que observadores de profundo y exquisito análisis lo hubiesen estudiado como algo sustantivo, fué *Lauzón*. Lauzun, mucho más poderoso que Richelieu, aunque no tomase á Mahón.

Lauzun tomó una plaza mucho más difícil de tomar....., tomó á la gran *Mademoiselle* (1), y la tomó él solo, lo cual no había hecho Richelieu con Mahón. ¡ Cosa muy digna de notarse! Lauzun realizó esa conquista, sobre todo por el *Dandysmo*, que existía en su persona sin que ni él mismo lo sospechara, ni ella tampoco: Lauzun era digno de ser inglés. Si lo hubiera sido, habría representado el papel de uno de los más admirables *Dandys* de Inglaterra. Poseía el egoísmo inglés, el egoísmo más terrible que ha existido después del egoísmo romano. Lauzun fué un *Dandy*, de buen porte, de originalidad muy matizada en ese porte mismo, obstinado en no parecerse á los demás cuando todos eran iguales ante Luis XIV, de extraordinaria sangre fría, de prodigioso dominio sobre sí mismo, de proceder inesperados (porque uno de los rasgos que más especialmente caracterizan á los *Dandys* es el de no hacer nunca lo que se espera que hagan). Tuvo Lauzun la implacable vanidad, la vanidad feroz de los *Dandys*. Recuérr-

(1) Especie de título honorífico, á modo de antonomasia respetuosa, con que era designada en Francia la hija primogénita del tío del Rey.

(N. del T.)

dese la escena (en las *Memorias de Saint-Simon*) en que Lauzun puso su tacón encima de la mano de una Duquesa (en tiempo de Luis XIV llevábanse altos los tacones, como muchos años después, por los años 1879 y 1880, los han usado las señoras), y giró sobre su tacón para hundirlo en la carne como una barrena. Basta eso para hacer que el lector, si es nervioso, se estremezca y grite. Habría con esto para escribir un estudio acerca de Lauzun; pero ya está escrito, y para colmo de halago á su vanidad, ha sido escrito por la princesa que más locamente ha querido á Lauzun entre todas las mujeres que lo han idolatrado.

Este César Borgia con las mujeres, y sobre todo con esa; ese César Borgia que hubiera retrocedido hasta Maquiavelo, no hubo menester de escribir sus *Comentarios*, como el gran César.... Sus comentarios fueron escritos por la mujer, por su conquista—una Princesa muy amante y muy maltratada; pero amante siempre,—y Brummell, por su parte, no ha tenido más historiadores que M. Jessé y yo.

Páginas adorables de las *Memorias de Mademoiselle de Montpensier*, nos dan la medida exacta de lo que valía Lauzun, ese predecesor de los *Dandys*, ese inglés de Francia. Esto vale tanto como una novela de Stendhal. Aquí es ciertamente—y sólo aquí—donde es oportuno hablar de esto.

## II.

Preséntase *Mademoiselle* en sus *Memorias* con una originalidad que ahora no conocemos; originalidad de Princesa, casi incomprensible en estos tiempos nuestros

de vulgarísimas costumbres. Encuentro en ella una de las cosas más bellas de tiempos ya idos ; *el orgullo en el respeto de uno mismo y en el de su raza, que vale más todavía que uno mismo*. La Princesa era antes *Borbón* que mujer, y me explico ahora que estuviera muy satisfecha con tener negros los dientes, porque aquellos eran los dientes de su Casa.

Hasta la llegada de Lauzun, *Mademoiselle* pasa, en sus *Memorias*, sin que su corazón palpite por nadie, sin otro deseo que el de casar con el emperador de Alemania, únicamente porque es Emperador. Galanteada por el rey de Inglaterra (Carlos II, á la sazón en París), manifiéstase indiferente. Ve con la mayor tranquilidad cómo se derrumban todos los castillos de naipes que con respecto á su matrimonio se levantan sucesivamente ; curándose sólo de que no conviene anular á una hija de Francia. Si *Mademoiselle* soñó, como algunos han dicho, en ser esposa de su primo carnal Luis XIV, nada de esto se trasluce en sus *Memorias*. El orgullo impone silencio al orgullo.

Esta Princesa, esencial y sustancialmente Princesa ; este espíritu, al que sólo asuntos de etiqueta palaciega habían conmovido ; este ser exclusivamente ceremonioso que á nada concedió atención más que á las grandezas, — las grandezas teatrales y de opinión — (*el honor* de Montesquieu), siente, á los cuarenta y tres años de su edad, algo que en su cerebro bulle y se agita por un hombre. El níspero está maduro.... ¡Una doncella de cuarenta y tres años!, doncella en todo...., acaso hasta de simple curiosidad ; ¡qué pasión tan digna de estudio debe de ser esta! ¡Y contada por *Ella!* El libro no podía menos de resultar peregrino, y lo es, en efecto...., para los inteligentes.



## III

Estamos aquí muy lejos del cinismo de Rousseau y de la franqueza contemporánea; y, sin embargo, obsérvese esto: la Princesa es ingenua á su modo. Es veraz por orgullo. Engrandece al hombre á quien ama, pero no da un paso más allá de ese engrandecimiento. Está clara la imposibilidad de que, á sus ojos, un hombre por quien, á la edad de cuarenta y tres años, experimentaba ese amor del cual nada le había dado en toda su vida la idea más remota, no fuese muy superior á todos los hombres, y en aquella corte del GRAN REY, joven y hermoso entonces como un sol de Mayo, era muy difícil superar á todos por el ingenio, por las maneras, por la hermosura. Pero la superioridad de Lauzun, en aquel siglo de lo *conventional*, en el que todo se asemejaba, era lo extraordinario, era lo que llamaríamos ahora, porque entonces no existía el vocablo, la originalidad. Ya antes de amarle habíase sentido *Mademoiselle* muy impresionada por el aspecto de Lauzun, en una carrera de caballos (Lauzun era entonces conde de Peguylem), y por el arrogante lema de su escudo: un cohete que se remonta hacia las nubes, con esta leyenda en español: *Voy hasta lo más alto*. La Princesa halló singular esa leyenda. ¡Singular!, esa es la palabra.

Lauzun, antes de ser capitán de guardias, era coronel de dragones, cuyas gorras, dice *Mademoiselle*, «revelaban una especie de bravura en estas tropas *que no se advertía en las otras*». «Su coronel, prosigue diciendo la Princesa, apareció con un aire que le distinguía de los

*otros* oficiales de tal modo, que había muchos casos en que éstos no podían imitarle sino con gran dificultad.... Era *extraordinario* en todo.... Por lo que á mí respecta, como me pareció hombre de ingenio, habríame alegrado, desde aquella época, de hablarle; de tal modo me impresionó su reputación de caballero y de hombre *singular*. Era muy *particular*. Trataba á muy pocas personas. Yo sabía todo esto más por otros que por mí misma.» Cuando fué nombrado capitán de guardias, y luego que hubo recibido su bastón y prestado su servicio, dice la Princesa: «con sus aires de distinción y desembarazo; cuidadoso siempre, pero sin oficiosidad, comencé á mirarle como un hombre *extraordinario* (esta es siempre la profunda impresión que produce), de conversación muy agradable, y yo buscaba ocasiones para hablarle. Hallaba yo en él modos de expresarse que nunca había advertido en las *otras personas*».

Tal fué siempre el primer hechizo de este hechicero. En aquel gran siglo de lo convencional, y en aquel corazón ya petrificado de la Princesa, se comprenderá perfectamente que hubo aquí lo que en el siglo siguiente había de llamarse *un rayo*. Todavía no existen los nervios, y el magnetismo de la mirada es aún desconocido. Lauzun va penetrando poco á poco en la atención de aquella mujer aburrida, y que probablemente echaría de ver, quizá sin darse cuenta de ello, que en aquella corte solemne y ceremoniosa, todas las cosas se parecían demasiado las unas á las otras. Como por muy Princesa y muy altiva que una mujer sea, conserva siempre la vanidad femenil, *el hombre favorecido por las mujeres* que en Lauzun veía, ocasionaba alguna picazón en aquel espíritu tan altivo y tan orgulloso. *Mademoiselle* dice, hablando de Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans: «No abrigaba

yo sospecha alguna de que *él* pudiese tener hacia ella *galantería....., esa afición que habitualmente sentía Lauzun hacia muchas damas*». En este momento comienza la Princesa á leer en su corazón. «Dios (dice con una gravedad digna de Bossuet) es dueño de nuestros estados. En ellos nos deja en tanto cuanto la vanidad de nuestros espíritus puede sobrellevarlos. Si *él* había permitido que yo pudiese considerar el mío como el más venturoso que podía yo escoger en el mundo, debía sentirme satisfecha de mi nacimiento, de mis riquezas, etc., etc. Sin embargo, como he dicho ya, me entristecían y enojaban los lugares mismos que en otras ocasiones me habían agradado.» De este modo, y así debía suceder, la Princesa principió por el aburrimiento:

«¡Y me disteis, Dios mío,  
Juntos la soledad y el poderío!»

«Sentía yo cariño hacia otros sitios que hasta entonces habían sido para mí del todo indiferentes. Agradábame la conversación de Lauzun, pero sin que esto me hiciese pensar en *él* con fijeza.» ¡Cuán lentamente adelanta todo en este espíritu que con tanta dificultad se desentumece! «Después de haber pasado mucho tiempo en *estas agitaciones*, continúa diciendo la autora de las *Memorias*, quise volver á mí misma, y preguntarme qué era lo que me causaba placer, qué era lo que me producía disgusto. Conocí entonces que alguna otra *condición*, distinta de todas las que yo había ya experimentado hasta entonces, ocupaba mi alma por completo; que si yo me casaba sería más dichosa; que labrando la fortuna de alguno, proporcionándole muchas riquezas, ese alguno me lo agradecería, sentiríase conmovido, tendría amistad para mí y procuraría hacer todo cuanto pudiera serme

:

agradable.» Y después de este examen á lo Bossuet, la Princesa nombra á Lauzun, á quien llama siempre Mr. Lauzun, y lo que la decide por él es, sobre todo, «la distinción de su conducta en relación á la de *las otras personas*, la elevación de alma que él posee muy superior á la *de los demás hombres*, lo ameno de su conversación, y *un millón de singularidades* que en él advierte». ¡Siempre las singularidades, la originalidad, lo extraordinario, lo imprevisto para ella en su rutina de *high life* y de Princesa! Aquella mujer había adivinado el *Dandysmo* moderno. Porque evidentemente en esto consiste.

#### IV.

Matilde de la Môle (en la novela *Rojos y Negros*) no se explica sus sensaciones mucho mejor que *Mademoiselle* las suyas. Pero Matilde lucha, y *Mademoiselle* es demasiado Princesa para combatir su sentimiento. Cuando lo experimenta, bien experimentado estará. El aburrimiento se apodera de su alma cuando no *le ve* (á Lauzun) en *las habitaciones de la Reina*. «Quería yo verle en la cámara de la Reina, ó sólo, en mi cuarto, ó en la recepción de la corte, ya casualmente, ya de otro modo. Soy por naturaleza impaciente; no podía yo soportar á nadie. El ver gente me desesperaba.»

De tales síntomas, verdaderamente graves, nacieron entonces dos sentimientos.

La resolución de confiar al Rey aquel amor, y la INCONSOLABILIDAD que en ella producía el que Lauzun, á juzgar por su conducta respetuosa y sumisa, no echara de ver *todo lo que ella pensaba en él*. Pero Princesa siempre,

aun en medio de esas *agitaciones* procura hallar, en la historia de Francia, ejemplos de personas muy inferiores á Lauzun en linaje y categoría que se habían casado con hijas y aun con viudas de Reyes. Recordó entonces los amores de Corneille, y, ¡cosa peregrina!, envió á buscar en París un *Corneille*, porque había visto en las *comedias* (así dice ella) de ese autor una especie de predestinación parecida á la suya. Una vez recibida la obra de Corneille, *Mademoiselle* aprendió de memoria los versos, de los cuales no conservaba más que cierta reminiscencia, mirando sólo, sigue diciendo la Princesa, por su LADO DIVINO lo que la mayoría de los hombres consideran con sentimientos profanos.

He aquí los versos, muy dignos,—eso es otra cosa,—de Corneille. «Lise, cuando la voluntad de los cielos nos ha creado el uno para el otro, nuestro amor nace repentino. En virtud de secreto poder, su mano siembra la inteligencia entre los corazones, aun antes de que las personas se hayan visto. De tal manera prepara á los amantes, que el alma de cada uno se conmueve y se interesa sólo al oír el nombre del otro. Se estiman, se buscan, se aman en un instante; todo lo que á medias palabras se dicen, les persuade fácilmente, y sin cuidarse para nada de temores frívolos; la fe se adelanta siempre á las palabras. En pocos vocablos la lengua expresa mucho. Los ojos, más elocuentes aún, lo expresan todo en una mirada, y de cuanto, á porfía, nos enteran ambos, el corazón comprende todavía más de lo que ellos dicen (1).»

- (1) *Quand les ordres du ciel nous ont faits l'un pour l'autre,  
Lise, c'est un amour bientôt fait que le notre.  
Sa main entre les cœurs par un secret pouvoir  
Sème l'intelligence avant que de se voir!  
Il prépare si bien l'amant et la maitresse,  
Que leur âme au seul nom s'emeut et s'intéresse;  
On s'estime, on se cherche, on s'aime en un moment,*

Después de este oráculo del genio, la Princesa no vacila más. Adopta resueltamente su partido, y lleva adelante su proyecto de matrimonio. Ve un día (2 de Marzo) á Lauzun en las habitaciones de la Reina. «Lauzun, escribe *Mademoiselle*, habría debido adivinar cuando estuve delante de él lo que en mi corazón pasaba, en la alegría con que le hablé.» Pero como Lauzun no parece comprender una palabra de todo aquello bajo el respeto con que se cubre, discurre la Princesa hablarle de su matrimonio con el duque de Lorena, y preguntar á Lauzun su parecer con respecto á esa boda....

Aquí es donde principia la más deliciosa comedia, la comedia del amor. *Ella* quiere ser comprendida; *él*, que comprende perfectamente, no quiere comprender. *Ella* le presenta el hielo casi hendido por ella misma, para que *él* acabe de romperlo. No lo rompe. No existe ya más que una tenue y diáfana superficie.... pero Lauzun no la rompe. Ni se permite siquiera tocarla con la punta de un dedo, porque la rompería. Conviértese Lauzun en el más gracioso, el más profundo y el más desesperante Tartufo del respeto que ha existido nunca. El procedimiento de este hombre es una obra maestra. De la conducta de Lauzun en aquellas circunstancias pueden obtenerse máximas generales y axiomas para inspirar amor á las Princesas. Pero ¿quién tiene ahora Princesas á quienes seducir? Mujeres que llevan ese título sí existen todavía; pero Princesas de verdad, ya no las hay.

He aquí ahora el axioma primero del maquiavelismo

*Tout ce qu'on s'entredit persuade aisement,  
Et sans s'inquieter de mille peurs frivoles  
Le foi semble courir au-devant des paroles.  
La langue en peu de mots en explique beaucoup;  
Les yeux, plus éloquents, font tout voir tout d'un coup,  
Et de quoi qu'a l'envi tous les deux nous instruisent,  
Le cœur en entend plus que tous les deux n'en dissent.*

adorable de Lauzun; porque es adorable en sus pormenores: «Cuanto más transparente y más tierna se muestre para nosotros una mujer altiva, Princesa por su carácter lo mismo que por su nacimiento, tanto más debemos exagerar nuestro respeto y envolvernos en él de un modo impenetrable».

Lauzun no infringió nunca esta ley ni aun en las entrevistas más embriagadoras para un hombre, vanidoso como él lo era, ambicioso, enamorado (quizá lo estaría....; los libertinos son capaces de todo, y hasta pueden amar á doncellas de cuarenta y tres años). Además, en la vanidad sobreexcitada hay una especie de inflamación que remeda al amor diabólicamente. Diabólicamente; esa es la palabra.

Es necesario leer en las *Memorias de Mademoiselle* aquellos rodeos del respeto y aquellos rodeos de la ternura impaciente y altiva. Esta Princesa, que tiene conciencia de lo que vale su pluma, escribe cosas realmente deliciosas, como solamente las escriben escritores de genio. Es una maravilla de gracia velada y de pasión hipócritamente descubierta,—de esta pasión *que desea ser vista*, pero que no quiere dejarse ver....—¡Situación picante! La Princesa pide consejos á Lauzun. Éste se los da: busca con ella un hombre á quien pudiera unirse dignamente,—no le encuentra;—le sugiere la idea de echarse en brazos de la devoción. La devoción al uso. Este hombre, que comprende sobradamente cómo adoran en él, conserva una seriedad magnífica. «No dejo yo de comprender, dijo Lauzun á la Princesa, que parece cosa *ridícula* pasar toda la vida sin haber adoptado un partido, sea el que fuere. Cuando se ha llegado á los cuarenta años, no conviene dejarse arrastrar á los placeres que parecen bien en las muchachas de quince á veinticuatro.

Por eso debo decir á la señora Princesa que está en el de hacerse religiosa, ó consagrarse á la devoción.» Aprueba, no obstante, el designio de *Mademoiselle* de elevar un hombre hasta ella; pero finge ignorar por completo en quién ha fijado los ojos aquella mujer enamorada, que sólo en él piensa.

Sin embargo, muere *Madame* <sup>(1)</sup> (la duquesa de Orleans), cuando ha nacido y subsiste aún el amor de *Mademoiselle* á Lauzun. Habla el Rey de que ésta reemplace á *Madame*. Pero *el amigo* del caballero de Lorena no puede convenir á un espíritu tan real y tan profundamente femenino como el de Enriqueta; y el Rey, que ve el fondo de las cosas, se avergüenza de su primera idea, y acaba por renunciar á ella. Lauzun solamente, el hombre amado, finge creer, con su inteligencia de diablo conocedor de las mujeres, que *Mademoiselle* desea aquel matrimonio, y se lo aconseja.... Entonces es cuando la Princesa, no pudiendo más, confiesa su amor á Lauzun mismo....; pero ¡con qué turbación y con qué pudores! Esta doncella altiva tiene puerilidades de corazón encantadoras. Lauzun no se aparta de su sistema. Cuando está muy seguro de que la Princesa va á decírselo todo, no quiere oír nada. Suplícala que se reserve sus confidencias.

«Él me respondió, dice *Mademoiselle*, que yo le hacía temblar. Si por acaso no apruebo la elección de S. A., resuelta y tenaz como es la señora Princesa, conozco perfectamente que S. A. no ha de consentir en volver á verme. Tengo demasiado empeño en conservar la honra de merecer las deferencias que S. A. me otorga, para escuchar una confidencia que me pondría en trance y riesgo

(1) *Madame*, otra antonomasia con que eran designadas la hermana ó la tía políticas del Monarca francés. (N. del T.)



de perderlas. Nada he de hacer, por mi parte, para que esto me ocurra, y suplico respetuosamente á S. A. que no me hable más de este asunto....»

¡Aquel incendiario sabía perfectamente cómo había de conducirse para encender más los deseos! Cuanto menos se presta Lauzun á oír, tanto más se obstina en hablar la Princesa.—Un día, siempre refiriéndose á lo mismo, cuenta *Mademoiselle*: Pensé en echar el aliento sobre un espejo: «esto empañará su luna; entonces escribiré el nombre en letras muy grandes para que V. lo lea sin dificultad». Pero dieron en aquel momento las doce de la noche. Era ya viernes, día de mal agüero. «¡Ah! (exclamó la Princesa entonces); no diré á V. nada....»

Algunos días después guardó *Mademoiselle* un papel, en el cual había escrito solamente estas dos palabras: ¡Es V.! Pero no quiso entregar aquel papel en viernes. «Démelo V. A. (decía Lauzun); prometo que no lo leeré hasta después de las doce de la noche.» Pero la Princesa teme, duda aún, cuando al día siguiente, por la tarde, se presentó Lauzun en la cámara de la Reina, y entonces *Mademoiselle* escribe una página deliciosa, cuyos pormenores tienen para mí encanto indecible.

«Luego que hubo entrado la Reina en su oratorio, fui á colocarme, sola con él, en el rincón de la chimenea, y saqué el papel; se lo mostraba yo, y en seguida apresurábame á guardarlo, ya en la bolsa, ya en el manguito. Lauzun me rogó con empeño que se le entregase. Decíame que el corazón le palpitaba; que tenía en aquella palpitación algo de presentimiento; que acaso iba yo á proporcionarle ocasión de perjudicar á alguno si desaprobaba él mi elección y mis intenciones. La conversación sobre este tema duraría como cosa de una hora;

pero tanto el uno como el otro nos encontrábamos turbados, y le dije: «He aquí el papel. Se lo entrego á V. » con la condición de que V. escriba la respuesta debajo » de lo que yo he escrito. Tendrá V., para hacerlo así, » espacio de sobra, porque mi carta es muy concisa, y V. » me la devolverá esta noche en las habitaciones de la » Reina, donde hablaremos ».

» Apenas había yo acabado de decir esto, cuando salió la Reina para visitar á los Recoletos. La seguí. Oré aquella tarde, rogando á Dios con toda mi alma la realización de mis designios. Mis distracciones fueron grandes. Cuando salimos del templo nos encaminamos á las habitaciones del Delfín. La Reina se aproximó al fuego. Vi entrar á Lauzun, que se acercó á mí sin atreverse á hablarme ni á mirarme siquiera. Su turbación aumentó la mía. Entonces me *arrodillé para calentarme mejor*. Lauzun se hallaba muy cerca de mí. Díjele *sin mirarle*: «Estoy completamente helada». Lauzun me contestó: «Yo me encuentro » perturbado aún por lo que he visto; pero no soy bastante » insensato para caer en la red. He comprendido muy bien » que S. A. quiere divertirse y al mismo tiempo excusarse, » por medio de este rodeo extraordinario, de confiarme el » nombre de alguien. Yo no habría tenido nunca deseos de » conocerle, sabiendo que S. A. tenía la menor dificultad de » decírmelo.» Yo respondí: «Nada puede haber en el mundo » más verdad que esas dos palabras escritas por mí, ni » nada más decidido en mi pensamiento que ese propósito». Lauzun no tuvo tiempo de replicar; *no se halló con fuerza para llevar más adelante aquella conversación*. ¡Todavía otra vez! ¡Los pormenores, la entonación, todo....! ¡es incomparable!

## V.

Ya en estas alturas, el inteligente seductor muéstrase admirable, satánicamente admirable, y cada vez más. Aquel rayo de felicidad que le anonada, no raja siquiera la concha de tortuga, de hipocresía, en que Lauzun se ha escondido. Lauzun es ateo, según le dice esta noble enamorada que, no ha *recobrado*,—porque nunca las tuvo,—sino *hallado* en un sentimiento verdadero, las gracias tímidas de una muchacha de diez y ocho años. Ni aquel *es V.*, ni todo lo que la Princesa agrega al terrible y delicioso *es V.*, rompe, en un solo minuto, la máscara de incredulidad de Lauzun. Dice «que se burla de él», y *Mademoiselle* responde, con bastante más fundamento que, «antes al contrario, él es quien se burla de ella». Los papeles aparecen trocados. Ordinariamente el hombre es el que persuade, y la mujer es la persona á quien se trata de persuadir. En esta ocasión, la Princesa es el hombre; el segundo, la mujer.... ¡y qué mujer! ¡Celimene y Tartufo juntos! Cuanto más procura *Mademoiselle* rodearle con el brillo de sus amores casi regios, tanto más humilde se presenta Lauzun y tanto más se empequeñece. Parece como si dijese á esta mujer que por él se rebaja: «¡Baja, baja más todavía!» ¡Bribón afortunado! Precisamente contraría y justifica, al propio tiempo, su lema: «*Voy hasta lo más alto.*»

Los episodios de esta comedia novelesca—novela para la una y comedia para el otro,—son casi tan divertidos como la comedia misma. En los pormenores hay de todo. En aquella corte casi española por la etiqueta, osa *Ma-*

*demoiselle* apoyarse en Lauzun para levantarse, Lauzun aprovecha aquel momento para devolverle su carta, que la Princesa oculta en su manguito, lo mismo que una muchachuela. ¡Aquella heroína del arrabal de San Antonio, que había mandado disparar un cañonazo contra Luis XIV! Lauzun persevera siempre en no creerla; pero un rayo de luz ha atravesado su careta, y *Mademoiselle* lo ve bien. «Estaré, ha dicho Lauzun, sumiso siempre á la voluntad de S. A.» ¡Esto no significa *un no!*, pero dicho *esto*—que era imposible no decir,—helo que se abisma otra vez en respetos y miramientos más que sobrados para enloquecerla de impaciencia. Por fin Lauzun pronunció la palabra terrible, la palabra *humillante*: «¿Será posible que S. A. quiera casarse con un *criado* de su primo?....» De ese modo hablaba Lauzun de su cargo de capitán de Guardias de Corps.

Pero, como él había calculado todo lo que podía ser un obstáculo para *Mademoiselle*, obligábala á saltar por encima. La Princesa, pues, solicitó atrevidamente del Rey permiso para contraer matrimonio con Mr. de Lauzun. ¡Cosa extraña!; el Monarca no se opuso. Aconsejó, sí, á su prima que lo pensase bien, que no procediese de ligero, etc. Á *Mademoiselle* la hicieron padecer los aplazamientos que vislumbraba en el fondo de aquella respuesta del Rey. Y Lauzun defiende al Rey contra la Princesa. Encuentra Lauzun que el Rey tiene razón al aconsejarla que piense bien en aquel enlace, que no le conviene, etc., etc. El Rey nada dice á Lauzun; manifiéstase amable con él y con ella. Esto hace que *Mademoiselle* abrigue esperanzas. Cuando una noche dícele brusca-mente Lauzun: «Es necesario no demorar más el dirigirse al Rey. Si S. A. me cree, debe decirle: «Señor, las »locuras mejores son las que duran menos. Vengo á dar

»las gracias á V. M. por las reflexiones que me ha obligado á hacer. Ya *no pienso* en lo que de V. M. había solicitado.» Pero la Princesa, irritada, exasperada, habla al Rey, aunque de muy distinta manera, y ¡con qué tacto, con qué gusto, con qué decisión! (Véase el tomo VI, pág. 24, de las *Memorias*.) El Rey le dijo solamente una cosa: «No me opongo ni á tu voluntad ni á la fortuna de Mr. de Lauzun; pero no obres sino después de haberlo reflexionado». Estas palabras eran su consentimiento. Toda la corte se enteró de esta noticia sorprendente: el casamiento de *Mademoiselle*. Lauzun tiene el aspecto modesto, casi ruboroso, de un hombre á quien se casa como á una doncella. «He menester de toda mi razón, dice, para no perder la cabeza.» Cuando el contrato de matrimonio está redactado, cuando se halla todo dispuesto para la ceremonia, Lauzun, siempre el Lauzun de una lógica de humildad insoportable, dice todavía á *Mademoiselle*: «Si S. A. siente el más leve disgusto, aun hallándonos *en presencia del sacerdote*, ruego con toda mi alma á V. A. que lo rompa todo». Y como la Princesa contestase «*V. no me ama*», replicó él: «Eso es lo que nunca diré sino cuande hayamos salido del templo. Preferiría yo estar muerto, á haber hecho comprender á S. A. antes de ese momento, lo que dentro de mi corazón alienta....» He aquí, sin embargo, que una tristeza inmensa y repentina cae sobre el corazón, sobre el gran corazón de aquella mujer que ya se consideraba dichosa; *Mademoiselle* rompe á llorar *sin saber por qué*, dice ella, y al día siguiente el matrimonio queda roto por orden del Rey.

## V.

No he de tratar aquí del desempeño magistral con que Lauzun ha conducido la seducción de *Mademoiselle*. Ha realizado su propósito como el artista más consumado en seducciones que haya podido verse nunca. He buscado inútilmente en su conducta una falta, un olvido, una distracción. Fué necesario nada menos que la voluntad de Luis XIV para echar por tierra aquella obra maestra de Lauzun—y aun Luis XIV, que no fué Luis XIV en esta ocasión,—porque este Rey, que era considerado con justicia como el hombre más caballero de su reino, se condujo en todo este asunto, ó con la mayor debilidad, ó con la doblez mas inaudita. Asediado, solicitado, constreñido por los allegados y deudos y amigos de su hermano (*Monsieur*), por la madrastra de *Mademoiselle*, por su hermana casada con un Guisa, ¿cedió el gran Monarca débilmente, después de haber dado su consentimiento á *Mademoiselle*, lo cual habría sido faltar á su palabra? ¿Ó la engañó, lo que habría sido una mentira y juntamente una crueldad? En cualquiera de estos dos casos, Luis XIV aparece aquí muy pequeño y casi felón. La razón única, la sola razón que dió á su prima desesperada, y que estuvo muy elocuente y muy patética postrada á *sus pies*, fué la que se llamaba á sí misma opinión de las cortes de Europa. Razón ruin y cobarde, que *Mademoiselle* calificó arrogantemente de bochornos.... El Rey fué sordo á los ruegos, y se mantuvo inflexible ante sus lágrimas; pero él mismo *lloró* al negarle

lo que pedía. Cuando los tigres nos devoran no lloran; y cuando los cocodrilos fingen llanto, lo hacen para atraernos. Estas lágrimas de Luis XIV manchan su fisonomía, y son realmente incomprensibles, si es que no son deshonrosas.

La desesperación de *Mademoiselle* fué trágica. Lauzun lloró también para desesperarla más todavía. Había realmente algo de verdadero en aquel llanto. ¿Cómo no había de llorar Lauzun? También Boabdil lloró por su bella ciudad perdida. El Rey, siempre odioso, fué á visitar á *Mademoiselle*, trató de consolarla, la besó, y *mantuvo mucho tiempo su mejilla pegada* á la de su prima carnal, y *Mademoiselle* tuvo el atrevimiento de decirle: «V. M. hace lo que hacen los monos, que ahogan á sus hijos acariciándolos.» Palabras que, en lo que respecta á osadía, eran casi tanto como el famoso cañonazo del arrabal.

*Mademoiselle*, en su angustia, adoptó la determinación de no presentarse más en la corte. Pues bien: Lauzun fué quien la obligó á tornar y quien le dijo que no era bien estar por tan largo tiempo apartada del Rey. Cuando la Princesa encontraba á Lauzun, lloraba y gritaba, hallárase donde se hallara. Aquel hombre de acero, que de su acero se servía para desgarrar más y más el corazón de aquella Princesa por el interés del amor que la inspiraba, llegó hasta decirle: «Si V. A. continúa de ese modo, *no estaré nunca donde V. A. se halle*». Y ella desde entonces no se atrevió, así lo escribe, á llorar delante de Lauzun.

Después de la ruptura del matrimonio, el Rey dió á Lauzun un gobierno, lo cual hizo decir á *Mademoiselle*: «No me satisfará nunca lo que haga el Rey, sino cuando haya entregado á V: mi mano. Hasta entonces todos los *medros* de V. me hallarán insensible». Una vez roto aquel

matrimonio , fingió Lauzun descuidar su tocado (1), lo cual *agregó un dolor más* al disgusto de *Mademoiselle*; pero Lauzun *exigió* que ella se tocara y adornara con esmero , á pesar de la aflicción que la consumía. Ella le amaba con esa idolatría física, sin la cual no existe el amor. (Véase la historia encantadora de la cinta rosa para la corbata de Lauzun , en la Revista de Flandes, tomo vi de las *Memorias*.) Ni aun después de la ruptura cesó aquella desventurada de ser víctima de las inauditas crueldades con que Lauzun se adhería aquel pobre corazón maleficiado por él. Circuló una vez la noticia de que la Princesa iba á contraer matrimonio con el duque de York. Lauzun fué entonces á verla, y le dijo: «Si S. A. quiere casarse con el duque de York, suplicaré al Rey que me envíe á Inglaterra para negociar el matrimonio». Ella contestó sublimemente: «¡ Sólo de V.!» Lauzun, al oirla, se arrojó á los pies de la Princesa, y allí permaneció sin pronunciar una palabra. «Tuve intención, dice *Mademoiselle*, de levantarle; pero me sobrepuse á mis deseos, y él se levantó por sí solo y se alejó.» Partió para Flandes, fingiendo que olvidaba despedirse de aquella mujer cuya vida se llevaba. La Princesa se lo afeó mucho; «pero, dice ella misma, quería yo enfadarme con él, le veía, y ya no tenía fuerza para el enfado». Realmente, *Mademoiselle* estaba hechizada. «Encontrábame algunas veces, continúa diciendo, dispuesta

(1) Creo que, por el contrario, lo cuidaba más.... Ese descuido debió de ser hipócrita, como todos sus procederes. No era Lauzun hombre de llenarse la cabeza de ceniza como un judío en sus aflicciones. Si se encenizó, sería muy ligeramente. Solamente lo indispensable para mostrar un dolor que no afea y que interesa. Lauzun era demasiado *Dandy* de nación para poner en olvido las exterioridades de efecto. Los *Dandys* se curan de eso siempre. Recuérdese á Sthendal (*El Rojo y el Negro*), al *Dandy* ruso prescribiendo á Julián Sorel la melancólica corbata negra siempre que entrega á la doncella de la persona á quien ama las famosas cartas, á las cuales ella no responde.

(N. del A.)



á reñirle y á quejarme; pero él me arrebatava esa resolución con *sus maneras que yo no acertaré á describir*: ¡de tal suerte eran singulares!» ¡Siempre la singularidad! ¡El *Dandysmo* siempre!

## VII.

Lo repito: no he tratado de hablar hoy de otra cosa que de esta seducción de Lauzun, que forma época en la historia de las seducciones humanas. No tengo, por lo tanto, que referir ni su arresto, ni su destierro á Pignerol.... *Mademoiselle* permaneció seducida hasta su último día. Ni aun el desprecio que, andando los tiempos, llegó á sentir hacia él, pudo nada contra su ascendiente. Lauzun salió de Pignerol. Fué á Bourbon, después á Amboise, y por último regresó á la corte. Tornó sin careta. Ya no esperaba el matrimonio, y la seducción estaba realizada.

Mostróse, por consiguiente, tal cual era, jugador, libertino, hipócrita de devoción, codicioso (1), sin dignidad, y sin agradecimiento alguno á *Mademoiselle*, ni aun cuando la engañaba y se encolerizaba contra ella. Todo esto es repugnante. ¡Pero qué predominio! *Mademoiselle* lo ve todo, lo sabe todo, «pero yo había hecho ya demasiado, dice ella, para no acabar lo que había principiado».

Es el fatalismo del orgullo en el amor.

*Mademoiselle* lo acabó efectivamente. Luis XIV permitió, por último, el matrimonio *secreto*; pero, ¿á qué precio? Al precio de la mitad de los bienes de *Mademoi-*

(1) *Concupiscente* sería la traducción más adecuada y más exacta; pero la Academia no lo autoriza. (N. del T.)

*selle*, que ésta hubo de ceder á uno de los bastardos del Monarca. ¡Ay! El gran Rey persistía, en esta historia de *Mademoiselle* y de Lauzun, en no ser Luis XIV. Las *Memorias* no van más adelante. Interrúmpense bruscamente, ¡como de vergüenza! Pero el lector ya oye en las lejanías la frase que atravesará los siglos: «¡*Enriqueta de Borbón, quítame las botas!*», dicha á la prima hermana del Rey más soberbio que ha existido en el mundo.

Confiesen Vds. que esta narración, que no es sino un episodio de la historia de un *Dandy* anticipado, es tan interesante como las novelas más fantásticas de nuestro tiempo, y que tiene más atractivo que el análisis de cualquiera de ellas.

J. BARBEY D'AUREVILLY.

## UN BOCETO DE VELÁZQUEZ



**C**OSA muy grave es el anunciar un lienzo de Velázquez, aun tratándose únicamente de un boceto, lo sabemos; estampamos, no obstante, y lo estampamos sin vacilar, ese título formidable y raro á la cabeza de nuestro artículo. D. Diego Velázquez de Silva es acaso, entre todos los grandes maestros, el menos conocido realmente, bien que sean su reputación y su gloria universales y no discutidas. España, excesivamente celosa, ha guardado toda completa la obra del pintor insigne, y los museos de otras naciones sólo poseen, de los trabajos de éste, fragmentos de muy poca importancia, ó de una autenticidad problemática en muchos casos. Secuestrado desde muy joven por Felipe IV, ese inteligentísimo aficionado, Velázquez trabajó casi exclusivamente para su regio Mecenas, en el mismo palacio Real, donde tenía el artista su estudio, una de cuyas dos llaves poseía el Monarca á fin de visitar, siempre que le viniera en mientes, á su pintor predilecto. Un retrato de D. Juan de Fonseca y Figueroa, en cuya casa había parado Velázquez cuando se trasladó á Madrid desde Se-

:

villa, retrato que fué visto por el Rey y por toda la corte, determinó de pronto aquel prolongado favor, que se mantuvo hasta la muerte del artista, sin intermitencias, sin caprichos, sin ingratitude y sin cansancio.

Tenía Velázquez, cuando comenzó á protegerle Felipe IV, de veintitrés á veinticuatro años, y murió á los sesenta y uno. Fué pintor de S. M., gentilhombre de cámara, aposentador y caballero del hábito de Santiago; pero estos cargos palatinos y esos honores de la privanza, en nada perjudicaron á su talento. Su pincel conservó toda su franqueza y su vigor todo; el artista, en presencia del Rey, supo preservarse de la frialdad oficial y manifestar libremente su genio.

Dos viajes á España nos han permitido admirar, en el Museo de Madrid, á ese pintor, á quien puede colocarse atrevidamente entre el Ticiano y Van-Dyck, y que acaso supere á los dos como colorista. Sin seguir fielmente el ejemplo del inglés David Wilkie, que analizaba cada día una pulgada cuadrada del célebre cuadro de *Los Borrachos*, hemos estudiado cuidadosamente á Velázquez en esta galería donde están reunidas todas sus obras maestras, los retratos ecuestres de Felipe IV y del conde duque de Olivares, las *Meninas*, las *Fraguas de Vulcano*, las *Hilanderas*, la *Rendición de Breda*, más comúnmente conocido con el nombre de *Cuadro de las Lanzas*. Esto que ahora decimos, no envuelve la presunción de aficionados cosmopolitas,—hoy es más fácil ir á Madrid que en otras épocas á Corinto;—es solamente dejar asentada nuestra competencia en un caso concreto.

Hemos visto recientemente en casa de M. Haro,—donde resplandece entre otros cuadros de diferentes escuelas,—un gran boceto de la *Rendición de Breda*, con tal fuego marcado por la garra del león, que cada una de

sus pinceladas contiene la firma del maestro. Allí está Velázquez entero, en cuerpo y en alma, con más vida, con más ardor, con más brillo acaso que en sus cuadros concluidos. Este boceto,—lo nombramos así, á falta de otro nombre que mejor se amolde á la idea,—es para nosotros una obra perfecta, á la cual no sería posible agregar nada, y que se quitaría del caballete del pintor, si él viviera aún, por miedo de que lo estropease con un solo toque de más.

¿Cómo es que trabajo de tal valía ha permanecido ignorado hasta ahora?, preguntarán algunos. La *Asunción* del Ticiano, ¿no estuvo muy cerca de dos siglos en el olvido y el abandono, en el fondo de una capilla solitaria, hasta el día en que, sacada del limbo por el conde Cignonara, fué elevada nueva, esplendorosa y brillante al cielo del color? Los cuadros, como los libros, tienen sus hados (*habent sua fata*); los hay que se pierden ó desaparecen. Cambios de fortuna, particiones de herencias, los hacen caer á las veces en manos de poseedores ignorantes que no conocen el precio de tales joyas artísticas. La pátina del tiempo va cubriéndolos poco á poco. El dorado de sus marcos se oscurece ó se extingue. Cualquiera dama frívola juzga que aquellos cuadros feos, sombríos, manchan el colorido fresco de sus salones, y las obras de arte pasan desde la habitación al desván; allí duermen, bajo telarañas, esperando las glorias de la resurrección, ó van á pudrirse entre los muebles de desecho á las prenderías ó á las tiendas de ropavejeros.

El boceto del *Cuadro de las lanzas* ha pasado por análogas vicisitudes; abandonado, olvidado, desdeñado durante muchos años, va hoy á recobrar, así lo esperamos, el lugar que le corresponde entre las obras maestras del arte. Expuesto en pública subasta, sin aliño pre-

vio, sin que ni una esponja hubiese quitado siquiera el polvo de los siglos, á pesar de las desconfianzas que inspira, con motivo sobrado, esta atribución soberbia á Velázquez, y la poca afición que entre los inteligentes hay por los bocetos, alcanzó el precio de 26,000 francos, apenas la tercera parte de su valor, merced á varios rayos del genio que atravesaban las espesas tinieblas de que estaba cubierto. La obra maestra hallábase detrás de las nubes amontonadas, y las atravesaba como el sol por inesperadas aberturas. M. Haro, el hábil y laborioso restaurador de cuadros, que pone al servicio de sus delicadas tareas la más escrupulosa prudencia, le ha desembarazado con maravillosa fortuna de sus manchas, de su pátina, de todos los velos puestos entre el espectador y el artista.

Despejado así de esa acumulación de tinieblas, el cuadro ha reaparecido intacto, resplandeciente, en su nuevo y virginal esplendor, como si el pintor acabase de dar en él la última pincelada. Por fortuna, el desdén le había preservado de las restauraciones; ninguna mano profana había aplicado allí torpemente esos parches que son verdaderas llagas de los cuadros antiguos; ni la más ligera lepra de repintado en la superficie; el color sano, sólido, nacarado habíase mantenido puro bajo las descomposiciones del barniz como un mosaico bajo un hundimiento de tierra; ha bastado limpiarlo y humedecerlo para lograr que revivan los tonos del cuadro. Hoy vemos el cuadro tal cual debió de salir del taller de Velázquez. He aquí una sorpresa peregrina en el mundo del arte: ¡una obra maestra completamente nueva, de un artista muerto hace doscientos años! Si el cuadro no hubiese permanecido mucho tiempo perdido y olvidado bajo una capa de polvo, hubiera padecido, á pesar de los cuidados más

piadosos, los ultrajes del tiempo y la acción destructora de las influencias atmosféricas.

El boceto de que hablamos difiere del cuadro en bastantes pormenores y en que es mayor el número de los personajes. En esta composición rápida el artista se ha dejado llevar de la exuberancia de su fantasía, y no ha escatimado las figuras que con cuatro ó cinco pinceladas podía crear. Ninguna exigencia oficial ó estratégica coartaba todavía su libertad. Dueño absoluto de su pensamiento, le ha pintado de una sola vez con la misma paleta, acaso en un día solo, tal vez como una visión interior le ofrecía á su espíritu, de un modo tan alto, tan caballeresco, tan libre, tan magistral, que el espectador queda estupefacto delante de esta pintura, juntamente reposada y turbulenta, esbozada apenas y ya concluida, en que cada intento es una realización, en que cada indicación lo dice todo, en que el descuido, y tal vez podría decirse la casualidad del pincel, revela una ciencia consumada, un cálculo instintivo y profundo, un arte que no podrá ser igualado.

Un cielo espacioso, saturado de luz y de vapores, ricamente indicado con lápiz-lázuli, mezcla su azul puro con las azuladas lejanías de un campo inmenso, atravesado por un río, cuya presencia denuncian algunos resplandores plateados. La silueta de Breda no se proyecta en el horizonte como en el cuadro definitivo. Acá y allá las llamas del horrible incendio elévanse desde el suelo, como las nubes de la guerra, y van á confundirse con las nubes del cielo en fantásticos torbellinos; á cada lado aparecen sendos grupos; en el uno de las tropas flamencas; en el otro de las tropas españolas; entre uno y otro grupo queda libre, para la entrevista del general vencedor y del general vencido, un espacio, del cual ha hecho

Velázquez una abertura luminosa, un foco de tonos brillantes, una indicación, un prodigio de perspectiva, en que las formas hechas de un solo toque centellean como los luceros.

El marqués de Spínola, con la cabeza descubierta, con el sombrero y el bastón de mando en la mano y vistiendo su armadura, acoge con cortesía caballeresca y afable y casi cariñosa, como es uso y costumbre entre enemigos generosos y nacidos para estimarse mutuamente, al gobernador que se inclina y le ofrece las llaves de la ciudad en una actitud noblemente humilde. La banda roja del Marqués, salpicada de puntitos dorados en salientes bruscos que permiten adivinar un rico bordado, es una maravilla de color; es lo que podría llamarse la *tónica dominante*, que da valor á los tintes superpuestos. Entre el hormigueo de las lanzas, indicado á la ligera, flotan estandartes cuyos tonos espléndidos, blancos, rojos, azulados, no son, cuando se les mira desde cerca, sino brochazos diseminados de matices tumultuosos que producen un efecto admirable. ¡De tal manera posee el pintor el sentimiento de la armonía del conjunto!—La grupa del caballo colocado detrás del Marqués, á distancia de algunos pasos, se modela y se satina sobre un trazo de luz indicado de un modo sorprendente. El arrogante bruto no está completamente vuelto, como en el cuadro.—Las curvas de sus ancas interrumpen muy felizmente las líneas rectas de que el asunto ha menester, y es una afortunada idea del pintor el haberlo colocado en aquel sitio.

No es dable expresar con palabras el orgullo caballeresco y la grandeza española que caracterizan las cabezas de los oficiales que forman el estado mayor del general. Algunos toques ligerísimos han bastado al pintor



para expresar la serena alegría del triunfo, el orgullo tranquilo de la raza y la costumbre de los acontecimientos grandes. Estos personajes, tan admirablemente bosquejados, no necesitarían de informaciones ni de pruebas para ser admitidos en la Orden de Santiago ó de Calatrava. Su aspecto sólo bastaría para que fueran admitidos; ¡de tal modo aparecen naturalmente hidalgos! Sus cabellos largos, sus bigotes retorcidos, su barba puntiaguda, sus coseletes ó sus justillos de búfalo, hacen de todos aquellos guerreros retratos anticipados de predecesores que han de figurar, con su blasón en el ángulo del lienzo, en la galería del castillo hereditario. Nadie como Velázquez ha sabido pintar al caballero noble con una familiaridad soberbia, y, por decirlo de este modo, de igual á igual.

No es Velázquez el pobre artista, cohibido, turbado, que no ve á sus modelos sino en el momento de copiarlos, y que jamás ha vivido con ellos; Velázquez los sigue en las intimidades de las habitaciones regias, en las grandes cacerías, en las ceremonias solemnes; conoce su porte, su gusto, su actitud, su fisonomía; él mismo es uno de los *privados del Rey*; como ellos, acaso mejor que ellos, conoce los rincones del palacio. La nobleza española, con Velázquez por retratista, no podría decir como el león de la fábula: «No fué león el pintor».

Para tornar á nuestro boceto, ¡qué lección tan magnífica hay en él para los pintores! En este caliente, violento y espontáneo bosquejo, el artista entrega su secreto, muy seguro, por otra parte, de que nadie le ha de utilizar. Todo está hecho de primera intención; nada de primores, nada de tintes recargados, nada de habilidades del oficio. La brocha, agitándose en la pasta, en la cual todavía pueden vislumbrarse las huellas de las cerdas, describe las for-

mas, acusa los músculos, coloca las figuras, distribuye las sombras y la luz con una franqueza, con una claridad y al propio tiempo con una grandeza incomparables.— Nunca ha podido encantar ojos humanos ramillete tan rico de paleta. La composición, sin embargo, resulta grave, porque Velázquez no emplea los colores brillantes por ellos mismos; no es con los azules, los rojos, los verdes y los amarillos vivos con lo que llega á ese efecto intenso y luminoso, á ese calor en que sus figuras se bañan, sino con interrupciones de tonos, con atinados contrastes de matices, con un instintivo sentimiento del color íntimo de las cosas. En este concepto es un maestro sin rival. Ni los venecianos ni los flamencos tienen ese esplendor sobrio, sereno, profundo, parecido al lujo de las casas ricas desde hace muchos años.

Sin embargo, Velázquez era realista, como el arte de su época; pero.... ¡con qué superioridad! Nada hacía sino copiándolo de la naturaleza, y saliendo de la escuela del frenético Herrera el Viejo, para entrar en la de Pacheco, pintaba, para ejercitarse, calabazas, legumbres, caza, pesca y otros objetos análogos.

Estos estudios no parecían indignos de él al maestro joven aún; á ellos aportaba esa solemne sencillez y esa amplitud grandiosa que forman el fondo de su estilo, desdeñoso para todo pormenor inútil. De tal modo tratados aquellos frutos, habrían podido ser colocados en un aparador regio; aquellas vituallas de una seriedad histórica, figurar en las bodas de Caná. Si Velázquez no busca la belleza, como los maestros italianos, tampoco persigue la fealdad ideal, como los realistas de nuestro tiempo; acepta con franqueza lo natural, tal como ello es, y hace de ello su verdad absoluta con una vida, una realidad y una fuerza mágicas; bello, trivial ó feo, pero siempre en-

grandecido por el carácter y por el efecto. Como el sol que ilumina indiferente todos los objetos con sus rayos, haciendo de un montón de paja un pedazo de oro, de una gota de agua un diamante, de un andrajo una púrpura, extiende Velázquez sus vigorosos coloridos sobre todas las cosas, y sin cambiarlas les da un valor inestimable. Tocada por este pincel, verdadera varita de hada, la fealdad misma parece hermosa; un enano deforme, de nariz chata, de rostro aplastado y viejo, os produce al verle el placer mismo que una Venus ó un Apolo. Cuando Velázquez encuentra la belleza, ¡cómo sabe representarla sin insustancial lisonja, pero conservándola su flor, su suavidad aterciopelada, su gracia, su encanto, y agregándola un atractivo misterioso de fuerza delicada y suprema! Colocad delante de él la perfección, y os la pintará con desembarazo de caballero, y no será vencido por ella. Nada de lo que existe conseguiría superar á las facultades de su pincel.

Velázquez pinta los infantes y las reinas jinetes en sus caballos españoles y en traje de gala ó de montería, lo mismo que los filósofos, los enanos y los borrachos. La cabeza noble y delicada, cuya palidez apenas se colora con la *sangre azul* de las dinastías antiguas, no presenta para el maestro mayor dificultad que el rostro abotagado y vinoso del soldado ebrio. Su pincel reproduce el tisú de oro en los brocados sembrados de pedrería, como las asperezas del remiendo de paño burdo. Ni admira lo uno, ni desprecia lo otro; tan á sus anchas se halla en el palacio como en la cabaña. Fiel á la naturaleza, siempre está en su casa.

Este realismo no se limitaba á las superficies. Velázquez, al tiempo mismo que hacía el retrato, pintaba al hombre. Llevaba el alma del retratado á la piel; desglo-

saba de la persona el carácter y lo incorporaba á su pintura. Conocemos á los personajes por él retratados como si los hubiésemos encontrado en la vida y nos hubiesen hecho confidencias. Aunque hombre de la corte, Velázquez no adulaba; en pintura, al menos. Su sinceridad no se ha desmentido jamás, ni aun en favor de su real amigo. ¿Qué historiador hace ver la decadencia de la monarquía austriaca en España de una manera más clara y más elocuente que esa serie de retratos, en la cual el tipo enérgico de Carlos V, debilitado por la transmisión, se enerva, se bastardea y se extingue en aquella cabeza de una palidez mate, triste y repulsiva, y cuyos últimos representantes no son sino espectros del labio rojo y caído? ¡Caso raro en un artista español y buen católico, como indudablemente lo era! Velázquez no se dedicó á la pintura religiosa. No se conocen de él sino muy reducido número de cuadros de santidad, entre los cuales el más notable es el *Cristo* del Real Museo de Madrid: una figura pálida, de cabellera tendida, que proyecta sobre su semblante la sombra de la corona de espinas y que se destaca manchada de púrpura en un fondo de espesas tinieblas. El misticismo no encajaba en aquella naturaleza robusta y positiva; bastábale la tierra; tal vez se hubiera extraviado en el cielo, donde Murillo se recreaba con un vuelo tan libre y tan fácil á través de glorias, aureolas y guirnaldas de angelitos. Velázquez no gustaba de pintar por rutina, y como los ángeles no se le colocaron nunca delante, no pudo hacerles el retrato.

Las *Fraguas de Vulcano*, á pesar de lo mitológico de su título, nada tienen que recuerde la idealidad antigua. Apolo visita á Vulcano en la fragua de éste, y le da conocimiento de la desventura conyugal del dios herrero. Esta delación de espía olímpico y solar, á quien nada

se escapa, no honra gran cosa al hermano de Diana, y el pobre Vulcano, completamente ennegrecido por las limaduras del hierro, presenta escuchando una mueca poco agradable. Los cíclopes aplican el oído y se sonríen con aire burlón, suspendiendo su trabajo, y muy regocijados, por otra parte, de la desgracia de su maestro. Nada menos griego, ni menos homérico seguramente. Pero ¡qué carnes tan frescas, tan suaves, tan vivas las de Apolo! ¡Qué verdad en la actitud de Vulcano y en el gesto de los cíclopes! ¡Qué pintoresca mezcla de la luz blanca del día con los rojizos reflejos de la fragua! ¡Qué conocimiento del modelado y del colorido! ¡Qué inimitable fuerza de expresión!

Lucas Giordano decía del cuadro de *Las Meninas*: «Es la teología de la pintura». Este lienzo representa, como es sabido, al pintor disponiéndose á comenzar el retrato de la infanta Margarita, á quien una de sus camaristas presenta un vaso de agua en tanto que los enanos de la corte, Nicolás Pertusana y María Berbela, acarician á un perro enorme, que se deja acariciar con cierta indulgencia. El espejo, reflejándolos, denuncia la presencia de Felipe IV y de la Reina, su esposa, sentados en un canapé lateral. Es imposible llevar más lejos la ilusión. Es la naturaleza misma cogida en flagrante delito de realismo. Todas las magias del claroscuro se presentan en las tapicerías que las *Hilanderas* muestran á damas de la corte en un taller medio iluminado.

Pero de todos estos asuntos, el que se adaptaba mejor al talento de Velázquez era, sin disputa, la *Rendición de Breda*, una colección de retratos históricos agrupados por una acción tranquila y de figuras llenas de carácter, soberbiamente colocadas sobre un admirable fondo de paisaje. Contemplando el boceto que hemos in-

tentado describir, y que es el asunto de este artículo, se presente, se hace algo más que presentir, lo que puede ser el cuadro. ¡En el cuadro, la maestría suprema, la serenidad soberana, la perfección absoluta! ¡En el boceto, la espontaneidad de la inspiración, el deslumbramiento del color, los fulgores del genio!

TEÓFILO GAUTIER.

# ÍNDICE

---

|                                                                                                                                  | Páginas. |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.                                                                                                     |          |
| <i>La mujer española</i> , II, por Emilia Pardo Bazán.....                                                                       | 5        |
| <i>La democracia en Europa y América</i> , V y último, por A. Cánovas del Castillo.....                                          | 16       |
| <i>Novela-programa</i> , Á la Sra. de R. G., por D. Juan Valera.....                                                             | 31       |
| <i>Oradores políticos</i> , Consideraciones sobre el libro de este título escrito por D. Miguel Moya, por A. Palacio Valdés..... | 55       |
| <i>Papeles viejos</i> , Al Sr. Dr. Thebussen, por Juan J. Cortina.....                                                           | 63       |
| <i>El moderno Anticristo</i> (Ernesto Renán), III y último, por Fray Zacarías Martínez, Agustiniano.....                         | 68       |
| <i>El espinar cubano y la segur barrantina</i> , por Rafael M. Merchán.....                                                      | 97       |
| <i>La cuestión social</i> , por Blas Cobeño.....                                                                                 | 127      |
| <i>Revista ultramarina</i> , por V. Barrantes.....                                                                               | 145      |
| <i>El vulgo</i> (soneto), por Manuel del Palacio.....                                                                            | 165      |
| SECCIÓN EXTRANJERA.                                                                                                              |          |
| <i>La centenaria</i> (cuento ruso), por Th. Dostoievsky.....                                                                     | 167      |
| <i>La reputación y el punto de honra</i> , por Arthur Schopenhauer.....                                                          | 175      |
| <i>Un precursor de los dandys</i> , por J. Barbey D'Aurevilly.....                                                               | 189      |
| <i>Un boceto de Velázquez</i> , por Teófilo Gautier.....                                                                         | 211      |

---

